

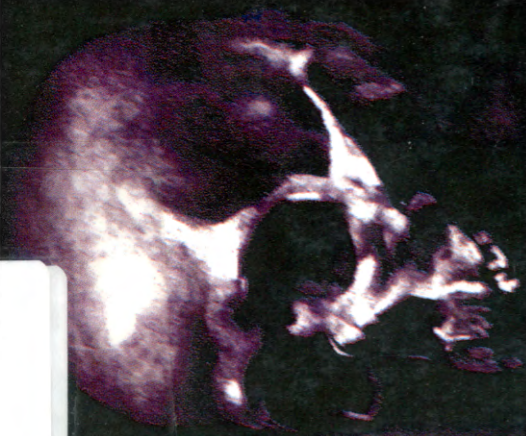
Javier Cadena Cárdenas

JUNTOS PERO NO REVUELTOS



11-3978

2010



Javier Cadena Cárdenas

**Juntos pero
no revueltos**

*Prácticas funerarias en la Ciudad
de México a principios del siglo XXI*



ESTOS DOCUMENTOS SON

**Consejo Editorial de la LXI Legislatura de la
H. Cámara de Diputados**

Integrantes

Dip. Laura Margarita Suárez González

Presidenta

Dip. Blanca Juana Soria Morales

Suplente

Dip. Armando Jesús Báez Pinal

Titular

Dip. Germán Osvaldo Cortés

Suplente

Dip. César Francisco Burelo Burelo

Titular

Dip. Teresa del Carmen Incháustegui

Suplente

Dip. Lorena Corona Valdés

Titular

Dip. Diego Guerrero Rubio

Suplente

Dip. Porfirio Muñoz Ledo

Titular

Dip. Pedro Vázquez González

Suplente

Dip. Roberto Pérez de Alva Blanco

Titular

Dip. Liev Vladimir Ramos Cárdenas

Suplente

Dip. María Guadalupe García Almanza

Titular

Dip. Jaime Álvarez Cisneros

Suplente

Dr. Guillermo Haro Bélchez

Secretario General

Lic. Emilio Suárez Licona

Secretario de Servicios Parlamentarios

Dr. Francisco Luna Kan

Director General, CEDIA

Mtro. Luis Antonio Ramírez Pineda

Director General, CEFP

Lic. César Becker Cuéllar

Director General, CEDIP

Dra. María Mascott Sánchez

Directora General, CESOP

Dr. José Sergio Barrales Domínguez

Director General, CEDRSSA

Mtra. María de los Ángeles Corte Ríos

Director General, CEAMEG

*"Los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morir de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
un siempre estar ya nada para siempre".*
Octavio Paz, *Piedra de Sol*

*"Aquí caímos. Qué le vamos a hacer.
Aguantarnos mano.
A ver si un día mis dedos tocan los tuyos.
Ven, déjate caer conmigo
en la cicatriz lunar de nuestra ciudad".*
Carlos Fuentes, *La región más transparente*

Índice

Presentación

11

Prefacio

19

Capítulo I.- La muerte

27

I.1.- ¿Qué es la muerte?

27

I.2.- El ser humano, ¿se prepara para la muerte?

49

Capítulo II.- Los mexicanos

73

II.1.- Los mexicanos y la muerte

73

II.2.- La Ciudad de México

100



Capítulo III.- Prácticas funerarias

124

III.1.- Rito judío

124

III.2.- Rito musulmán

135

III.3.- Rito budista

153

III.4.- Rito católico

161

Epílogo

177

Notas

191

Bibliografía

205

Hemerografía

210

Sitios

213

Presentación

‘Todos en México tenemos un amigo español’, escuché hace tiempo y desde entonces dicha aseveración no se alejó de mi pensamiento cotidiano, y conforme pasaron los meses y los días se expandió a otras expresiones, interrogativas más que afirmativas. Me pregunté, por ejemplo, si todos en México tenemos un amigo judío o musulmán o budista o griego o estadounidense.

Conciente de aquella afirmación de Octavio Paz en el sentido de que “en nuestro territorio conviven no sólo distintas razas y lenguas, sino varios niveles históricos” (1), abrí esta interrogante a cuanta cultura, nacionalidad, religión o grupo étnico podría tener presencia en la Ciudad de México. Además, el cuestionamiento no se quedó en el sentido de si en lo personal, al igual que ‘todos en México’, así entre comillas, tenía amigos de diferentes culturas, nacionalidades, religiones o razas, y llegó a una fase en la que me pregunté qué tanto los conocía, qué tanto había penetrado en su medio, qué tanto me habían dejado hacerlo.

Las respuestas no fueron muy halagüeñas dado que me mostraron que mi cercanía con ellos, con cualquiera, fue superficial y, por lo mismo, no me había permitido conocer de primera mano cómo son, qué hacen, cómo piensan y actúan en situaciones muy de ellos, de su familia y de su comunidad. Me di cuenta, por ejemplo, que sólo estuve presente en velorios y sepelios católicos, por lo que desconocía en la práctica cómo son estos rituales en otras culturas o religiones. Mis amigos no católicos

no me habían invitado a acompañarlos en ceremonias de este tipo. Y como a estas, seguramente a muchas más no lo hicieron. Esta circunstancia me confirmó que en variados aspectos estamos, como decimos aquí en México, 'Juntos pero no revueltos'. Es decir: Nos tratamos pero no nos conocemos.

Por ello este trabajo. Para conocernos y entendernos mejor. Para saber hasta dónde nos involucramos con nuestros semejantes, sea por propia iniciativa o a invitación y permiso de los otros, de los demás, de los miembros de otras comunidades religiosas. Para saber el grado de confianza y coincidencia entre todos. Para saber, en una palabra, qué tanto la modernidad y la globalidad homogenizan las actitudes, los puntos de vista, las costumbres y tradiciones. Por eso, para no perderme en alguna totalidad absurda, ineficiente y ambigua, lo he concretado en un aspecto en el que todos, ahí sí me atrevo afirmar que todos, tienen algo que decir y hacer: La muerte.

Pero, otra vez un pero, no sobre la muerte a secas o en abstracto, si no sobre la muerte de uno de sus semejantes, de un integrante de su misma comunidad religiosa; y para efectos de este estudio seleccioné a las comunidades que forman, cada quien por su lado, los judíos, musulmanes, budistas y católicos. La elección no fue arbitraria, para ella me orientaron fundamentalmente tres aspectos: Saber que la mayoría de los mexicanos se declara católica; darme cuenta que el budismo, a través de la práctica del yoga, ha penetrado en sectores urbanos de la población; y conocer el decir de Friedrich Heiler en el sentido de que los judíos, musulmanes y católicos –el autor dice cristianos–, constituyen una unidad ya que “tienen una tradición común, en la medida de que la forma cristiana de culto surge de la judía y la islámica de ambas” (2).

Parto, entonces, de dos aspectos. De lo aseverado por Mircea Eliade:

“Puesto que la religión es cosa humana, es a la vez necesariamente cosa social, y cosa lingüística y cosa económica –pues no se concibe al hombre fuera del lenguaje y de la vida colectiva” (3).

Y de aquello que Eulalio Ferrer, siguiendo a Leszek Kolakowski, escribe:

“Los rituales de todas las civilizaciones han interpretado la muerte de forma similar: como una renovación de la vida, diferenciándose sólo por la forma en que se deshacen de los restos y la idea que se tiene acerca del destino del difunto” (4).

Así, el trabajo versa sobre los ritos que estas comunidades tienen ante el cuerpo inerte de uno de los suyos, ante el cadáver de uno de sus iguales. Trata sobre las prácticas funerarias que llevan a cabo en la Ciudad de México, en esta ‘antigua ciudad hispano-azteca’, como la llama Carlos Fuentes (5); y hago énfasis en esta referencia porque la considero más acorde con el tema del trabajo que otras que existen como ‘ombligo de la luna’, ‘ciudad de los palacios’, ‘cloaca general del universo’, ‘región más transparente del aire’, ‘capirucha’, ‘de efe’, ‘defectuoso’ o ‘chilangolandia’. Y que conste que a todas les reconozco su valía.

Pero, ¿por qué la Ciudad de México? Porque aquí tienen presencia esas comunidades religiosas, y porque de aquí soy, aquí he vivido y aquí conviví con esos amigos a los que quiero conocer mejor. Porque es mi Ciudad, así con mayúscula, y quiero saber qué pasa en ella, quiénes la habitamos y qué costumbres tenemos. De esa manera circunscribí el trabajo en su aspecto espacial. Aún más, lo achiqué en su sentido temporal, al ubicarlo en el tiempo actual, en la Ciudad de México de este principio del siglo XXI.

Pero pese a que acoté el tema, el volumen de información referente es abundante. Me enfrenté al hecho de que todos hablamos sobre la muerte. Científicos, pensadores, creadores, ejecutores, religiosos, laicos,

ateos y los simples mortales, siempre tenemos algo que decir sobre ella. Porque, también, hay que tener presente que todos la sufrimos y, entonces, pareciera que se quisiera responder aquella pregunta que se hace Imre Kertész: “¿Qué temas, sabiendo que eres mortal?” (6).

Pareciera que al decir algo sobre ella se quisieran exorcizar los miedos y temores sentidos; o al menos las incertidumbres que provoca un hecho tan natural como la muerte. O, en medio de la soberbia humana, pretender alcanzar la inmortalidad. El mismo Eulalio Ferrer recuerda que la ‘retórica de la muerte’ utiliza “un eficaz artilugio de lo que podríamos identificar como lenguaje de la inmortalidad” (7).

Además, no hay que olvidar que dicen por ahí que en la vida hay que tener un hijo, plantar un árbol y escribir un libro. Hay que llevar a cabo acciones que trasciendan nuestra propia existencia física, que vayan más allá del día de nuestra muerte, y algunas de ellas inclusive contemplan la donación de órganos del cuerpo que aun en la muerte quedaron sanos. Es decir, dar vida con nuestra propia vida y, a través de aquella, sobrevivir, perdurar, ser recordado por las generaciones futuras. Aunque también es muy bueno tener presente aquello que Milan Kundera escribió:

“Claro que ante la inmortalidad no hay igualdad entre las personas. Tenemos que diferenciar la denominada pequeña inmortalidad, el recuerdo del hombre en la mente de quienes lo conocieron (ésta era la inmortalidad con la que soñaba el alcalde del pueblo de Moravia), de la gran inmortalidad, que significa el recuerdo del hombre en la mente de aquellos a quienes no conoció personalmente. Hay trayectorias vitales que sitúan al hombre, desde el comienzo, ante esta gran inmortalidad, ciertamente insegura, incluso improbable, pero innegablemente posible: son las trayectorias vitales de los artistas y los hombres de Estado” (8).

Alcanzar la pequeña o la gran inmortalidad no importa mucho. Lo relevante es que saber que vamos a morir y, al mismo tiempo, desear ser inmortales no necesariamente nos preparan para conocer qué es la muerte y cómo afrontarla. De ello escribo en el primer capítulo. En el segundo abordó, de manera genérica, la concepción que de la muerte tenemos los mexicanos; así como lo relacionado a esta hermosa Ciudad de México. En el tercero y último capítulo, me circunscribo a las comunidades religiosas motivo del estudio.

Aunque comparto plenamente lo planteado por el antropólogo físico José Erik Mendoza Luján en el sentido de que “para entender la manera en que diversos grupos sociales conciben y le dan sentido a la vida es necesario emprender un análisis riguroso de sus diversos ritos funerarios y enfocar esta mirada a partir de las distintas lecturas que ofrece la idea de la muerte, desde el ámbito biológico, psicológico, social y cultural” (9), no fue mi pretensión elaborar un tratado de las religiones, un estudio comparativo de los ritos, una fenomenología o antropología de la muerte, o una historia de la Ciudad de México; simplemente identifiqué y describo las prácticas funerarias que realizan estas comunidades religiosas, a fin de, eso sí, conocernos más y mejor. Me circunscribí, en una palabra, al carácter descriptivo que el historiador de las religiones Joseph M. Kitawaga le da a la sociología en este campo del conocimiento. Aclara:

“Evidentemente, la historia de las religiones o *Religionswissenschaft* no monopoliza el estudio de las religiones. Los estudios normativos, tales como la teología y la filosofía, y las disciplinas descriptivas, tales como la sociología, la antropología y otras, se ocupan de diversos aspectos de las religiones y de los fenómenos religiosos. Al mismo tiempo, debe aclararse que la historia de las religiones no es un rótulo colectivo para una cantidad de estudios relacionados entre sí, tales como el islamismo, el cristianismo, el budismo, el hinduismo y la religión

primitiva, o los estudios comparados de doctrinas prácticas e instituciones eclesiásticas de diversas religiones. En resumen, la historia de las religiones no es una disciplina normativa ni solamente descriptiva, aun cuando se vincula con ambos tipos de estudios" (10).

Asimismo, junto a Joachim Wach, citado por Kitawaga, creo que "el hecho de que este estudio –Wach se refiere a *Sociology of Religion* y yo más bien me puedo referir al presente trabajo- se limite a un examen sociológico descriptivo de los grupos religiosos no debe interpretarse como una táctica admisión de los problemas teológicos, filosóficos y metafísicos, y las preguntas que surgen de tal estudio de la sociedad, deben permanecer sin respuesta. Ellas pueden y evidentemente deben responderse" (11). Y en el caso de este ensayo, estoy convencido que las respuestas a los posibles planteamientos teológicos, filosóficos y metafísicos, deberán ser objeto de otro tipo de análisis, que rebasa los motivos primarios que le dieron origen.

Ahora bien, ante la existencia de tanta información –alguna de ella considerada clásica- e interpretaciones –algunas de ellas consideradas verdades absolutas- sobre el tema, espero que la selección y mi propia interpretación y uso que hice de ellas –de las cuales sólo consigno aquellas obras que cité textualmente- resulten las adecuadas para cumplir con mi cometido. Hago votos porque así sea; y no dejo de estar cierto que sobrarán comentarios sobre por qué no utilicé tal texto o por qué usé otro o por qué mi interés fue este y no aquel. Sólo comento que en caso concreto de mis fuentes ‘no científicas’, ‘no eruditas’, ‘simplemente literarias’, siempre estuve consciente de aquello que Mircea Eliade dijo hace cuatro décadas –y que todavía sigue siendo práctica común en ciertos sectores intelectuales- sobre el escritor Andrew Lang: "Tenía la mala suerte de ser un escritor excelente y autor, entre otros trabajos, de un libro de poesía. Las dotes literarias generalmente provocan sospechas del erudito" (12). Y no sólo son las

dotes literarias las que dan desconfianza, si no es todo lo que se considera arte pues, se dice en algunos ámbitos, no crea conocimiento. Pero para su uso también me guió el mismo Eliade quien asegura que “es superficial creer que seis meses de investigación en contacto constante con una tribu, cuyo idioma apenas si se puede hablar, constituyen el trabajo ‘serio’ que puede aportar conocimientos nuevos al hombre y se ignora todo lo que el surrealismo, o James Joyce, Henry Michaux y Picasso han contribuido al conocimiento del hombre” (13). En fin.

Por último, permítanme una confesión: Desde antes de aquella ocasión en que escuché la frase que se convirtió en el inicio de este trabajo al día de hoy he tenido la mala fortuna de ver morir a seres cercanos y queridos. Mi mamá y otros familiares, amigos, compañeros y conocidos han ‘pasado a mejor vida’. Lo han hecho también otros seres no cercanos aunque estimados y entrañables en la lejanía y de los cuales, como diría Javier Marías, sabía que con ellos “contábamos siempre en ausencia y de quien esperábamos agradables noticias periódicamente en forma de películas o discos o libros” (13). Todos ellos rondan por mi cabeza, pero también los que aun están aquí, en este mundo, en este ‘valle de lágrimas’ que para muchos es la vida misma. A todos, en verdad, mi agradecimiento por dejarme crecer con ellos. De todos aprendí algo. ¿Qué? La respuesta a esta pregunta corresponde a otro cantar. Y si de cantar se trata, pues nada mejor que la voz del ‘Charro Cantor’, Jorge Negrete, interpretando eso muy mexicano:

“Si me han de matar mañana
que me maten de una vez
al cabo y qué”.

Los Girasoles, Coyoacán, México, D. F.
Marzo 2010

Prefacio

La Ciudad de México y sus habitantes han sido descritos y calificados desde diferentes ópticas e intenciones. Han recibido epítetos que pareciera fueron dados a conocer al compás de un péndulo y, por lo mismo, oscilan del agradecimiento al reclamo, del reconocimiento al desconocimiento, del apoyo a la venganza. Es decir, de ambos se ha expresado todo y variado. A ella la han llamado megalópolis, metrópoli, cosmopolita, urbe, moderna, multicultural, multireligiosa, insegura, desparramada, contaminada, centralista. A ellos, oriundos o por adopción, les han dicho soberbios, prepotentes, cínicos, taimados, educados, altivos, activos, fanfarrones, desinhibidos, autoritarios, inconformes, inteligentes, hospitalarios, habilidosos e inmorales. Estos adjetivos, y otros muchos que se les adjudican, tienen un alto contenido de veracidad. Quienes los acuñaron contaban, desde su perspectiva, con los elementos objetivos y/o subjetivos suficientes y sólidos para hacerlo. Pero también tienen una gran probabilidad de ser injustos, parciales e incompletos, lo que da la oportunidad de rebatirlos y ponerlos en duda. Lo que sí es cierto es que la Ciudad de México, a su interior, está diferenciada por aspectos arquitectónicos, económicos, sociales, políticos, urbanos, culturales, religiosos. No es lo mismo el norte que el sur, el oriente que el poniente, el centro que los cuatro puntos cardinales; ni cuentan entre sí con las mismas condiciones de oferta de calidad de vida. Esta diversidad necesariamente conlleva a que sus residentes también muestren una marcada diferenciación entre ellos. Ignacio Trejo Fuentes pregunta:

“¿Quién podría suponer que la colonia Bondojito es igual a San Jerónimo?, ¿que la Guerrero se parece a Coyoacán?, ¿la Narvarte a Polanco?, ¿Tepito a la Roma?, ¿el Centro a Villacoapa?” (1).

Más allá del aspecto estructural con las marcadas diferencias en pavimentación, edificación, vialidades, electrificación, suministro de agua, servicios escolares y de salud, a manera de respuesta, el autor escribe:

“Los habitantes de cada rumbo tienen su propia idiosincrasia, su personal visión del mundo, sus costumbres distintas: no hablan igual unos que otros, ni trabajan ni bailan ni aman de la misma manera. Si uno va de un rumbo a otro intempestivamente, de un sector de la urbe a uno más lejano, cambia de piel sin remedio, se siente como en un país extraño” (2).

Nacer y/o vivir en determinada calle, colonia, barrio, zona residencial, pueblo o demarcación territorial de la Ciudad de México, crea en cada ser humano un sentimiento de pertenencia e identificación que comparte con sus iguales y que, a la vez, lo hace diferente de los que nacieron y/o viven en otros rumbos. Esta diferenciación se agudiza cuando además, y principalmente, la determinan aspectos religiosos, culturales o raciales. Si el mismo Ignacio Trejo Fuentes manifestó que la Ciudad de México era un conglomerado de ciudades, se puede considerar entonces que también su población es un conglomerado de religiones, culturas y razas. Conglomerado cuyos integrantes comparten espacio, territorio, servicios, mercado, tecnología, comunicaciones, pero que ello no los ha orillado a perder de manera significativa sus identidades, costumbres, tradiciones, ritos. Conglomerado que permite que algunas de sus partes, inclusive, vivan su propio momento histórico, ello siempre y cuando no violenten el momento histórico que de manera oficial vive el conjunto. Clara muestra es el calendario particular por el

que se rigen en su interior, por ejemplo, las comunidades judía y china con celebraciones y fechas específicas. Existen interpretaciones y voces que manifiestan que la Ciudad de México es, también, un conglomerado de individuos, de personas en lo individual. Gerardo Kleinburg escribe:

“Eso era su ciudad: una masa desproporcionada y amorfa tapizada de veinte millones de puntos mínimos que sólo son capaces de crear un sistema consciente por razones deportivas, de inseguridad o de desgracia colectiva” (3).

El autor se refiere a la Ciudad de México, a los veinte millones de seres humanos que habitan y/o pululan en ella de manera cotidiana, y a lo que, según su particular punto de vista, a todos une. Gerardo Kleinburg novela de manera puntual los mundos tan diferentes en que viven los judíos y los gentiles o católicos en esta Ciudad de México; describe las ‘ciudades’ de México tan particulares que habitan cada uno. Dice:

“Un mundo judío y un mundo gentil separados apenas por la Avenida Cuauhtémoc y por el Paseo de los Insurgentes” (4).

Y abunda:

“Era exactamente del otro lado de la ciudad: en La Herradura: una colonia en la que jamás había estado ni pensado estar: la nueva e impersonal zona judía de la Ciudad de México: auténtico gueto suburbano edificado con cientos de casas modernas y grandes calles desiertas por las que circulan continuamente coches de lujo, amurallado por el siempre infranqueable Periférico. Tan lejos en el espacio y en el tiempo de su hoy inexistente casa de la Colonia del Valle. O de la Condesa: ese viejo y tradicional barrio de su adolescencia, en parte judío, donde la gente todavía caminaba y camina” (5).

Mundos y espacios de la ciudad que confluyen, coinciden, pero no se mezclan, o, a lo más, se mezclan lo mínimo, lo estrictamente necesario. Mundos y espacios de la ciudad que reafirman las identidades hacia su interior y las diferencias hacia el exterior. O al menos lo tratan de hacer, inclusive con prohibiciones. El mismo autor narra la vida de un oriundo de la Ciudad de México, nacido en la década de los sesenta del siglo pasado, hijo de padre judío y madre gentil o católica, que creció como hijo de madre soltera porque su padre no lo reconoció ni lo quiso conocer, ya que había jurado a su propia madre no casarse ni tener hijos con alguna mujer no judía.

Esta historia que puede ser común en todas las comunidades –judíos, musulmanes, budistas, católicos–, es sintomática en doble sentido: En la búsqueda de conservar las costumbres y las tradiciones de cada comunidad; así como en el anhelo y la búsqueda por recibir las costumbres y tradiciones que por herencia o genética podría tenerse derecho, y a las que además se desea tener acceso. Costumbres y tradiciones que abarcan todos los aspectos de la vida humana, y que en muchos casos coinciden en forma o en fondo en varias comunidades. Una de ellas es el rito que sobre la muerte tienen las comunidades. Por ejemplo, históricamente han sido dos las formas predominantes en que se deshacen del cuerpo inerte de un ser humano muerto: Inhumación y cremación. En ello existe coincidencia, la diferencia radica en ¿cómo se hace cualquiera de las dos?, ¿para qué se hace?, ¿quién la hace?, ¿bajo qué criterios?, ¿con qué expectativas?, ¿quién asiste?, ¿qué lleva?, ¿qué pasa con el duelo y el luto?, ¿qué sentido tienen?, ¿qué importancia reviste el cuerpo mismo?, ¿hacia dónde va cuando no tiene vida?, ¿existe algo más que el cuerpo?, ¿existe el alma?, ¿cómo cubrir el cuerpo para que resista?, ¿cómo iluminar su tránsito al más allá?, ¿existe el más allá?, ¿quién lo domina?, ¿existe vida más allá de la vida?, ¿vida en la muerte?, ¿inmortalidad?, ¿reencarnación? En la respuesta que cada comunidad tiene para las anteriores incógnitas, y para otras más, radica la diferencia. Diferencia que significa identidad, privacidad, tradición,

pasado, presente y futuro de las comunidades. Diferencia que uniforma y, al mismo tiempo, particulariza. Particularidades que se manifiestan de manera cotidiana en la Ciudad de México y que a quienes las poseen los vuelven únicos, aunque esta característica de ser únicos la compartan con cientos, miles o, incluso, millones de seres humanos. Particularidades que, además, muchas de ellas han nacido o se han definido y consolidado sin que la ubicación geográfica haya jugado un papel preponderante o decisivo. Tan sólo un ejemplo de esto podría ser el hecho de que los católicos de la Ciudad de México utilizan prendas de vestir de color negro como símbolo de luto, de manifestación de dolor por la muerte de un ser querido, más por sus propias costumbres de católicos que por su residencia. Y el ejemplo bien puede ser extensivo para las particularidades que al respecto realizan los judíos, musulmanes y budistas habitantes de la Ciudad de México. Es decir, es un hecho cultural más que geográfico. En este sentido hay que recordar a Cristina Puga, Jacqueline Peschard y Teresa Castro, quienes siguiendo a Taylor y a Malinowski, dicen que la cultura “es el conjunto de actividades y productos tanto materiales como espirituales que distinguen a una sociedad de otra” (6); y que al mismo tiempo alude “a las formas de nacer y de morir, de casarse y de comer; a los temores, los tabúes y los mitos; a las formas de interacción social, de conciencia, pero también a los padrones de producción y de organización social y política, además de las ideas religiosas y morales, las leyes, las tradiciones y las costumbres” (7).

Bajo la premisa anterior de que la cultura lo es todo, o, de otra manera, que todo es cultura, se puede considerar entonces que los ritos sobre la muerte que las comunidades asentadas en la Ciudad de México realizan están determinados en primera instancia por el carácter religioso de la misma comunidad más que por otros aspectos, entre los que se pueden incluir, incluso, el momento histórico y/o la ubicación geográfica. Los ritos religiosos sobre la muerte son, entonces, una manifestación cultural propia de las comunidades que los practican. Manifestación

cultural que como todo hecho humano evoluciona y se enriquece, se actualiza aunque sea de manera lenta y parcial. La necesaria convivencia con otras comunidades, el indispensable aprovechamiento de la capacidad que el ser humano tiene para adaptarse a sus propios cambios y al desarrollo técnico, propician influencias, modificaciones y adecuaciones a los ritos. Los musulmanes, por ejemplo, por costumbre realizan los entierros lo más pronto posible, pero si viven en un país en donde exista el deber de esperar determinadas horas o días para hacerlo, contemplan la obligación de acoplarse a la norma que rige en su lugar de residencia, y no por ello se considera que incumplen los dictados de su religión. Asimismo, los judíos se permiten en ocasiones poner flores o fotografías del difunto en las tumbas, aspectos prohibidos por su tradición en términos generales. Es decir, las ordenanzas canónicas funerarias de cada comunidad religiosa tienden a ser respetadas por sus miembros en sus máximas posibilidades; y son similares a las de otras comunidades de igual religión ubicadas en el país o en el mundo entero. En el caso concreto de la Ciudad de México, estas ordenanzas convertidas en ritos sobre la muerte son similares en las comunidades religiosas específicas sin importar su lugar de residencia. Es posible afirmar entonces que los judíos practican el mismo rito independientemente que vivan en la Colonia Roma, en la Condesa, en Polanco o en Las Lomas de Chapultepec. Ello sucede también con los musulmanes, los budistas y los católicos. Aunque no está de más recalcar que este carácter similar no impide que dentro de una misma comunidad haya variación sobre todo en cuanto a ciertos matices. El ejemplo más famoso podría ser la diferencia que existe entre el ritual católico hacia la muerte que se lleva a cabo en las zonas con presencia campesina e indígena (Xochimilco, Tláhuac y Milpa Alta), con el ritual también católico que se realiza en las demarcaciones estrictamente urbanas, ciudadinas. Pero más allá de la diferenciación que tengan entre sí las comunidades religiosas asentadas en la Ciudad de México en cuanto a sus rituales mortuorios, hay algo que las une. Ignacio Trejo Fuentes escribe:

“Todos llevamos metidos en el alma algo que nos hermana o, al menos, unifica: el amor por la urbe, o el odio: nunca la indiferencia” (8).

Así, los habitantes de la Ciudad de México están cercanos en el juego dialéctico de los sentimientos de amor y odio hacia ella; pero están s parados, distantes, en cuanto a sus manifestaciones culturales de carácter general y en lo que se refiere a los ritos sobre la muerte que en lo particular practican al interior de sus propias comunidades religiosas. Por eso mismo, y por otros muchos aspectos, los mexicanos, todos, dicen con sabiduría:

‘Juntos pero no revueltos’.

Capítulo I

La muerte

I.1.- ¿Qué es la muerte?

Saber qué es la muerte y cómo prepararse para enfrentarla como ente social integrante de una comunidad, son aspectos que bien podría exigirse cubrir el ser humano a lo largo de su existencia. Bajo este supuesto, entonces, resulta relevante responder el siguiente cuestionamiento: ¿Qué es la muerte? La definición más sencilla es la que otorga un diccionario, cualquiera: "Cesación definitiva de la vida" (1).

Definición que necesariamente remite a otra interrogante: ¿Qué es la vida? El mismo diccionario dice: "Resultado del juego de los órganos, que concurre al desarrollo y la conservación del sujeto" (2).

Entonces, por deducción, se puede decir que la muerte ocurre cuando los órganos dejan de jugar y, por ende, ya no hay desarrollo ni conservación del ser humano. Así de sencillo, o al menos lo parece. Otras interpretaciones van más allá. Por ejemplo, Pascal Bruckner escribe:

"Pues en cierto modo hay tres muertes: la desaparición física propiamente dicha; la muerte en vida de los que viven en pecado, es decir, en desunión con Dios, en luto espiritual (en algunas iglesias bretonas, el Infierno está representado como un lugar frío,

helado, el lugar de la desesperación), y, finalmente, la muerte como liberación y tránsito de los justos” (3).

Para otros, esta posible o real existencia de ‘muerte en vida’ abarca más que las simples y, a la vez, complicadas convivencias con el pecado. Mircea Eliade, por ejemplo, al comentar la obra ‘Fausto’ de Goethe recuerda que “Mefistófeles no se opone directamente a Dios, sino a la vida, su principal creación. En lugar de movimiento y de la vida, se esfuerza por imponer el reposo, la inmovilidad, la muerte. Porque lo que cesa de cambiar se descompone y perece. Esta ‘muerte en vida’ se traduce por la esterilidad espiritual; es, en definitiva, la condenación. Quien ha dejado perecer en lo más profundo de sí mismo las raíces de la vida, cae bajo la potencia del espíritu negador. El crimen contra la vida, deja entender Goethe, supone un crimen contra la salvación” (4).

En otros aspectos, la ‘muerte en vida’ llega a la ‘muerte civil’, cuando un individuo pierde sus derechos como ciudadano; o a la ‘muerte política’, cuando un individuo pierde la posibilidad de sobrevivir o crecer dentro de ese ámbito de acción; o al deseo de no vivir más producto de, sobre todo, engaños y/o desengaños amorosos. Tan sólo un ejemplo de esto último, titulado precisamente ‘Muerte en vida’:

“En vida fui práctico. Siempre la comparé con una partida de póker. Inclusive establecí mis propias reglas:

familia mata soledad

amistad mata familia

amor mata amistad

celos matan amor.

Así viví hasta que en carne propia experimenté una quinta regla:

traición

mata

todo.

Mi ex me la enseñó” (5).

El mismo Eliade documenta aquella 'muerte iniciática' que, valga la paradoja, vive cierto ser humano en su tránsito a convertirse en 'chaman', y que a través de una 'resurrección mística' le permite tener la luz suficiente para ver lo que el ser humano común no ve. Dice que esta 'muerte iniciatoria', al igual que su contraparte dialéctica -la resurrección iniciatoria- "representan un proceso religioso mediante el cual el iniciado se convierte en *otro*, siguiendo el modelo que revelaron los dioses o los ancestros míticos. En otras palabras, uno se convierte en un *verdadero hombre* en la medida en que se asemeja a un ser sobrehumano" (6). Estudia, a su vez, el destello de luz que de manera imprevista se le aparece al ser humano elegido para encontrar a Dios, y que después de ese instante se convierte un ser 'renacido' o 'vuelto a nacer', con la verdad divina en sí mismo. Pero ese estudio invariable y dialécticamente lleva a su contraparte al afirmar que la luz aparece en el instante de la muerte física.

Existen escépticos como Carlos Fuentes quien afirma que "nunca sabemos lo que es" (7); o Fernando Savater quien escribe que "sabemos cuándo alguien está muerto pero ignoramos qué es morirse 'visto desde dentro'. Creo saber más o menos lo que es morirse, pero no lo que es morirme" (8). Además, este filósofo español dice que de la muerte se conocen pocas cosas: Que es necesaria, en el sentido de que lo necesario es aquello que no cesa o cede; que es absolutamente personal, no transferible; que es solitaria, igualitaria e inminente; que siempre existe la posibilidad de que suceda, aunque se esté en un medio poco probable para ello. Pero comenta que el tener conocimiento de estos aspectos, que por cierto se explican por sí mismos, no le provoca al ser humano saber qué es la muerte. Escribe: "En el fondo, la muerte sigue siendo lo más desconocido" (9).

Este desconocimiento o no conocimiento de un hecho natural, ha orillado al ser humano a hacerse preguntas y a buscar respuestas. Como

en el caso concreto de la muerte las respuestas han sido difíciles de encontrar, o al menos no han sido satisfactorias por completo, se han dado entonces explicaciones que apelan más a la fe que al conocimiento o a la razón, a la religión más que a la ciencia, a lo sobrenatural más que a lo terrenal. Savater dice:

“A través de los siglos ha habido sobre la muerte muchas leyendas, muchas promesas y amenazas, muchos cotilleos. Relatos muy antiguos –tan antiguos verosímelmente como la especie humana, es decir, como esos animales que se hicieron humanos al comenzar a preguntarse por la muerte- y que forman la base universal de las religiones. Bien mirado, todos los dioses del santoral antropológico son dioses de la muerte, dioses que se ocupan del significado de la muerte, dioses que reparten premios, castigos o reencarnación, dioses que guardan la llave de la vida eterna frente a los mortales. Ante todo, los dioses son inmortales: nunca mueren y cuando juegan a morirse luego resucitan o se convierten en otra cosa, pasan por una metamorfosis. En todas partes y en todos los tiempos la religión ha servido para dar sentido a la muerte. Si la muerte no existiese, no habría dioses: mejor dicho, los dioses seríamos nosotros, los humanos mortales, y viviríamos en el ateísmo ‘divinamente’” (10).

Las explicaciones religiosas de la muerte, en donde predomina la promesa al ser humano de una vida más allá de la vida, no han sido capaces, y a lo mejor nunca han tenido esa intención, de dar a los dioses una vida aquí en la vida misma. Los dioses son inmortales en el más allá. Es decir, el ser humano cree que los dioses existen, más nunca se atrevería a afirmar que los dioses viven. Los dioses son inmortales en la muerte, en la no vida. No mueren porque no viven, aunque existen expresiones humanas que declaran su muerte: A nivel filosófico está Nietzsche y su ‘Dios ha muerto’; en México, en el siglo XIX, el liberal Ignacio Ramírez ‘El Nigromante’ también lo manifestó, y en el siglo XX el

pintor Diego Rivera tuvo el atrevimiento de escribirlo en uno de sus murales y la sociedad conservadora de ese entonces lo obligó a borrar la frase.

Así, la excepción más o menos clara podría ser Jesús, el hijo de Dios que se volvió humano -encarnó- y murió para la salvación del ser humano y resucitó al tercer día para ir a la diestra de Dios padre y ahí esperar al ser humano a fin de vivir juntos en plena gloria la eternidad.

En contraposición, el ser humano es mortal en la vida. Muere porque vive. Entonces, la ciencia se ha orientado a ganarle vida a la muerte, a tratar de vencer a la muerte a través de conservar la vida. Para la ciencia la vida es lo importante, no la muerte. Así, las comodidades que trae el adelanto tecnológico y el descubrimiento de medicamentos que previenen y curan enfermedades, que dan salud y más tiempo de vida al ser humano, pareciera que tienden a fracturar esa dualidad que forman la vida y la muerte, y a orientar caminos separados entre ellas. Ello no es así. La existencia de esta dualidad la consolida momento a momento la posibilidad que tiene la muerte de truncar la vida del ser humano, de cualquiera y de todo ser humano, en el instante menos esperado, sin importar edad, sexo, raza, situación económica, religión, escolaridad, orientación política, ubicación geográfica o nacionalidad. Esta posibilidad de hacerse presente en cualquier momento en todo ser humano, hace que la igualdad sea una de las características de la muerte. La diferencia es el cómo se presenta, el cómo sucede; la igualdad es que tarde o temprano se presenta, sucede. Esta posibilidad que suceda, además, el ser humano la vive de manera cotidiana a través de la violencia, de las catástrofes naturales y de la pobreza. Entonces, se da eso que Héctor L. Zarauz López escribe sobre los mexicanos en general y de una de las aristas de su relación con la muerte: "Vive la vida como esperándola (a la muerte), pues de hecho vive una muerte diaria, tenue, la muerte a pedacitos que es la pobreza" (11).

Este esperarla no implica necesariamente que no traten de evitarla o, al menos, de atrasar su arribo. Los mexicanos, como todo ser humano, están a la búsqueda de la eterna juventud, estadio del reloj biológico que, al menos en intención, podría implicar salud, fortaleza, belleza, calidad de vida y ausencia de muerte. Eterna juventud que los adelantos científicos en cierta medida han proporcionado pero que, a decir verdad, no ha significado que la vida haya vencido a la muerte. Así, como si fuera un tratado de sociología más que una novela, B. Traven con su personaje 'Macario' refleja de manera puntual el valor y reconocimiento que los mexicanos le tienen a la muerte, a la medicina como proveedora de salud, y a la vida misma. De entrada, 'Macario' y su familia viven en carne propia esa pobreza que no los abandona a pesar de jornadas extenuantes de trabajo, si no que al contrario, los mata día a día. Escribe:

“Siempre se sentía próximo a morir de hambre. Pese a lo cual, todos los días del año, sin descontar los domingos y días festivos, tenía que dejar su hogar antes de que amaneciera para ir al bosque, del que regresaba al anochecer con una carga de leña a la espalda. Aquella carga, que representaba todo un día de trabajo, la vendía por dos reales... y a veces por menos” (12).

Esta pobreza materializada, entre otros aspectos, en la escasa comida – frijoles, chile, tortillas y agua de limón- le provocaba una ilusión: Comerse él solo un guajolote, sin compartirlo. Más allá de descripciones desgarradoras y sentimentalismos literarios, B. Traven, expone la sabiduría que la 'escuela de la vida' proporciona al ser humano para distinguir y escoger lo que de momento le puede convenir. Cuando recibe de su esposa un guajolote como regalo por su santo y está a punto de comérselo, se le aparecen uno a uno el 'Demonio', 'Nuestro Señor' y la 'Muerte', en ese orden, pidiéndole que lo comparta con ellos, 'Macario' sólo acepta hacerlo con esta última, y dice por qué. Respecto al 'Demonio' comenta que “claramente se veía que era rico, pues ostentaba tanto dinero, que hasta lo llevaba cosido en los pantalones por fuera. Así,

pues, si hubiera querido, habría podido comprar no un pavo, sino media docena de pavos asados y dos puercos al horno en la primera posada del camino. Por eso no le hacía falta ni una pierna ni un solo alón de mi pavo" (13). Sobre 'Nuestro Señor' dice que "sentí mucho tener que negarle un pedacito, porque fácilmente se veía que tenía mucha hambre y necesitaba con urgencia algún alimento. Pero ¿quién soy yo, pobre pecador, para honrarme dando a Nuestro Señor un trocito de mi pavo asado? Su padre posee todo el mundo y es dueño de todas las aves, porque él lo hace todo, y puede dar a su hijo cuantos pavos desee. Además, Nuestro Señor, capaz de alimentar con dos peces y cinco piezas de pan a cinco mil personas hambrientas, en una sola tarde, satisfaciendo su hambre y quedándole además una docena de sacos llenos de migas y sobras, bien puede con una delicada hojita de pasto alimentarse si realmente tiene hambre. Por ello habría yo considerado un gran pecado darle una pierna de mi pavo" (14). Y a pregunta expresa de la 'Muerte' por qué a ella sí le compartió su pavo, 'Macario' respondió:

"En cuanto le vi comprendí que no me quedaba tiempo de comer ni una sola pierna y que tendría que abandonar el pavo entero. Cuando usted aparece ya no da tiempo de nada. Así, pues, pensé: 'Mientras él coma, comeré yo', y por eso partí el pavo en dos" (15).

Entonces, cuando la muerte se aparece no hay poder humano que la de tenga, sólo la voluntad de la misma muerte. 'Macario', por obra y gracia de la 'Muerte', se convierte en médico que salva vidas, siempre y cuando la 'Muerte' quiera, y este poder regresar la salud al ser humano le da poder y riqueza, aunque todo sea en un sueño. 'Macario' soñó que le ganaba vida a la muerte a través de proveer salud, pero lo hizo ya estando muerto. Es decir: Soñó estando muerto.

Sueño-muerte, es otra dualidad presente a lo largo de la historia del ser humano. Carlos Fuentes, por ejemplo, dice que el sueño es "un gemelo

de la muerte” (16). Para otros, la muerte es un sueño del que en algún momento se despertará. Benedict Hughes trae a la memoria lo que San Agustín escribió: “La muerte no es muerte para nosotros, sino sólo un sueño; a los que llamamos muertos, guardan vigilia hasta su resurrección” (17). Mircea Eliade no olvida a los griegos y dice que en su mitología, el sueño y la muerte, representados por Hypnos y Thanatos, eran hermanos gemelos. El mismo autor escribe que “los cristianos han aceptado y elaborado la equiparación muerte-sueño: *in pace bene dormit, dormit in somno pacis, in pace somni, in pace Domini dormias*, figuran entre las fórmulas más populares de la epigrafía funeraria” (18). Además, hay que recordar que el concepto ‘cementerio’, de origen cristiano, proviene de la palabra griega ‘koimeteron’ que significa dormitorio. Por ello a los católicos les cuesta mucho trabajo aceptar la cremación argumentando que a la hora de que el alma se despierte del sueño de la muerte, si el cuerpo está hecho cenizas, no tendrá en dónde depositarse de nuevo.

Pero antes de incinerar o inhumar un cuerpo hay que declararlo científicamente muerto, sin vida. El filósofo Fernando Savater se pregunta cuándo se está muerto y se responde que “el límite que se distingue entre la vida y la muerte se desplazó poco a poco a lo largo de los siglos. Hoy se recuperan personas que hace cien o doscientos años estaban clínicamente desahuciados. Los avances tecnológicos nos permiten sorprendentes posibilidades de reactivación del corazón, del cerebro y, en definitiva, de la vida” (19). No obstante este desplazamiento y de los avances científicos, existe la práctica popular de cómo saber si un ser humano ya se murió o no. José Agustín escribe: “Me di cuenta que había muerto. Su corazón ya no latía, no tenía pulso” (20).

Es decir, los órganos de este cuerpo ya no jugaban más. Entonces, cabe preguntar, ¿esto es todo?, ¿así nada más se determina que un ser humano ha muerto? Los mexicanos todavía recuerdan al actor Joaquín Pardavé quien, según dice el rumor popular, fue enterrado vivo porque

lo creyeron muerto. Su corazón había dejado de latir y ya no tenía pulso. O, al menos, no los detectaron los médicos. Con el tiempo el cuerpo fue exhumado y descubrieron, por un lado, que este se había movido; y, por otro, la existencia de raspaduras en el féretro que hacen suponer que el actor desesperado por verse encerrado lo golpeó y rasguñó la tela y la madera. ¿Qué pasó? ¿Estaba muerto? ¿Falló el dictamen médico? ¿Es difícil determinar sin equivocarse que un ser humano murió? Del actor mexicano dijeron que sufrió un ataque de catalepsia, y que por ello lo habían dado por muerto. Así de simple fue la explicación. Pero, ¿así de simple es definir la muerte?

En México, la 'Ley General de Salud', en su artículo 343, establece que la pérdida de vida se da cuando se presenta la muerte cerebral o aparecen "los siguientes signos de muerte: a). La ausencia completa o permanente de la conciencia; b). La ausencia permanente de respiración espontánea; c). La ausencia de reflejos del tallo cerebral; y, d). El paro cardíaco irreversible" (21). Y en su artículo 344 dice que "la muerte cerebral se presenta cuando existen los siguientes signos: I. Pérdida permanente e irreversible de conciencia y de respuesta a estímulos sensoriales; II. Ausencia de automatismo respiratorio; y, III. Evidencia de daños irreversibles del tallo cerebral, manifestado por arreflexia pupilar, ausencia de movimientos oculares de pruebas vestibulares y ausencia de respuesta a estímulos nociceptivos" (22). En este mismo artículo, las autoridades de salud del gobierno mexicano determinan que "se deberá descartar que dichos signos sean producto de intoxicación aguda por narcótico, sedantes, barbitúricos o sustancias neurotrópicas. Los signos señalados en las fracciones anteriores deberán corroborarse por cualquiera de las siguientes pruebas: I. Angiografía cerebral bilateral que demuestre ausencia de circulación cerebral; o, II. Electroencefalograma que demuestre ausencia total en actividad eléctrica cerebral en dos ocasiones diferentes con espacio de cinco horas" (23).

La muerte, lo dice el diccionario, es que los órganos del cuerpo dejen de jugar. A la muerte, entonces, el ser humano la lleva dentro de sí, en su propio cuerpo, en sus propios órganos. El ser humano llega a la vida con la muerte incrustada a su ser, y el progresivo desarrollo y crecimiento del cuerpo también es el progresivo desgaste del mismo cuerpo, de sus órganos. El médico Alfredo Rubio afirma que “la muerte no es ‘la’ sino que la muerte somos nosotros... Somos pura capacidad de muerte. Esta potencia de morir la vamos convirtiendo, paulatinamente (¿o aceleradamente?) en acto. Es nuestro progresivo envejecimiento” (24). Con ello, la representación externa que el ser humano hace de la muerte, no deja de ser eso, un algo extrínseco. La muerte, por su parte, es un hecho endógeno, interno del cuerpo del ser humano. El doctor Rubio lo explica:

“El microbio que atenta, o el trailer que nos abre la cabeza, o el arma que nos atraviese los hígados, no son más que los detonantes que hacen explotar la muerte que llevamos en nuestras propias entrañas, que somos nosotros mismos. Estas cosas nos ‘provocan’ nuestra muerte; no ‘son’ la muerte. De nada serviría acuchillar a un ‘ángel inmortal’. La muerte no está, pues, en la hoja de acero sino en la vida palpitante que esta navaja desgarrar” (25).

Este sucumbir de lo interno ante el embate de lo externo, representa uno de los hechos más violentos de la vida del ser humano. Para Carlos Marx la violencia es la partera de la historia y para Georges Bataille no hay nada más violento que la muerte, que esa desaparición física del ser humano en lo individual, del ser ‘discontinuo’, único, diferente a los demás, a todos. También este autor considera al erotismo como un hecho violento –de violación– por antonomasia. Bataille clarifica la vinculación existente entre muerte y erotismo en el ser humano; y es que según Federico Campbell este escritor francés “reparó en un detalle revelador: los cazadores que aparecen en las vasijas de la Grecia antigua tienen erección cuando cazan. Al matar se excitan. Y se les para” (26).

Asimismo, Bataille hace la distinción del ser humano respecto a su antecesor y a los otros seres vivos, en donde el primero se diferencia de los segundos por su capacidad de trabajo, por su raciocinio hacia la muerte y por ver a la actividad sexual más allá de un hecho reproductor y de cuidado de los hijos, por convertir a la actividad sexual en erotismo. Pero el mundo del trabajo –en donde el ser humano necesita paz, tranquilidad y todas sus fuerzas y capacidades- es un universo en donde no tienen cabida la muerte ni el erotismo –actividad del ser humano que al realizarla se gastan muchas energías que luego serán necesarias para el trabajo-, por lo que entonces nace la prohibición, misma que llega a su máxima expresión en los mandamientos de no matar y de no cometer adulterio dados a conocer al ser humano por Moisés. Con esta prohibición se trata de erradicar a la violencia; y también con ella nace su contraparte: La transgresión. Aunque a decir verdad, la relación prohibición–transgresión dentro de la cultura occidental se origina mucho antes con un hecho mitológico-religioso referente al primer ser humano de sexo masculino y al primer ser humano de sexo femenino. Se crea en el momento en que Adán y Eva desobedecen –transgreden- la prohibición de Dios de que probaran el fruto del árbol del conocimiento del bien y del mal. José Saramago pone en voz de un Jesús de trece años un pensamiento sobre el castigo al pecado o delito -transgresión de una regla- y la herencia del mismo:

“Creo que es legítimo pensar que el delito del padre, incluso siendo castigado, no queda extinto con el castigo y forma parte de la herencia que transmite al hijo, como los vivos de hoy heredamos la culpa de Adán y Eva, nuestros primeros padres” (27).

Pero ya en términos terrenales, resulta válido afirmar que todo ser humano sabe que no hay nada que provoque mayor placer que hacer lo prohibido. Entonces, si el matar y el erotismo están en esa categoría, no hay nada más excitante que el realizarlos, no hay nada mejor que la

sensación de gusto, de ansiedad, de temor, que la adrenalina produce en esos momentos. Aunque en ocasiones sean considerados como conductas patológicas y causen resquemores, rechazos y condenas por parte del mundo del trabajo, del mundo 'normal'. De ello supo muy bien el Marqués de Sade, autor al que Bataille le dedica gran parte de sus estudios. Y Bataille sobre este juego dialéctico de prohibir-transgredir, dice:

“El deseo de matar se sitúa en relación con la prohibición de dar muerte del mismo modo que el deseo de una actividad sexual cualquiera se sitúa respecto del complejo de prohibiciones que la limita. La actividad sexual sólo está prohibida en determinados casos, y lo mismo sucede con el acto de dar muerte. Si bien la prohibición de dar muerte es más grave y más general que las prohibiciones sexuales, se limita igual que ellas a reducir la posibilidad de matar en determinadas situaciones. Se formula con una simplicidad contundente: ‘No matarás’. Y, ciertamente, esta prohibición es universal, pero es evidente que ahí se sobreentiende: ‘excepto en caso de guerra, o en otras situaciones más o menos previstas por el cuerpo social’. Hasta el punto que esa prohibición es casi perfectamente paralela a la sexual, que se enuncia: ‘No cometerás adulterio’; a la cual se añade evidentemente: ‘excepto en ciertos casos previstos por la costumbre’” (28).

Aspecto importante es la convergencia que se da en ciertas sociedades o prácticas religiosas entre el acto de cometer adulterio y la acción de castigarlo a través de condenar a muerte al ser humano que lo llevó a cabo. Y punto relevante también es la salida o solución que se pueda dar a ese acto. Norman Mailer, siguiendo los evangelios sobre la vida de Jesús, escribe uno desde el punto de vista de este último y en la parte en donde le presentan a una mujer que acusada de incitar a los hombres a

cometer adulterio está por ser apedreada hasta la muerte, novela la versión que podría tener Jesús al respecto:

“En el camino que llevaba por el Monte de los Olivos, los fariseos se interpusieron en mi camino, y había una mujer con ellos. Me dijeron: *‘Maestro, esta mujer fue tomada en adulterio. En el mismo acto. La Ley ordena que debe ser apedreada. ¿Qué dices tú?’* Yo sabía que buscarían acusarme de lenidad para con los pecadores. Por eso no fijé los ojos ni en la mujer, ni en ellos. *‘No cometerás adulterio, dije. Quien mira a una mujer con lasciva, ha cometido adulterio en su corazón’*. Estas palabras eran para los hombres jóvenes entre ellos, cuyos ojos reflejaban el deleite de poder mirar abiertamente a esta mujer sorprendida en adulterio. Yo sabía también que sus pensamientos pronto proporcionarían a sus manos ociosas otras formas de placer. Para mí, pensé: Si tu mano te da ocasión de pecar, córtatela. Esta mujer ante mí debía de poseer en sus entrañas toda la inmundicia y efluencia del vómito del diablo, pues la fornicación era el instrumento más poderos de Satanás. Y estos fariseos estaban de pie ante mí, confiados y seguros de que yo hallaría una forma de perdonarla, y admitir así que estaba dispuesto a tener tratos con ramerás. Pero yo no hice más que inclinarme hacia abajo. Y con el dedo escribí en la tierra, como si no los hubiera oído. Sus mentes bullían de calculadora astucia. Sabían que para un esenio, la indecente fornicación conduce directamente al Fuego. No sabían cuánto había aprendido yo, leyendo los pergaminos, sobre los peligros de una mujer inmunda. En verdad, ellos habían leído los mismos pergaminos. Recordé lo que estaba escrito acerca de Jezabel en el Segundo Libro de los Reyes. Esta Jezabel, una princesa, había sido arrojada desde las altas ventanas de una torre, su sangre salpicó el muro, y los cortesanos cabalgaron sobre ella. Cuando el rey vió esto, dijo: *‘Enterrad esta mujer maldita, pues es la hija de un rey’*. Pero no encontraron de ella más que el cráneo y los pies y las palmas de las

manos. Fueron hasta él y se lo dijeron, y él dijo entonces: *'Esta es la palabra del Señor: Los perros comerán la carne de Jezabel y el cadáver de Jezabel será como estiércol en los campos'*. Ahora yo casi no me atrevía a mirar a esta mujer que los fariseos habían conducido ante mí. En vez, seguí escribiendo con mi dedo en la arena. Si no sabía qué estaba escribiendo, tampoco permití que ellos lo vieran. Para mí, susurré partes del Libro de los Proverbios: *'Los labios de una mujer extraña destilan miel, y más suave que el aceite es su boca, pero otro extremo es amargo como el ajeno, y penetrante como una espada de doble filo. Su comportamiento es disoluto. Así que sus pies descienden a la muerte, esos mismos pies antes tan veloces para la carrera y el mal'*. No la miré. Pedro llegó y se sentó en el suelo junto a mí, y desenrolló el pergamino que llevaba consigo para leer mientras descansábamos; siempre lo tenía, aunque leía con gran dificultad. No obstante, estaba cerca de mis pensamientos, pues señaló un pasaje con un grueso índice, que doblaba al mío es espesor, y susurró en el antiguo idioma hebreo: *'Dice: Por causa de una ramera un hombre es llevado a un pedazo de pan'*. Cuando le indiqué que continuara, él susurró: *'Una mujer adúltera come y se limpia la boca y dice: No he hecho ningún mal'*. Yo asentía todo el tiempo para evitar echarle un vistazo a la mujer. Para mí recité las palabras de Ezequiel: *'Los babilonios llegaron hasta la ramera Aholiba y la llevaron al lecho de amores, y la mancillaron y ella quedó contaminada por ellos, así que se percató de su desnudez, pero Aholiba multiplicó sus fornicaciones porque estaba enamorada de los hombres cuyo flujo es como el flujo de caballos'*. A pesar de mí mismo, contemplé por fin la mujer tomada en adulterio. Como temía, era hermosa. Los huesos de su cara eran delicados, y sus cabellos le caían sobre la espalda. Con arte se había pintado los ojos. Era dulce, aunque su boca era orgullosa y tonta. Mi aborrecimiento de la fornicación había llenado mis años con pensamientos de lujuria. Había sufrido los estragos de la furia almacenada. Pero ahora oí la tierna voz de un espíritu. ¿Sería su

ángel, pidiendo clemencia? Se me brindó una visión de esta mujer en el tufo del pecado. ¡Y con un extraño! Aun así, ella era una criatura de Dios. Podía estar cerca del Señor de maneras que yo no alcanzaba a ver, hasta -¿podría ser?- cuando se revolcaba en sus fornicaciones con extraños. ¿Era ella, entonces, tan diferente del Hijo del Hombre? Él también debía aproximarse a todos los extraños. Sí, era posible que ella estuviera cerca de Dios mientras las manos del Diablo abrazaban su cuerpo. Su corazón podía ser uno con Dios aunque su cuerpo estuviera cerca del Diablo. Los fariseos, silenciosos y pacientes como pescadores, volvieron a hablar, diciendo: *'Moisés y la Ley nos mandan. Una mujer como ésta debe ser apedreada. ¿Qué dices tú?'* Yo me levanté y hablé, no sólo a mis discípulos sino también al círculo de escribas y fariseos. Dije: *'¿Si vuestra mano os da ocasión de caer, cortáosla'.* Me miraron. *'Es mejor entrar en la otra vida mutilado que tener dos manos y entrar en el infierno'.* Entonces vi temor en sus ojos. *'Si vuestro ojo os da ocasión de caer, arrancadlo. Es mejor entrar en el reino de Dios y ver sólo con el ojo que queda que tener ambos ojos para mirar las llamas. En el fuego del infierno, el gusano que come vuestra carne no perece'.* Yo estaba asombrado. Me sentía limpio de conmoción hacia esta mujer, y por mis propias palabras. De modo que también dije: *'El que esté libre de pecado, que tire la primera piedra'.* Se produjo un tumulto. Fue tan repentino y tan violento que casi perdí el equilibrio y tuve que inclinarme otra vez hacia abajo y volver a escribir en la tierra como si me importara más lo que podía decirle mi dedo al polvo que todos ellos. Pronto, y con cada momento que pasaba, la furia de los fariseos empezó a aplacarse. Al poco tiempo se había esfumado. Ahora se sentían doloridos por sus propios pecados. Los vi alejarse" (29).

Esta mujer pasaría a la posteridad con el nombre de María Magdalena y su relación con Jesús, dos milenios después, todavía no se aclara del todo y sigue causando resquemores, prohibiciones, mitos o

descalificaciones. Pero lo importante del pasaje no es que sea cierto o no; o si Jesús pensaría lo que Mailer escribe que pensó. Lo valioso es que deja entrever que aunque una ley, divina o terrenal, prohíba y condene algún hecho, el ser humano lo realiza –transgrede la prohibición- y, en ocasiones, la razón impera al momento de emitir una condena. La razón permite que el ser humano convertido en juez no condene si también fue actor participante en el hecho a condenar. No debe ser juez y parte, pero además sería un juez sin solvencia moral. Sería un juez que condena a su contraparte en un hecho considerado pecaminoso. Porque hay que tener presente que en la acción del adulterio o de la prostitución participan más de un ser humano; y también en su juicio y condena. Además, Saramago dice que si Jesús dijo aquello de la ‘primera piedra’ no fue porque estuviese en contra del castigo a la mujer adúltera, en contra de la ley de Moisés, si no porque él también se sentía lleno de pecado pero, abunda, que “lo que Jesús parece no haber pensado, quizá por falta de experiencia, es que si nosotros nos quedamos esperando que aparezca en el mundo esos juzgadores sin pecado, únicos, en su opinión, que tendrán derecho moral a condenar y punir, mucho me temo que crezcan desmesuradamente el crimen en ese ínterin y prospere el pecado” (30).

Por otro lado, la relación muerte-erotismo existente se ve reflejada también en la entrega que sienten entre sí los amantes. El ser humano – y los mexicanos no son la excepción- desea que su amor por otro ser humano y de este por el primero, sea ‘hasta que la muerte nos separe’. José José, intérprete mexicano, en una de sus canciones le ofrece entrega total a su amada y se compromete a ser siempre de ella, ‘del altar a la tumba’, dice. Además, cuando el amor no le es correspondido o se está acabando, prefiere verse a sí mismo o –al menos así lo llega a pensar- ver muerto al ser humano amado antes que saberlo en brazos de otro amor. Otra manifestación de esta relación muerte-erotismo es el mismo éxtasis que el ser humano siente al alcanzar el clímax sexual, el orgasmo, éxtasis para el cual se necesita un gasto enorme de energía física. Sobre

el comportamiento del ser humano en el trance de la fiebre sexual, erótica, Bataille dice:

“Gastamos nuestras fuerzas sin mesura y a veces, en la violencia de la pasión, dilapidamos sin provecho ingentes recursos. La voluptuosidad está tan próxima a la dilapidación ruinosa, que llamamos ‘muerte chiquita’ al momento de su paroxismo. Consecuentemente, los aspectos que evocan para nosotros el exceso erótico siempre representan un desorden” (31).

Así, se puede afirmar que en una relación dialéctica -muerte/muerte o muerte/erotismo o erotismo/erotismo-, quien mata también muere, aunque sea un poco. Quien manipula los ‘detonantes’ externos que producen la muerte de un ser humano, al hacerlo tiene una ‘muerte chiquita’ llena de placer, que a la vez, en términos estrictos, representa un agotamiento -desgaste- de los órganos de su propio cuerpo. Órganos que cuando dejan de jugar producen la muerte de un ser humano.

También se da la ocasión de que los órganos dejen de jugar sin provocar la muerte del ser humano respectivo. Se ha visto ya el ejemplo del actor Joaquín Pardavé, pero existen otros. Carlos Fuentes escribe una obra con un personaje -Artemio Cruz- moribundo, conciente para sus adentros y con casi nula comunicación hacia el exterior, el cual, por cierto, vivió sin darse cuenta que su sangre circulaba, que su corazón latía, que su vesícula vaciaba líquidos, que su hígado expulsaba bilis, que su riñón producía orina, que su páncreas regulaba el azúcar de su sangre. Es decir, vivió sin sentir ni pensar en estas funciones que le daban vida. Y estuvo así hasta que enfermó, hasta que le llegó la situación de moribundo, hasta que estas funciones, dice el autor, “te obligarán a darte cuenta, te dominarán y acabarán por destruir tu personalidad: pensarás que respiras cada vez que el aire pase trabajosamente hacia tus pulmones, pensarás que la sangre te circula cada vez que las venas del abdomen te latan con esa presencia dolorosa:

te vencerán porque te obligarán a darte cuenta de la vida en vez de vivirla” (32). Fuera de la literatura, el caso del ex presidente de la república mexicana, Adolfo López Mateos, todavía se recuerda ya que con motivo de un aneurisma cerebral estuvo varios años en una situación que se puede considerar como de ‘muerte en vida’, hasta que murió realmente.

Catalepsia y aneurisma cerebral son dos situaciones clínicas en las cuales los órganos del cuerpo que las padece dejan de jugar pero no al grado último de provocar la muerte. En medicina se considera que un ser humano entra en la etapa de ‘muerte clínica’ cuando manifiesta, según Rafael Campillo, una “ausencia de constantes vitales y presentando encefalograma plano” (33). O, en palabras de Paulina González y Elizabeth Sosa, “la muerte clínica es el estado en el que la respiración, la actividad cardiaca y las reacciones cerebrales han cesado pero existe la posibilidad de una reanimación” (34).

En la práctica, esta ‘posibilidad de una reanimación’ del cuerpo para sacarlo de la ‘muerte clínica’, provoca un gran debate; y es que esta posibilidad es precisamente sólo eso: Una posibilidad. ¿Se hace lo que se tenga que realizar para convertir esta posibilidad en realidad? ¿Sí? ¿A costa de que no se logre o que el ser humano, al ser revivido o ‘resucitado’, presente un déficit neurológico o alguna otra consecuencia? ¿No? ¿Se deja morir entonces al ser humano? ¿Se practica la eutanasia? Este debate no se queda únicamente en casos de ‘muerte clínica’; abarca también los casos de pacientes que presentan alguna enfermedad incurable, grave o terminal. En este último rubro aparece otra vertiente de provocar la muerte, aunque en estas circunstancias sea la propia: El suicidio. En México aun se recuerda el caso de Pedro Armendáriz, famoso actor que se quitó la vida –se suicidó– al enterarse que padecía cáncer. Y es que la disyuntiva se centra en si se vive más tiempo, aunque en ocasiones se sufra y se haga sufrir a los demás, o si se provoca la muerte porque ya no se podrá vivir en plenitud, con una calidad de vida

aceptable. En este debate, y en muchos otros –como el aborto–, tienen un papel de suma importancia la moral, la cultura, la ética médica y las creencias religiosas. Aunque también a la piedad no hay que dejarla afuera. Sentimiento que se puede convertir en el deseo de que un ser humano enfermo o herido de gravedad muera para que deje de sufrir; o de que no nazca para que no venga a sufrir.

Asimismo, las autoras diferencian la ‘muerte clínica’ de la ‘muerte biológica’. Escriben:

“Estar biológicamente muerto significa que por lo menos el cerebro ha cesado completa e irrevocablemente de funcionar y ya no es resucitable. La muerte biológica no es tan sólo la muerte de un órgano o la muerte parcial, sino la muerte cerebral y finalmente la muerte de todo el organismo” (35).

Y abundan:

“Sólo quien ha muerto biológicamente, además de clínicamente, ha pasado por la muerte total, definitiva, esto es, la pérdida irrevocable de las funciones vitales que tiene como consecuencia la destrucción de todos los órganos y tejidos” (36).

Esta ‘pérdida irrevocable de las funciones’ casi siempre se produce de manera inesperada, por ello cuando llega el ser humano no está preparado para recibirla, la propia o la de los otros. En el caso de los infantes, por ejemplo, existe el ‘síndrome de muerte súbita del lactante’ o ‘muerte de cuna’, que es la muerte repentina e inexplicable de un niño menor de un año de edad, de la cual no se conocen las causas que la provocan pero sí una forma de evitarla: Acostar al niño de espaldas (37).

Como el ejemplo anterior hay muchos, por lo que sería correcta una afirmación que diga que el ser humano en vida debe abocarse a conocer

qué es la muerte, a cómo posponer su arribo y a prepararse para su llegada. La propia y la de otro ser humano integrante de su propia comunidad; o de otra. Sería ideal.

Ahora bien, aunque en el siguiente capítulo se verá la relación cuerpo-alma, aquí es conveniente tratar de dilucidar si el alma, en caso de que se acepte su existencia, muere al igual que el cuerpo. Pero para llegar a un final, cualquiera, siempre es necesario empezar por un principio. En este caso, el principio puede ser en plural, al menos dos. Uno, muy general, se refiere primordialmente a la creación. El científico Carl Sagan dice que tanto las religiones y culturas, como la ciencia, tienen sus propios ritos al respecto. Sobre las primeras afirma que “pocas veces son algo más que cuentos concebidos por fabulistas” (38); sobre la segunda comenta que es el fenómeno conocido como *big bang*.

El segundo, más particular, es la cuestión de cuándo nace el alma –o conciencia o espíritu o personalidad o yo– en cada ser humano. El mismo Sagan dice que las dos preguntas fundamentales son: “¿Cuándo se hace humano el feto? ¿Cuándo emergen las cualidades definitivamente humanos?” (39). La búsqueda de respuestas a estas incógnitas ha enriquecido y determinado, entre otros aspectos, el debate sobre el aborto.

Esto es en cuanto al principio, pero, ¿y el final? Sobre el cuerpo se sabe que ya muerto se sepulta o crema. Y ahí está. Y este ahí está, se puede afirmar, es literal. Ya en el siglo XVIII Antoine Lavoisier comprobó que ‘la materia no se crea ni se destruye, sólo se transforma’; y en el siglo XX Albert Einstein amplió esta ley a la energía. Entonces, si el cuerpo del ser humano es materia y energía, pues por ahí debe de andar, aun después de muerto. Además, en términos religiosos, la misma Biblia sentencia que ‘polvo eres y en polvo te convertirás’. Lo anterior es respecto al cuerpo, ¿y el alma? Sagan externó poco antes de morir:

“Me gustaría creer que cuando muera seguiré viviendo, que alguna parte de mí continuará pensando, sintiendo y recordando. Sin embargo, a pesar de los mucho que quisiera creerlo y de las antiguas tradiciones culturales de todo el mundo que afirman la existencia de otra vida, nada me indica que tal aseveración pueda ser más que un anhelo” (40).

Esta no creencia en la existencia de vida después de la vida, la comparten otras personalidades, de entre los que sobresalen Darwin, Marx, Freud y Einstein. De este último el mismo Sagan recuerda que escribió: “Tampoco puedo ni querría concebir que un individuo sobreviviese a su muerte física” (41). Y más recientemente, a finales de 2007, el investigador en filología celular, Marcelino Cerejido, manifestó que en la actualidad la respuesta que la ciencia le puede dar a la pregunta sobre qué sigue después de la muerte, es:

“La muerte celular programada es seguida por la vida normal de nuestro organismo, y la muerte de nuestro organismo, es seguida por la vida normal de nuevas generaciones de organismos” (42).

Es decir, lo que sigue a la muerte de un ser humano es la vida de otros seres humanos. Así de simple y así de complejo, combinación que, con certeza, a principios de 2008 le hace decir al médico cirujano Ruy Pérez Tamayo que:

“La muerte permite la renovación de las poblaciones que participan en la selección natural frente a las condiciones cambiantes del medio ambiente; la muerte es el mecanismo de eliminación de los individuos que ya han cumplido con su única función biológicamente significativa, o sea la de dar origen a otros individuos” (43).

Esta posición, conocida como 'materialista', forma tan sólo uno de los lados de la concepción que sobre el tema existe y que, en palabras de Gary Doore, "declara que la conciencia es un mero subproducto del cerebro y que, por consiguiente, no existe *nada* que pueda perdurar más allá de la extinción de nuestro cuerpo" (44). Para el mismo autor la contraparte a esta creencia es la conocida como 'dualista' que afirma que el alma "no sólo es distinta e independiente del cuerpo sino que también sobrevive a la muerte del aspecto físico de nuestro ser" (45).

Los creyentes en esta segunda forma de pensar son, a decir verdad, mayoría dentro de la población mundial y para 'comprobar' que están en lo cierto se especializan en transcribir 'experiencias extracorporales', 'experiencias de aproximación a la muerte', 'experiencias cercanas a la muerte', 'estados de transición', 'estados de transformación', 'experiencias transcorporales', 'apariciones', 'reencarnaciones', 'experiencias de ampliación de la conciencia', mismas que tienen excelente recepción en el público asiduo a la literatura *new age*. Pero no sólo en esta corriente tiene seguidores, sino que está vigente en los integrantes de las comunidades religiosas incluidas en este estudio. Arnold Toynbee, por ejemplo, lo dice de manera clara:

"De acuerdo con las doctrinas zoroástrica, judía farisaica, cristiana e islámica, las almas de los muertos, desencarnadas, sobreviven desde sus respectivas fechas de defunción hasta la ignorada fecha futura en que se cumplirá la resurrección de todos los muertos. De acuerdo con las enseñanzas de Buda, según las describen los textos de la Escuela Meridional del Budismo, el persistente conjunto de estados psicológicos que provoca la reencarnación perdura en estado incorpóreo durante el intervalo que media entre una y otra existencia" (46).

Entonces, el cuestionamiento sobre en qué creer sigue vigente y las respuestas son tan diversas como diverso es el pensamiento del ser

humano. Oportunismos aparte y posiciones convenencieras sin mácula, podrían coincidir en la posición asumida por Colin Wilson, misma que para muchos conjuga tanto el conocimiento científico como la fe religiosa y el deseo de sobrevivir, de ser inmortales, y que a la letra dice:

“Así, a pesar de saber que la realidad de la supervivencia después de la muerte dista mucho de estar mostrada científicamente, reconozco, sin rubor alguno, tener la certeza casi absoluta de que sobreviviré a la muerte” (47).

Aquí saber y creer se conjugan y dan la oportunidad al ser humano de no errar. Aquí conocimiento científico y creencia religiosa convergen pero no se vuelven uno. Aquí el ser humano sabe que a lo mejor no es así, pero desea y cree que así podría ser. Aquí, con ello, el ser humano se aferra a su creencia y anhelo de inmortalidad.

I.2.- El ser humano, ¿se prepara para la muerte?

José Saramago escribe:

“Pasaba mucho de la una de la madrugada cuando el violonchelista preguntó, Quiere que llame un taxi que la lleve al hotel, y la mujer respondió, No, me quedaré contigo, y le ofreció la boca. Entraron en el dormitorio, se desnudaron, y lo que estaba escrito que sucedería sucedió por fin, y otra vez, y otra aún. Él se durmió, ella no. Entonces ella, la muerte, se levantó, abrió el bolso que había dejado en la sala y sacó la carta color violeta. Miró alrededor como si buscara un lugar donde poder dejarla, sobre el piano, sujeta entre las cuerdas del violonchelo o quizás en el propio dormitorio, debajo de la almohada en que la cabeza del hombre descansaba. No lo hizo. Fue a la cocina, encendió una cerilla, una humilde

cerilla, ella que podía deshacer el papel con una mirada, reducirlo a un impalpable polvo, ella que podría pegarle fuego con el contacto de los dedos, y era una simple cerilla, una cerilla común, la cerilla de todos los días, la que hacía arder la carta de la muerte, esa que sólo la muerte podía destruir. No quedaron cenizas. La muerte volvió a la cama, se abrazó al hombre, y, sin comprender lo que estaba sucediendo, ella que nunca dormía, sintió que el sueño le bajaba suavemente los párpados. Al día siguiente no murió nadie" (1).

A ese día siguiente a la noche en que la muerte conoció el amor sexual – o, para muchos, la vida misma-, le siguieron siete meses en los cuales tampoco murió nadie, lo que provocó, según la obra del premio Nobel de literatura, caos y crisis en ese país imaginario al cual la muerte le declaró unilateralmente una huelga a su trabajo cotidiano. Esta hecatombe producida por la no muerte de nadie, es narrada espléndidamente por el escritor portugués, y hace pensar que ese binomio vida-muerte es necesario para el equilibrio del mundo, del universo y del mismo ser humano y de todos los seres vivos. Pero lo que escribió Saramago es ficción, y una posición más realista, más tangible, la externa Manuel Vázquez Montalbán, cuando dice: "Todo nos lleva a la muerte y a la extinción" (2), y a pesar de que esta aseveración podría ser considerada como una real 'verdad de Perogrullo', por sabida y conocida precisamente por la mayoría de los seres humanos, por no decir que por todos, es de suma importancia que se tenga presente. El que el ser humano sepa que va a morir no le propicia necesariamente la intención de prepararse a fondo para enfrentarla, la propia y la de los integrantes de su misma comunidad religiosa. Dice Nadine Gordimer que "ha tenido todas las cosas que se han inventado para suavizar la vida, pero no parece que se haya hecho nada para que la muerte sea más soportable" (3). Además, según María Mercedes Rojas: "Lo injusto de la muerte es que no avisa" (4). Entonces, la no preparación para la muerte y el que esta no pide cita alguna para hacerse presente, provocan en el ser

humano sentimientos encontrados e improvisados. Y, por ende, puede ser que tiendan a salirse o de plano rebasen el control natural que todo ser humano tiene o debe tener sobre sí mismo. Greta Rivara Kamaji afirma:

“La muerte del otro amado puede hacer a cualquier ser humano, de cualquier lugar, de cualquier tiempo gritar, arrodillarse, clamar y reclamar, desde la rabia y el desamparo, a un principio superior o a Dios por la siempre injusta herida que abre la muerte y nos despeña en el abismo presentido del no-ser más” (5).

Este desbordamiento de los sentimientos obliga, antes que otra cosa, a la necesidad de identificarlos plenamente. Ursula Markham plantea que “la pauta habitual que recorre la emotividad ante la pérdida de un ser querido es: incredulidad o negación; resentimiento; remordimientos; temores; resignación; serenidad” (6). Al primer punto la autora también lo llama ‘pena’ y dice que “es la emoción más plausible y, desde luego, la más común en la mayoría de estas eventualidades” (7). El que sea común no la hace uniforme ni unívoca. Se manifiesta con diferentes matices en intensidad y duración. A muchos la expresión externa de la pena que sienten les dura toda la vida. La misma autora recuerda que la reina Victoria, al morir su esposo, el príncipe Alberto, decidió vestir de luto el resto de su existencia. A otros una muerte les provoca el sentir que ellos mismos, con esta, han iniciado el proceso de su propia extinción. Dice Imre Kertész: “Un día me daré cuenta de que esta muerte fue al mismo tiempo el inicio de la mía” (8); y un estudio de la Universidad de Rochester muestra que el estrés provocado por la muerte –o divorcio o pérdida- de un ser querido produce la secreción de ‘cortisol’, sustancia que inhibe al sistema inmunológico, lo cual, a su vez, permite a las células pre cancerígenas reproducirse sin ser destruidas por el organismo.

A unos más la pena les dura menos y, además, no les deja huella. Nadine Gordimer comparte que siempre recordará la respuesta que escuchó sobre qué haría alguien si muriera un ser amado. Transcribe: "Bueno, al cabo de unas pocas horas tienes sed, y quieres de nuevo..., quieres un trago de agua" (9). A algunos, inclusive, la posible muerte de un conocido les produce incertidumbre e impotencia ante el cómo actuarán en ese momento, ya no se diga durante el resto de sus vidas. Mía Cuoto escribe:

"-Estoy pensando en ello.

-¿En qué, viejo?

-Si mueres, cómo le voy a hacer, solo, enfermo y sin fuerzas, ¿cómo le voy a hacer para darte sepultura?" (10).

Otros, los menos y seguramente se pensará que los más afortunados, sí tienen ciertos elementos para enfrentar con entereza, si en ese momento existe la entereza, la muerte de sus seres queridos. Un ejemplo lo da el comediante y comunicador mexicano Víctor Trujillo, mejor conocido con el nombre de su personaje más popular 'Brozo', quien ante la muerte de su esposa declaró: "Me enseñó a vivir sin ella, se fue en paz, no quedó ningún pendiente" (11). Esta enseñanza que recibió de su cónyuge durante los meses que estuvo enferma, Trujillo dice que fue "como un curso propedéutico, un extra que nos regalaron para aprender a andar sin mamá y sin mujer, nos preparó bien, nos unimos mucho y la sensación es de paz" (12). Pero no todos tienen un curso de esta naturaleza, y mucho menos que sea efectivo, eficiente. Octavio Paz escribió que "más que a vivir se nos enseña a morir. Y se nos enseña mal" (13).

Ursula Markham, por su lado y sin decirlo, difiere un poco de esta afirmación del premio Nobel mexicano. Para ella en gran parte del mundo actual "hablar de la muerte no gusta. La gente sólo la menciona cuando no hay más remedio, cuando no se puede evitar" (14). Y si no la

mencionan, sigue la autora, pues menos se preparan para afrontarla, y, llena de azoro, dice:

“Nuestro sistema de enseñanza ofrece cursos y cursillos que nos preparan ante cualquier situación, desde tener que hacer un pastel hasta pasar un examen, desde tocar el piano hasta dirigir un negocio. Casi sorprende que no exista nada que nos enseñe a afrontar una experiencia tan devastadora” (15).

Esta apreciación la comparten otros científicos especialistas en el estudio de la muerte. Teresa Tinajero, del Instituto Mexicano de Tanatología, decía en el año 2002:

“En México, se carece de personal especializado que proporcione auxilio a los enfermos terminales o crónicos para ayudarles a bien morir y aceptar el deceso” (16).

Aunque a finales de 2006 las autoridades de salud que atienden a los trabajadores al servicio del Estado declararon que ya cuentan con personal especializado en ayudar en el proceso de duelo y acompañamiento del paciente y de sus familiares, Tinajero y Markham trabajan por separado para encontrar cada una la solución, o varias, a la anomalía. La primera le apuesta a la promoción de la tanatología ya que, afirma, “el propósito de esta área es ayudar y ofrecer auxilio a las personas que al enfrentarse con una enfermedad terminal se sienten desesperadas y con una gran angustia, lo cual también se extiende a sus familias” (17). La segunda ofrece ciertos elementos a tomar en cuenta en el momento que se tenga que enfrentar a la muerte de un semejante, de un ser querido, y recomienda, entre otras cosas, admitir el hecho y las emociones que produce, cuidarse y evitar la autodestrucción, descansar y relajarse, seguir con la cotidianidad, no fingir insensibilidad y conversar sobre la misma situación. Dice, además, que si toda muerte duele, la de un niño duele más, pero que “probablemente no hay pérdida

más difícil de sobrellevar que la de un hijo" (18). También recomienda acciones a ser tomadas en cuenta para que los niños puedan enfrentar la muerte, la propia, en su momento, y la de sus semejantes; y considera lo que ella misma llama 'duelo infantil' como un algo muy especial:

"Cuando muere un ser querido el niño se entristece, pero con frecuencia ocurre también que le invade un gran terror. Se descubre de súbito que la muerte es real, cercana, y que les ocurre también a personas buenas. El mundo deja de ser el lugar seguro que él creía" (19).

Esta concepción coincide y complementa de manera sobresaliente aquella otra que externara el escritor sudafricano, premio Nobel de literatura, J. M. Coetzee: "Los niños no pueden imaginarse lo que es morir. Ni siquiera les pasa por la cabeza que no son inmortales" (20). Es decir, los niños no se imaginan ni piensan en la muerte como algo real, hasta que se enfrentan a ella de manera cercana. Antes de esto, era simple ficción y sólo le pasaba a los malos y a los adultos, a los viejos. Así lo han visto por décadas en los medios de comunicación, sobre todo en programas de televisión, comics, caricaturas y películas infantiles; y lo han escuchado en viva voz de los adultos en las fábulas y cuentos para niños. Pero nada más. A esta situación Milan Kundera la considera 'la etapa más feliz de nuestra vida' cuya principal característica es que "hasta cierto momento la muerte es algo demasiado lejano para que nos ocupemos de ella. Es no vista e invisible" (21), aunque en México existe la propuesta –o al menos la intención– de que en el sistema educativo oficial se incluya el tema de la muerte en el aprendizaje de los niños y jóvenes a fin de que no corra el riesgo de convertirse en tabú y, a la vez, ser mejor comprendida. Después de esta etapa 'feliz', Kundera visualiza otras dos, que junto con la primera forman lo que denomina 'reloj de la vida', a las que describe de manera puntual:

“Pero luego de pronto empezamos a ver nuestra muerte ante nosotros y ya no podemos librarnos de pensar en ella. Está con nosotros. Y al igual que la inmortalidad se aferra a la muerte como Laurel a Hardy, podemos decir que está con nosotros también nuestra inmortalidad. Y en cuanto sabemos que está con nosotros empezamos a preocuparnos febrilmente de ella. Le encargamos un smoking, le compramos una corbata, temerosos de que el traje y la corbata los elijan otros y elijan mal (...). Después de esta segunda etapa de la vida, cuando el hombre es incapaz de apartar los ojos de su muerte, viene una tercera etapa, la más breve y más misteriosa, de la que se sabe y se habla poco. Las fuerzas se agotan y del hombre se apodera un cansancio que lo desarma. El cansancio: un callado puente que conduce desde la orilla de la vida a la orilla de la muerte. La muerte está tan cerca que mirarla se ha vuelto aburrido. Ha vuelto a ser invisible y a no ser vista: a no ser vista como se ven los objetos demasiado conocidos. El hombre cansado mira desde la ventana, mira la copa de los árboles y pronuncia para sí sus nombres: castaño, álamo, arce. Y esos nombres son bellos como el ser mismo. El álamo es alto y se parece a un atleta que ha levantado un brazo hacia el cielo. O se parece a una llama que se elevó hacia lo alto y se quedó petrificada. Álamo, oh, álamo. La inmortalidad es una ilusión ridícula, una palabra vacía, un viento atrapado en una red de mariposas, si la comparamos con la belleza del álamo al que el hombre cansado mira desde la ventana. Al cansado anciano la inmortalidad ya no le interesa en absoluto” (22).

Como en toda relación dialéctica en este ‘reloj de la vida’ los extremos comparten posiciones ante hechos concretos. La lejanía o la cercanía cronológica del ser humano en lo individual con su propia muerte natural le provocan concepciones idénticas. El ser humano en su infancia y como adulto en plenitud ignora la existencia de su muerte física. En el primer caso no la ve por lejana; en el segundo no la ve por

cercana. Pero la realidad es que en las dos circunstancias la ignora. Primero la ignora como sinónimo de ignorancia, de desconocimiento de que la muerte existe y de que le puede suceder a él; en segundo lugar la ignora como sinónimo de sabiduría de vida, de haber vivido muchos años, de por saber que existe y que está cercana a él no vale la pena perder el poco tiempo de vida que le queda pensando en ella. Entonces, ignorancia y sabiduría, dos polos opuestos del y para el desarrollo humano, ante el hecho de la muerte producen el mismo resultado. Otra es la situación que atraviesa el ser humano en su juventud y madurez. En estas etapas de su vida piensa ya en la muerte, en la ajena y en la propia. Dice Fernando Savater que cuando comprendió, a los 9 ó 10 años de edad, que él también iba a morir, empezó a pensar. En ese momento, escribe, "comprendí la diferencia entre aprender o repetir pensamientos ajenos y tener un pensamiento verdaderamente 'mío', un pensamiento que me comprometiera personalmente, no un pensamiento alquilado o prestado como la bicicleta que te dejan para dar un paseo. Un pensamiento que se apoderaba de mí mucho más de lo que yo podía apoderarme de él. Un pensamiento del que no podía subirme o bajarme a voluntad, un pensamiento con el que no sabía qué hacer pero resultaba evidente que me urgía a hacer algo, porque no era posible pasarlo por alto. Aunque todavía conservaba sin crítica las creencias religiosas de mi educación piadosa, no me parecieron ni por un momento alivios a la certeza de la muerte" (23). También comenta que tener conciencia de la muerte hace que el ser humano madure y, precisamente, se humanice. Recuerda que los griegos utilizaban la misma palabra para referirse al humano y al mortal. Afirma:

"Las plantas y los animales no son mortales porque no saben que van a morir, no saben que 'tienen' que morir: se mueren pero sin conocer nunca su vinculación individual, la de cada uno de ellos, con la muerte. Las fieras presienten el peligro, se entristecen con la enfermedad o la vejez, pero ignoran (¿o parece que ignoran?) su abrazo esencial con la necesidad de la muerte. No es mortal quien

muere, sino quien está seguro de que va a morir. Aunque también podríamos decir que ni las plantas ni los animales están por eso mismo vivos en el mismo sentido en que lo estamos nosotros. Los auténticos vivientes somos sólo los mortales, porque sabemos que dejaremos de vivir y que en eso precisamente consiste la vida" (24).

Así, el pensar la muerte le posibilita al ser humano planear su vida misma. Es prepararse para vivir, más no para morir. Aunque contradictoria esta realidad, lo cierto es que su realización tiene mucha lógica ya que, además lo dice un adagio popular, quién en su sano juicio quiere morir. ¡Quién! ¿Quién? Muy pocos. Es decir, el ser humano en general piensa en la muerte pero no en su propia muerte; piensa en la muerte pero no quiere morir, le da miedo morir, y le da miedo el cómo va a morir. Según una encuesta realizada en Internet la mayoría de los participantes (80%) manifestó que la peor forma de encontrar la muerte sería asfixiado o por quemaduras, teniendo un lugar también relevante la tortura, los disparos y los infartos (25).

Es más, es tal su miedo a la muerte y su apego a la vida que inclusive el ser humano adquiere un 'seguro de vida' con el cual siente tranquilidad y confianza de que a sus seres queridos, en el caso de que a él le suceda algo trágico, mortal, obtendrán los bienes materiales que les servirán para paliar su ausencia física. Muere y con su muerte beneficia a los suyos. Esa es su apuesta. Aunque como en toda apuesta no todos participan, unos porque no tienen qué y otros porque no saben cómo. También este pensar en la muerte lo ha obligado a buscar y encontrar qué hacer con el cuerpo propio o ajeno ya sin vida, con ese cuerpo ya convertido en cadáver. Dilucidar el destino último en la tierra y, en algunos casos, su posible incrustación en un mundo que va más allá de la vida cotidiana. En esta búsqueda ha coincidido todo ser humano, sin importar cultura o ubicación geográfica, lo que ha provocado que entre sí haya más coincidencias que diferencias. En los orígenes de este pensar sobre la muerte existieron aspectos recurrentes determinados

por el carácter agrícola y guerrero del ser humano. Las descripciones del más allá -de ultratumba y del paraíso-, del paso del alma del ser humano vivo hacia el mundo de los muertos y de la ofrenda a los difuntos, son tan sólo algunos de los elementos en los que coincidieron los pueblos antiguos, los prehispánicos incluidos. En el caso concreto de qué hacer con el cuerpo inerte de un ser humano integrante de la misma comunidad religiosa, en el devenir histórico se han privilegiado dos prácticas: Entierro y cremación, con predominio del primero. Los egipcios, fenicios, cartagineses, persas, chinos y los primeros griegos, no practicaron la cremación. Los persas, inclusive, condenaban a muerte a los pobladores que intentaran cremar un cuerpo. Los judíos sólo se permiten excepciones durante guerras o pestes. Los entierros y el respeto que profesan a los restos mortales aparecen con frecuencia en el Antiguo Testamento. Desde la fundación de Roma hasta el año 100 a. C., sus habitantes sólo practicaron la inhumación, después se permitieron la cremación con la finalidad de evitar que sus enemigos profanaran los cuerpos de los soldados y de la clase pudiente. A las colonias judías los romanos les permitieron tener sus propios cementerios. Cuando Nerón en el año 63 d. C., combatió a los cristianos, éstos excavaron laberintos subterráneos, llamados catacumbas, que les sirvieron de escondite, de lugar para realizar su culto y de cementerio, ello para evitar la profanación y la cremación de los cuerpos como una burla de los romanos a la creencia de la existencia de una vida en el más allá. Benedict Hughes dice:

“La oposición de los cristianos primitivos a la cremación fue inspirada por motivos religiosos, ya que la destrucción del cuerpo con fuego simbolizaba la aniquilación y la concepción materialista de que la muerte es el fin absoluto de la vida humana. En verdad sus perseguidores paganos quemaban frecuentemente los cadáveres de mártires cristianos para burlarse de su creencia en la resurrección del cuerpo... Además, los cristianos primitivos comprendían la dignidad del cuerpo humanos, y su destrucción

por medio del fuego les parecía una seria falta de reverencia a los que había sido templo del Espíritu Santo. Ungido en el Bautismo, la Confirmación y la Extremaunción, y alimentado con el alimento divino de la Sagrada Eucaristía, nuestro cuerpo queda santificado... ¿O ignoráis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, el cual está en vosotros...? Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo..." (26).

Esta posición conservadora del reverendo Hughes no le permite aceptar el hecho de la cremación. Además, a manera de denuncia dice que fueron los filósofos ingleses (Hobbes y Locke) y franceses (Voltaire, Rousseau y Diderot), quienes junto a la masonería allanaron el camino al paganismo y, con él, a la cremación. Lo cierto es que en la actualidad, con o sin conservadurismo o masonería, la cremación se practica cada día más, cada vez es más aceptada. El padre Hughes coincide con el rabino Shraga Simmons en que el motivo de esta cada vez más adentrada costumbre es meramente económico. El primero dice: "¿Por qué tanta gente opta por la cremación, una práctica tan contraria a nuestra naturaleza humana? Ciertamente, una de las razones son los gastos" (27). Por su parte, Shraga Simmons escribe: "Debido al alto costo de los entierros -ya sea en caja, tumba, porción de tierra, etc.- hoy en día mucha gente está optando por la cremación" (28).

Además de estas dos formas de deshacerse de los cuerpos inertes, existen otras. Una también ancestral o primitiva; otra muy a la moda ecologista actual; y una más futurista, con tintes de ciencia ficción. La primera es el conocido 'entierro en el cielo' que lleva a cabo la comunidad budista-tibetana en China. José Reinoso lo describe:

"El ritual funerario consiste en ofrecer el fallecido para que lo devoren los buitres. Para ayudar a los rapaces a comer, el muerto debe ser desmembrado y troceado concienzudamente. Denominada en tibetano 'jhaton' (entregar el alma a las aves), la

ceremonia es, según los budistas tibetanos, el mejor método de elevar el alma al cielo y devolver el cuerpo a la naturaleza, el cual, desprovisto del alma, ya no tiene ningún valor” (29).

A esta ceremonia los familiares del difunto tienen prohibido asistir y, según el mismo autor, este ‘entierro’ es una de las cuatro formas que ese pueblo, en pleno siglo XXI, tiene para regresar los cuerpos a la naturaleza; las otras tres son la cremación, el arrojar el cuerpo desmembrado a un río y el entierro bajo tierra.

La segunda está acorde a la conciencia ecológica y de respeto al medio ambiente, de evitar la contaminación del suelo, y es el ‘entierro verde’ que “consiste en congelar el cuerpo primero y luego hacer añicos la débil estructura ósea mediante vibraciones sonoras. El polvo se coloca en un ataúd hecho de harina de maíz y luego se entierra en una fosa superficial, para que sirva de fertilizante de una planta que se siembra en el lugar” (30).

También en este inicio de siglo se está promoviendo otra forma de ‘entierro en el cielo’, pero ahora con visión de futuro. Con un poco de ironía, Eduardo Galeano escribe:

“El turismo de después. Entierros celestiales, precios terrenales. Por 12,500 dólares, tendrá usted su tumba en el Valle del Silencio: ‘Descanse en paz. En la luna’, ofrece la empresa norteamericana Celestis Inc., que ya tiene tres satélites funerarios en órbita. Los cohetes llevarán las cenizas de los clientes desde la base de Cabo Cañaveral. Por un precio adicional de 5,600 dólares, la empresa Earthview brinda un video del lanzamiento y asegura el envío de un epitafio digital hacia una estrella que será bautizada con el nombre del finado. Estos fueron los dos primeros epitafios enviados al cielo: ‘Qué vista tan magnífica’ y ‘Mi espíritu está libre para elevarse’” (31).

Y son precisamente los precios terrenales los que provocan que el hecho natural de morir sea también un hecho nada natural de hacer negocio. Tan negocio es que una de las principales agencias funerarias –Gayosso– fue vendida por sus dueños mexicanos al fondo europeo ‘Advent’ en la nada despreciable suma de 317 millones de dólares, y alcanzó esta cifra porque factura anualmente la tampoco nada despreciable cantidad de 110 millones de dólares.

Por su parte, en la Ciudad de México existen alrededor de 300 agencias funerarias que ofrecen sus servicios a un costo que oscila entre 3 mil y 100 mil pesos, según sea el lujo del ataúd y de los demás componentes de la ceremonia luctuosa o de la tramitología oficial a realizarse ante las autoridades correspondientes, trámites que son gratuitos pero que los agentes funerarios cobran por realizarlos en connivencia con diferentes autoridades de los sectores de salud y justicia, principalmente. Jesús Padilla escribe que “lo que no pudo hacer un particular en tres días para conseguir la autorización del Ministerio Público para la cremación de su familiar, en 15 minutos un agente fúnebre lo consiguió” (32), y lo logró precisamente por los ‘contactos’ que su actividad le permite, los que cuesta conservar, y el precio no lo cubre él si no el cliente, el familiar del difunto, quien aunque esté en desacuerdo con esta práctica, en pocas ocasiones se niega a pagarla. Al agente fúnebre en la Ciudad de México se le conoce con el apelativo de ‘coyote’ o ‘zopilote’, y uno de ellos le declaró al mismo Jesús Padilla que no sabe “hacer otra cosa, ya sé cómo ganarme la vida, no me importa que me digan ‘zopilote’, y cuando me muera ya les dije todas las transas a mis hijos para que otros no les cobren de más” (33).

Es útil anotar que existen agencias funerarias del gobierno federal que otorgan de manera gratuita sus servicios, sobre todo a los mexicanos inscritos en algún programa de seguridad social por su carácter de trabajadores al servicio del Estado o al servicio del sector privado; o en

el caso de la Delegación Iztapalapa, en la Ciudad de México, que ofrece estos servicios también de manera gratuita o a un costo simbólico, a la población de escasos o nulos recursos económicos. Por parte de las agencias funerarias privadas ubicadas en la Ciudad de México, sobresale la conocida como 'La Gutiérrez', ubicada en Ferrocarril de Cintura y Albañiles, en la colonia Morelos, delegación Cuauhtémoc, que ofrece el servicio de velatorio de manera gratuita a los habitantes de la zona como muestra de identificación y solidaridad del dueño con sus vecinos.

Pero en esta época del ciberespacio se empiezan a ofrecer 'cementérios virtuales'. Dice el periodista Juan C. Rodríguez Tovar que "todos los sitios se manejan con la misma lógica. La familia o las amistades dan de alta a su difunto por una cuota anual que oscila entre los 30 y 50 dólares; el usuario tiene derecho a colocar un retrato del ser querido, una semblanza y, si lo solicita, un *link* para tener acceso a las imágenes de los objetos más preciados por el extinto, videos, música o libros. Por su parte, los usuarios poseerán una clave personal y tendrán derecho a escribir una carta, dirigir un pésame, enviar un archivo de video o de música por una tarifa que va de los tres a los cinco dólares" (34). Aunque el cuerpo del difunto haya sido inhumado o incinerado, estos servicios, dicen, ofrecen la oportunidad de 'tenerlo' en casa, en imágenes y con sonidos en la computadora, lo que evitaría las visitas al cementerio. Estos ofrecimientos incluyen, también, velorios de lujo y acordes al status del difunto, como los organizados en la Ciudad de México por la funeraria 'Lomas Memorial', ubicada en la zona privilegiada de Santa Fe, e instalada en un edificio futurista con capillas, áreas privadas de descanso, enfermería, cafetería, cajeros bancarios automáticos, centro de negocios, florería, valet parking y, obviamente, nichos a perpetuidad.

Tecnología y comodidades aparte, la manera de deshacerse del cuerpo de un difunto mantiene una relación estrecha con las creencias culturales y religiosas practicadas por la comunidad a la que en vida

haya pertenecido el ser humano fallecido. Creencias que hacia afuera determinan el ritual o ceremonial que se realiza para tal fin, pero que a su interior ellas mismas están acotadas, en principio, por la concepción que se tenga de la relación cuerpo–alma. ¿Dualidad? ¿Unidad? ¿Existe? Fernando Savater confiesa:

“Yo adentro, yo afuera. Soy un cuerpo en un mundo de cuerpos, un objeto entre objetos, y me desplazo, choco o me froto con ellos; pero también sufro, gozo, sueño, imagino, calculo y conozco una aventura íntima que ‘siempre’ tiene que ver con el mundo exterior pero que no figura en el catálogo de la exterioridad. Porque si alguien pudiera anotar en un libro (o mejor, en un CD-ROM) todas las cosas que tienen bulto y ocupan sitio en la realidad, hasta el último de los átomos figuraría en la lista, junto al Amazonas, los grandes tiburones blancos y la estrella Polar ... pero no lo que he soñado esta noche o lo que estoy pensando ahora. De modo que hay dos formas de leer mi vida y lo que yo soy: por un lado –el lado de afuera- se me puede juzgar por mi ‘funcionamiento’, valorando si todos mis órganos marchan como es debido (tal como miramos el piloto luminoso de un electrodoméstico para saber si está apagado o encendido), determinando cuáles son mis capacidades físicas o mi competencia profesional, si me porto como manda la ley o cometo fechorías, etc.; por otro lado –el de adentro- resulto ser un ‘experimento’ del que sólo yo mismo, en mi interioridad, puedo opinar sopesando lo que obtengo y lo que pierdo, comparando lo que deseo con lo que rechazo, etc. Y desde luego mi funcionamiento influye decisivamente en mi experimento, así como a la inversa” (35).

Entonces, siguiendo a este autor se puede decir que sí existe una interrelación e interdependencia entre cuerpo y alma, entre lo externo y lo interno, entre el funcionamiento y el experimento, aunque la ciencia, la filosofía, la psicología y cada comunidad religiosa tenga su propia

apreciación al respecto, por lo que en este siglo XXI todavía es vigente el debate sobre la existencia del alma. Desde que los griegos hicieron por vez primera la distinción entre alma y cuerpo, al día de hoy, ha corrido mucha tinta al respecto. Tinta que se puede sintetizar en tres posiciones -filosófica, científica y psicológica- que Iván Carrillo reproduce (36):

- El filósofo Jorge Francisco Aguirre Sala relaciona a la filosofía y a la teología y dice: “No podríamos hablar de un solo concepto de alma, pues los matices son muchos. Sin embargo, el concepto más apreciado en la filosofía de los últimos 50 años es, paradójicamente, el del cuerpo. Por supuesto que el concepto no es tratado con el dualismo cartesiano que lo separa radicalmente del alma. Pero podríamos decir que hay una sólida tendencia al considerar al humano como una unidad alma-cuerpo con la inclusión de funciones intelectuales, irascibles y sensuales que dan pauta a la espiritualidad, la creatividad, la expresión libre, la comunicación, la búsqueda de la trascendencia y podríamos añadir un largo etcétera”;
- El fisiólogo molecular Marcelino Cereijido dice: “No es que la ciencia afirme que el alma no existe, sino que se asume una posición agnóstica, que es una manera de pasar la pelota al campo contrario, porque el agnóstico no dice ‘Dios no existe’, no dice ‘el alma no existe’, sino que dice ‘por ahora nadie me ha hecho una demostración de que exista’. El científico no es ateo, es agnóstico”; y,
- El psicólogo José de Jesús González dice: “Tendríamos que considerar que el alma no tiene asiento neurofisiológico en ningún lugar, sino que está constituida por las cualidades físicas y espirituales del hombre porque todo, lo físico y lo psíquico, nos da sentido en la vida y nos conforma como seres humanos”.

En este debate, que ha acompañado al ser humano en su devenir histórico, los creyentes de la existencia del alma han intentado demostrar su presencia física. Hay que recordar que hace un siglo –en 1907- Duncan McDougal declaró que el alma tiene una masa cuantificable a través de monitorear el peso del ser humano al momento de morir, instante en el cual, según este doctor estadounidense, el cuerpo pierde 21.2 gramos, peso que, dijo, no pierden los perros. En esta discusión, también, siempre ha sido importante la posición de las religiones. Teniendo como base a Mircea Eliade, el mismo Iván Carrillo escribe:

- “Grecia: Los antiguos filósofos griegos creían en una multiplicidad de almas que convivían con el cuerpo, cada uno con un fin específico (‘thumos’, el alma de los sentimientos, ‘menos’, el alma del intelecto). La más importante es ‘psuché’, que trasciende el mundo de los muertos, ya que es la única verdaderamente ligada al cuerpo;
- India: Una característica general de las múltiples religiones sudasiáticas es que reconocen un aspecto del ser que, por un lado, sobrevive a la muerte física del cuerpo y puede reencarnarse en otras formas; y, por otro lado, es intangible e inmutable, no experimenta las vicisitudes de la existencia mortal y reside más allá de la realidad causal y normativa;
- Budistas: Niegan la existencia del alma concebida como entidad individual. Estamos constituidos por cinco categorías de elementos (‘skandas’: cuerpo) y las cuatro categorías mentales (‘áyatanas’: sentimientos, formaciones mentales y conciencia). La conciencia es el receptáculo del karma;
- Hebreos: Los términos hebreos que se refieren al concepto del alma (‘nefesh’, ‘nesahmah’ o ‘nishmah’) significan respiración, elemento animado e interior de la vida. Distinguen entre espíritu y carne, pero no acepta el dualismo cuerpo-alma;

- Islam: Para los musulmanes Rûh es el espíritu procedente de Dios, del 'amr' (órdenes) de Dios. Puesto que el espíritu procede de una orden de Dios, quien es un ser creador, aunque su creación antecede a la del alma. El cuerpo es creado antes que el alma. La muerte es la separación del alma-cuerpo para después reunirse a través de la resurrección; y,
- Cristianismo: Lo importante para el hombre espiritual no es la vida, que medimos en días, sino la energía espiritual, vida interior del hombre entendida como Zoe. El alma espiritual del hombre es principio vital, pero subsiste por sí misma. Su esencia trasciende la función que realiza en la vida corporal, aunque también constituye con el cuerpo una unidad sustancial" (37).

Así, la relación cuerpo-alma, se acepte o no su existencia, ejerce una influencia determinante en el rito que sobre la muerte llevan a cabo las comunidades religiosas. Sobre el cuerpo del ser humano es indudable que se coincide: Nadie niega su existencia. Como tiene forma y peso, volumen, se ve y se palpa, se siente, se puede oír, todos afirman que ahí está. Entonces, la cuestión no radica en si existe o no. El asunto central es qué hacer para deshacerse de él cuando deje de tener vida, cuando esté inerte por su muerte. Las comunidades religiosas y civiles, representadas éstas últimas por las administraciones gubernamentales de los países o ciudades, ya resolvieron desde hace mucho esta interrogante. Hay normas y tradiciones, creencias y obligaciones que el ser humano debe considerar en su papel de ente social perteneciente a una comunidad religiosa y a una ciudad o país determinado. Considerar, en este aspecto, es sinónimo de hacerse, de llevarse a cabo. Por ejemplo, en la Ciudad de México su administración gubernamental, descentralizada en las demarcaciones territoriales, tiene requisitos legales a cumplirse en caso de muerte de uno de sus habitantes, sin importar si es judío, musulmán, budista o católico. O ateo. Todos deben presentar un 'Certificado de Defunción', contratar servicios funerarios,

cubrir el costo por el servicio de inhumación o cremación, dar conocimiento del deceso al Registro Civil, en caso de cremación solicitar la destrucción del féretro utilizado en el servicio de velación y tramitar el 'Título de temporalidad prorrogable para nicho', entre otros.

Con ello, entonces, en donde queda la discrepancia es en el caso del alma. ¿Existe? ¿No existe? En este punto las autoridades civiles no opinan, no es de su incumbencia, y las comunidades religiosas ya tienen su respuesta, su visión y su versión; y todo parece indicar que no se pondrán de acuerdo. Así, lo que corresponde o hay que hacer es que el ser humano se prepare para la muerte, para la propia muerte física y de sus seres queridos; así como para sobrellevar éstas últimas. Prepararse significa, entre otras cosas, no dejar nada sin arreglar. En lo práctico, en lo objetivo de la vida, eso quiere decir que los papeles oficiales, herencias, seguros, testamentos y qué hacer con el cadáver, deberán estar debidamente impecables. En lo espiritual, o subjetivo, tiene que ver con la comprensión y la visión de cada ser humano sobre el hecho natural de la muerte. Más allá del dolor de ella causa, hay que fortalecer la convicción personal de lo irremediable que es la muerte y que en ocasiones, con todo lo injusto que representa, puede llegar a ser más óptima que la vida misma. De ello se han encargado últimamente infinidad de autores de textos *new age*, que a decir verdad no importa mucho a qué religión se sientan adscritos. Por ejemplo, W. C. Leadbeater publicó un texto en el que pretende orientar a todo aquel ser humano que ha sufrido la muerte de un ser querido, y le dice:

"Comprendo perfectamente tu sentimiento. Sin embargo, ten un poco de paciencia conmigo y trata de asimilar tres premisas principales que me propongo presentarte, primero como afirmaciones generales y más tarde en detalles esclarecedores. 1.- Tu pérdida es sólo un hecho aparente. Parece real únicamente desde el aspecto en que tú la ves. Quiero llevarte a otro punto de vista. Tu desconsuelo es el resultado de un gran engaño, de la

ignorancia de las leyes de la naturaleza. Permíteme ayudarte en el camino hacia el conocimiento por medio de la explicación de unas pocas y sencillas verdades, las cuales podrás estudiar más ampliamente si lo deseas. 2.- Pierde todo desasosiego o incertidumbre respecto al estado actual del ser que amas. Porque la vida después de la muerte ya dejó de ser un misterio. El mundo más allá de la tumba existe bajo las mismas leyes naturales propias de este que conocemos y ha sido explorado en profundidad. 3.- No debes afligirte porque tu desconsuelo hace daño a tu ser amado. Con tal de que logres abrir tu mente a la verdad, ya no te afligirás más" (38).

Así como el ser humano debe prepararse para la muerte, la suya y la de sus seres queridos, hay otros que viven de la muerte. Además de los sicarios o asesinos a sueldo pertenecientes a algún grupo de la delincuencia organizada, existen profesionistas o trabajadores cuya actividad cotidiana ronda siempre alrededor de la muerte. Médicos, enfermeras, camilleros, tanatólogos, forenses, sicoanalistas, sepultureros, embalsamadores, espiritistas, cazafantasmas, policías, hacen de la muerte su *modus vivendi*. O, al menos, otros hacen de la muerte el tema central de su sensibilidad y obra artísticas. Pero todos ellos tienen su visión sobre la muerte, opinión que la cotidianidad en su actividad va determinando. Desde fuera, en ocasiones, pareciera que la frialdad y la insensibilidad los invade; otras veces que el amor y los sentimientos los vuelven más humanos, cariñosos hacia los cuerpos inertes sin vida; así como solidarios con los seres queridos de los difuntos. Algunos ejemplos son:

- Margarita Bravo, tanatóloga: "Y al final soy la que más aprendo. Empecé en esto hace cuatro años a raíz de muchos cuestionamientos derivados de pérdidas personales fuertes. Me dedicaba a trabajar con ancianos y eso me hizo tomar conciencia de mi deseo de ayudarlos a irse en paz. Ahí entendí

cuál era mi vocación. Después de todo este tiempo, el contacto tan cercano con la muerte me ha permitido ¡al fin! comenzar a encontrar el sentido de la vida” (39).

- Olga Chorro, pintora: “Tengo años aprendiendo que la realidad no sólo tiene que ver con lo que nos da placer, sino con algo fuerte y profundo que quiero comunicar con mi pintura. La muerte es mi compañera cotidiana, le temo, la amo, me esclaviza pero también, en la infinita sabiduría de la vida, llegará el día en que me liberará” (40).
- Guadalupe Ruiz, maquillista de cadáveres: “Cuando la gente se entera de cuál es mi ocupación, evitan darme la mano al saludar. Pobrecitos los muertitos, inspiran asco y temor, pero a mi me provocan respeto. Por eso los arreglo con mucho esmero para que se vayan bien guapos a su última morada” (41).
- Rocío Torres, médico forense: “Otra parte apasionante es la del crecimiento personal que trae el contacto cotidiano con la muerte. Primero experimenté una mezcla intensa de emociones, y es que en mi trabajo constantemente está presente la fragilidad de la vida, lo poco que valoramos lo que tenemos y aquello en lo que nos convertimos. Por un tiempo viví con el temor de que el próximo cadáver pudiera ser el de un amigo o conocido. Pero después de este proceso llega una madurez que te hace enfocar las cosas desde otro lado, más vinculado al enorme privilegio de estar vivos” (42).
- María del Consuelo Franco Avilés, considerada la primera embalsamadora de la Ciudad de México: “La primera vez que embalsamé no podía dormir, dejé de comer, estaba muy impresionada. Fue mi padre, Ezequiel Franco Cortés, quien me enseñó, y con el tiempo le agarré el gusto” (43).

Juan Gabriel, compositor e intérprete mexicano de música popular, en una de sus canciones dice que ‘la costumbre es más fuerte que el amor’.

Además, los mexicanos tienen un adagio que afirma que 'a todo se acostumbra uno, menos a no comer'. También entre los mexicanos son famosas las leyendas que narran la aparición de seres de ultratumba, sobrenaturales, dentro de sus propiedades o fuera de ellas, a los que si bien les tienen miedo y respeto, como lo único que les provoca son sustos, les han dado la posibilidad de afirmar que 'hay que tenerle más miedo a un vivo que a un muerto', y recomiendan que cuando se les aparezca un 'alma en pena', así llaman a estos seres, la enfrenten y la inviten a descansar. Fernando Savater después de reconocer que la mayoría de los fantasmas no tienen malas intenciones, con humor comparte su versión. Dice: "En el fondo, yo creo que los fantasmas son sólo muertos con ganas de matar el rato. Porque la muerte es un rato muy, muy largo" (44).

Este rato largo es, por supuesto, la eternidad, el todo y la nada a la vez, el infinito; o, para quienes creen en la inmortalidad del espíritu, representa la prueba fehaciente de que están en lo correcto. Para otros, este rato largo que es la muerte significa el verdadero largo rato de la vida, de la vida real, de la vida en la muerte. Es la prueba de que existe vida en el más allá. Vida que se manifiesta, según ellos y entre otros aspectos, con la existencia y aparición de los fantasmas y los vampiros. El mexicano Carlos Trejo, autonombrado cazafantasmas, ha escrito textos y grabado documentales mediante los cuales pretende mostrar las evidencias que él ha compilado y estudiado sobre la aparición de seres de otras dimensiones, y con las que intenta demostrar la existencia de la vida en la muerte. Habla de su propia experiencia en el sentido de que en el instante de una operación soñó y cuando despertó le dijeron que en el quirófano había estado muerto unos minutos y, entonces, con su despertar había regresado de la muerte; de leyendas como la de 'La Planchada', 'La Llorona' y los fantasmas de los panteones; del 'Hotel California', que dio pie a la famosa canción de principios de la década de los setentas del siglo pasado; y da lecciones de cómo convertirse en cazafantasmas (45). También escribe sobre la demostración que

Houdini le hizo a su esposa de que podía regresar de la muerte; de casas embrujadas; y de seres que habitan en las cavernas y habían llegado en máquinas del tiempo más que en naves extraterrestres (46). Por su parte, Fernando Savater, en un texto literariamente rico e irónicamente inconmensurable, le da voz a 'Drácula' y después de decir que al ser humano lo único que le preocupa y le ocupa estando vivo, es la muerte, escribe:

"Para vivir hay que estar convenientemente muerto. (...) Tengo resuelto satisfactoriamente el problema que les aflige, como también a mí me afligió un día. He logrado que la vida sea mi único objetivo, mi única obsesión: a mí la vida me acecha y me calma como a ellos la muerte. Y no la vida laboriosa y pacificada del armónico futuro ni las arpas y nubes de insulsos paraísos dogmáticos: no, mi vida, mi maravillosa y plena vida, es la que prometen los pechos desnudos de las doncellas, la que vibra de riesgo y aventura, la que se afirma en el poder o en el terror, la que se cifra en la cálida sangre. Vida presente aquí y ahora, para siempre, sin límites. He tenido que pagar por ella, porque todo tiene un precio, pero no he sido defraudado en mi inversión. Estoy muerto, desde luego: ¿qué otro medio hay para gozar plenamente de la vida como algo positivo, no como un atropellado sueño que se nos escapa?" (47).

Es a todas luces cierto que el tema de la muerte proporciona al ser humano un rico caldo de cultivo para sembrar y hacer crecer la imaginación; y para la creación de mitos y leyendas, de fantasías e hipótesis filosóficas y religiosas. Como al día de hoy la ciencia todavía no puede, en estricto sentido de la palabra, revivir a un muerto ni crear vida de la nada, entonces la literatura, la filosofía, las artes y la religión, aprovechan la oportunidad y hacen su propio trabajo. Como al día de hoy tampoco algún ser humano puede mostrar y demostrar científicamente que murió y regresó a la vida, que revivió, entonces la

charlatanería, los síquicos y las teorías emergentes, hacen acto de presencia. Así, estos tres factores han permitido la proliferación de creencias que en ocasiones son en verdad fenómenos o hechos sociales - o culturales, al menos- alrededor de la muerte. Ahora bien, más allá de las fantasías y analogías sobre la muerte, y aunque con toda seguridad existen personas que no se acostumbran a vivir al lado de la muerte, a trabajar con ella, y que son la excepción que confirmarían la regla, se puede afirmar que la cotidianidad de la convivencia, la costumbre, que el ser humano tiene con este hecho natural, le provoca la realidad de aceptarla e, incluso, quererla; o al menos estimar a quienes la han sufrido, máxime si este es un ser humano cercano, como lo muestra el político Porfirio Muñoz Ledo al compartir lo que vio y sintió ante el cuerpo inerte de su amigo Rafael Ruiz Harrell:

“Nada es más parecido a un hombre que su cadáver. Ni nada lo distingue mayormente que la frialdad. Creo que por primera vez ha tocado a un muerto. Estaba intacto, pero irremediabilmente distante y absolutamente helado. Era todo recuerdo e inevitable premonición” (48).

Experiencias propias y ajenas sobre la muerte hacen que el ser humano en general y especialmente los mexicanos, la piensen, la tengan presente de manera constante, cotidiana; quieran entenderla, enfrentarla y superarla, vencerla; o entregarse a ella. O como diría José Agustín: “Qué miedo tan idiota ante la muerte, es lo único digno de estudiarse en esta vida” (49). O también como expresaría el escritor español vecindado en México, Paco Ignacio Taibo, en uno de sus cartones de ‘nuestro gato culto’: “Saber la verdad de la vida es saber la verdad de la muerte” (50), máxima en la cual, como buena paradoja dialéctica, lo uno y lo otro resultan ser lo mismo.

Capítulo II.

Los mexicanos

II.1. Los mexicanos y la muerte

Dice Gustavo Sáinz que “si la muerte no existiera tal vez nadie relataría nada” (1), y dice bien porque todos los escritores o pensadores o cronistas de la vida cotidiana, han sucumbido a la tentación de escribir, aunque sea una sola línea, sobre la muerte. Ejemplos hay muchos (2):

- “La muerte es el más alto premio de la vida”, John Keats.
- “Muerte, domadora de la vida, destructora de la vida, principio y fin”, Axel Munthe.
- “Y el rico y el pobre, el débil y el fuerte, sufren igual los dolores de la muerte”, Voltaire.
- “Mejor es morir bien que vivir mal; mejor es no ser que ser infelizmente”, San Isidro.
- “Cuando sea llegada mi hora, moriré; pero moriré como debe morir un hombre que no hace más que devolver lo que se le confió”, Epicteto.
- “Morir desilusionado es la mayor de las aflicciones”, Amiel.
- “No desperdicies la muerte, pero acéptala de buen grado, porque forma parte de lo establecido por la naturaleza”, Marco Aurelio.
- “La muerte parecía bella en su bello rostro”, Petrarca.

- "Horroriza pensar, Dios soberano, lo que fuera la vida sin la muerte", Federico Balart.
- "Todo es pasar en nuestra vida, todo es adiós, todo es partir, y es morir tanto nuestra vida, lo que de menos es morir", Benavente.
- "Poco vales si tu muerte no es deseada por muchas personas", Ramón y Cajal.
- "Un hombre en la tumba es un barco en el puerto", Malherbe.
- "¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!", Gustavo Adolfo Bécquer.
- "¡Los que duermen allí no tienen frío!", Ramón de Campoamor.
- "Nacemos llorando, vivimos quejándonos y morimos desilusionados", Thomas Fuller.
- "Si no murieran todos los hombres, entonces sí que afligiría el morirse", La Bruyere.
- "La muerte no es el más grande de los males: es peor querer morir y no poder hacerlo", Sófocles.
- "Nadie sabe que la muerte es el más grande de todos los bienes para el hombre. Si embargo, los hombres la temen como si supieran que es el mayor de los males. ¿No es la ignorancia más reprehensible pensar que uno sabe lo que no sabe?, Sócrates.
- "Es bueno morir antes de haber hecho algo que merezca la muerte", Anaxandridas.
- "La muerte, temida como el más horrible de los males, no es, en realidad, nada, pues mientras nosotros somos, la muerte no es, y cuando ésta llega, nosotros no somos", Epicuro.
- "Ningún hombre puede ignorar que tiene que morir, ni debe estar seguro de que ello no pueda ocurrir en este mismo día", Cicerón.
- "Yo no quiero morir, pero no me importaría haber muerto", Cicerón.

- "Donde quiera que miro no veo otra cosa que reminiscencias de la muerte", Ovidio.
- "La muerte es un castigo para algunos, para otros un regalo, y para muchos un favor", Séneca.
- "La muerte nos libera de las impresiones de los sentidos, de los deseos que nos hacen juguete suyo, de las divagaciones del espíritu y del duro servicio de la carne", Marco Aurelio.
- "Todos trabajamos contra nuestra propia cura, pues la muerte es la cura de todas las enfermedades", Thomas Browne.
- "Se ha escrito ya todo cuanto es posible para persuadirnos de que la muerte no es un mal, y tanto los hombres más débiles como los héroes nos han dado miles de ejemplos célebres en apoyo de esta opinión. Sin embargo, yo dudo que ningún hombre de buen sentido la haya creído nunca", La Rochefoucauld.
- "El acto de morir es también uno de los actos de la vida", Marco Aurelio.
- "Si no sabes cómo morir, no te preocupes: la naturaleza te lo enseñará a su debido tiempo", Montaigne.
- "Ahora voy a emprender mi último viaje, un gran salto en las tinieblas", Thomas Hobbes.
- "Es un hombre innoble el que no sabe morir. Yo lo he sabido desde los quince años", Beethoven.
- "La muerte: una costumbre que todos tarde o temprano debemos aceptar", Jorge Luis Borges.
- "Hasta la fecha, la muerte es lo más seguro que la vida haya inventado", E. M. Ciorán.
- "La muerte no tiene que ver con el deseo de vivir, que será eternizado en Dios. La congoja se conecta con la experiencia de la nada: el sentimiento de ser arrojado en esta vida sin anclaje y sin apoyo final", Martín Heidegger.
- "Si no piensas en la muerte, hay que internarte y atenderte de urgencia", C. G. Jung.

- "Cada hora la vida te hiere; la última te mata", Giácomo Leopardi.
- "De la aventura de esta vida nadie sale con vida. Siguen en pie mil preguntas: ¿Qué sentido tiene comer, beber, dormir, preocuparte, correr, vivir, para luego morir? Te aseguraron que la sociedad resuelve cualquier problema; pero cuando tú mueras, la sociedad te dará la espalda. Morir es el verbo más pasivo de todos, pues a la muerte nadie resiste", Messori.
- "Es una verdadera lástima: la mayoría de los hombres descubre el sentido de la vida solamente cuando la vida se les escapa", Luwing Wittegenstein.
- "Pretenden convencerme de que la muerte es un hecho lógico y natural. Yo digo que no lo es, pues mientras más envejezco, más quiero vivir", William James.
- "Para formar un ser humano no bastan nueve meses; hacen falta sesenta años de trabajo, de sacrificios y de estudio; y, cuando está formado, ya está listo para morir", André Malraux.
- "Todo ser humano que muere representa una obra teatral con un solo personaje: él mismo", Montaigne.
- "El pensar en la muerte madura al hombre. Todo hombre nace de verdad cuando, mirando un cadáver, se pregunta: ¿por qué?", André Malraux.
- "Si queremos de verdad a alguien, debemos informarle de lo siguiente: ¡Tú no morirás!", Gabriel Marcel.
- "Todos los hombres mueren, pero no todas las muertes tienen el mismo valor", Mao-Tse-Tung.
- "Jamás me cansaré de repetirlo: la muerte no es la noche, sino la Luz; no es el final, sino el Comienzo; no es la nada, sino la Eternidad", Víctor Hugo.
- "Lo que llega ser maduro necesita morir", Nietzsche.
- "De nada sirve vivir bien, si se muere mal", Abad de Cluny.
- "Lo único que he escuchado bien los últimos años, son los pasos de la muerte", Beethoven.

- "El destino de los hombres es morir. ¿Por qué entristecerme, pues, cuando mi suerte es normal y mi destino es el de todos los seres humanos?", Lao Tse.

Y la lista sería tan larga como autores existen. Aunque a decir verdad, no sólo es la circunstancia de que nadie relataría nada. Es eso y algo más. O mucho más. Es una presencia constante en toda actividad humana. En México, para circunscribir la referencia, este constante estar de la muerte es eso precisamente: Permanente. Ejemplos hay muchos y en todos los ámbitos. La cercanía de los mexicanos, así en general, con la muerte es de fama mundial, lo que les ha dado reconocimiento y ser un referente constante en cuanto estudio sobre el tema se realice, ya sea sobre la antigüedad o sobre la época moderna. Las obras de Mircea Eliade y de Philippe Ariés, consideradas ya clásicas, son apenas una muestra de ello. Un ejemplo de la presencia de México en los escritos de Eliade es que cuando habla sobre la luna y el agua, dice:

"Todas las divinidades lunares conservan más o menos sensiblemente atributos con funciones acuáticas. Entre ciertas poblaciones amerindias, la luna o la divinidad lunar es al mismo tiempo la divinidad de las aguas. Así en México, entre los iroqueses, etc. (...) Los mexicanos saben igualmente que la luna, bajo la apariencia de una mujer joven y hermosa, provocó el cataclismo" (3).

Philippe Ariés, por su parte, afirma:

"Desde el siglo XVII y hasta principio del XX, las plegarias por las almas del Purgatorio se convierten en la devoción más difundida y más popular de la Iglesia católica. En todas las iglesias lo suficientemente grandes para tener varios altares, se reservó una capilla a esta devoción, mantenida muy a menudo por una cofradía especializada. El altar está rematado por un cuadro que representa

casi en todas partes la misma escena, que se encuentra en Viena (Austria), en París, en Roma, en Provençe, por supuesto en México: abajo las almas arden en medio de las llamas, con los ojos alzados hacia el Paraíso de donde vendrá la liberación" (4).

Y es que los mexicanos se ríen de la muerte y juegan con ella, viven de ella y se encomiendan a ella. La festejan y se la comen. Esta cercanía no es de reciente adquisición, viene de tiempos anteriores a la llegada de los españoles. El rey-poeta Netzahualcóyotl, quien vivió entre los años 1391 y 1472, escribió:

"Somos mortales
todos habremos de irnos,
todos habremos de morir en la tierra ...
Como una pintura,
todos nos iremos borrando. / Como una flor,
nos iremos secando. / aquí sobre la tierra ...
Meditadlo, señores águilas y tigres,
aunque fuerais de jade,
aunque fuerais de oro,
también allá iréis
al lugar de los descansos" (5).

Esta inmersión de los mexicanos con la muerte, desde tiempos ancestrales y que se complementó y enriqueció con la llegada de los españoles, en donde según Sylvia Carlock su culto "es uno de los elementos básicos de la cosmogonía de los antiguos mexicanos" (6), ha traído como consecuencia que la misma autora declare:

"En el México contemporáneo tenemos un sentimiento especial ante el fenómeno natural que es la muerte y el dolor que nos produce. La muerte es como un espejo que refleja la forma en que hemos vivido y nuestro arrepentimiento. Cuando la muerte llega,

nos ilumina la vida. Si nuestra muerte carece de sentido, tampoco lo tuvo la vida, 'dime cómo mueres y te diré cómo eres', podría rezar el dicho popular" (7).

En ello coinciden Carlos Fuentes y Jorge Ibargüengoitia. El primero escribe que "hombres y mujeres de pelo blanco y de rostros de nuez resignados a morir como vivieron" (8). El segundo al narrar el velorio y el funeral de su mamá reconoció que "murió como vivió, dando órdenes" (9).

'Sentimiento especial' dice Carlock, y, por su parte, Claudio Lomnitz dice 'idea' (10) y escribe que ésta ha ido acompañada por actitudes diferenciadas hacia la muerte; idea y actitudes de los mexicanos ante la muerte que ha orillado a que a ésta -a la muerte- se le considere uno de los tres -los otros dos son la Virgen de Guadalupe, y Benito Juárez- 'tótem' -símbolo tutelar- nacionales, a partir de que en 1940 el surrealista español Juan Larrea, así lo dijera, y tiempo después lo confirmara el escritor Luis Cardosa y Aragón al referirse a la obra de José Guadalupe Posada.

Este 'sentimiento especial', al que se refiere Carlock, y esta 'idea' a la que hace referencia Lomnitz, les otorgan a los mexicanos una confianza también especial hacia la muerte. Confianza que les permite hablarle de tú, de igual a igual. Con respeto pero sin engominar el lenguaje. Sin rebuscamiento alguno. Así, la llaman 'calaca', 'tilica', 'flaca', 'catrina', 'parca', 'huesuda', 'desdentada', 'guadaña', 'catrina', 'pelona', 'doña huesos', 'tiznada', 'copetuda', o, incluso, 'patrona'. Además, les permite hacerla el centro de su obra, misma que en ocasiones adquiere tintes escatológicos, de necrofilia o lúdicos; o de tratados de tanatología, filosofía, antropología, arqueología, sociología, autoayuda o, en verdad, científicos. Sirvan como muestra unos pocos ejemplos:

- 'La Catrina' de José Guadalupe Posada ha hecho historia en las artes gráficas y plásticas. De Orozco a Montenegro, pasando

por Belkin, los pintores han abordado el tema. En fotografía, además de las series sobre el 'Día de Muertos', sobresale el estudio que Daisy Asher le hiciera a José Luis Cuevas como si estuviera en su velorio, dentro de su caja mortuoria y con los cuatro sirios encendidos a su alrededor. O los artistas reunidos en el grupo 'Semefo'. O la exposición colectiva llamada precisamente 'Muerte', montada con el propósito de dejar en claro que este es un tema que en lo cultural los mexicanos llevan tatuado en su alma. O el arte funerario que con César Volví, los hermanos Tangassi, Enrique Alciati, Adolfo Octavio Ponzanelli y Ernesto Tamariz llegó a los más altos niveles artísticos con sus obras escultóricas que se encuentran en los principales panteones, a los cuales por cierto los convirtieron en espacios artísticos, culturales y museográficos, aunque en este principios de siglo XXI, a decir de la arquitecta Margarita Martínez Domínguez, de la Red Mexicana de Estudios de Espacios y Cultura Funerarios, esta manifestación artística está casi en el olvido.

- En el cine, la película "La muerte enamorada" con Miroslava se transmite con cierta frecuencia por la televisión abierta. "El gran calavera" no sólo es el título de una película que Luis Buñuel filmó en México, si no también es la expresión utilizada para referirse a un hombre quisquilloso, bohemio, a quien la vida le puede importar poco. También existen las películas "Ante el cadáver de un líder", "Con M de muerte", "El esqueleto de la señora Morales", "Calacán", "El día que murió Pedro Infante" y "Vivir mata". "Macario" con Ignacio López Tarso hizo época. La cinta "21 gramos" ha adquirido reconocimiento internacional. En "Por la libre" se hace hasta lo imposible para cumplir el último deseo del muerto, y en medio de ello se descubren cosas importantes para comprender su vida y la de su familia. Y en la máxima trilogía cinematográfica mexicana, compuesta por "Nosotros los pobres", "Ustedes los ricos" y

“Pepe el Toro”, la muerte, al lado de la pobreza, obviamente, siempre ronda: Sólo recordemos aquella escena en donde ‘Chachita’ dice llena de orgullo que ya tiene una tumba en donde llorar; o aquellas de antología en donde el gran Pedro Infante sufre por la muerte de su ‘Torito’; o de la muerte de ‘El Camellito’; o de la mamá y de la hermana de ‘Pepe el Toro’, que a la sazón son la abuela y la madre de ‘Chachita’; o ... O la cinta “Buscando la muerte” con Andrés García. O en “Asesino en serio” un cura le pregunta a un policía si conoce una mejor manera de morir que el hacerlo en el instante de mayor placer sexual, hecho al que llama ‘muerte sonriente’. O las películas “Santo en el hotel de la muerte”, “Santo frente a la muerte” y “Santo y Blue Demon en el mundo de los muertos” que filmó el ídolo enmascarado. O “Mátenme porque me muero” en la cual el gran ‘Tin Tan’ creyendo tener una enfermedad mortal busca que alguien le quite la vida, por lo que en ella aparecen los conceptos eutanasia, asesinato, suicidio y complot, amén de que Tongolele baila una pieza musical llamada “Mambo de la muerte”. O “El jinete de la muerte”, “El guardián de la muerte” y “Los hermanos muerte”, esta última con Emilio ‘Indio’ Fernández y Javier Solís. O “Morirse en domingo”, obra de humor negro dirigida por Daniel Gruener.

- En música, la famosa canción de ‘Chava’ Flores sobre el velorio de ‘Cleto’. O la siempre recordada frase ‘la vida no vale nada’ de José Alfredo Jiménez. O aquella voz de Javier Solís cantando “cuatro sirios encendidos hacen guardia a un ataúd”. O los corridos, esa modalidad musical mexicana en donde se ensalza la vida y/o la muerte de seres humanos convertidos en ejemplos a seguir, a emular, llámense guerrilleros, luchadores sociales o narcotraficantes. O ‘Rosita Alvérez’ quien recibió tres tiros y como andaba de suerte, sólo uno fue mortal. O las de denuncia, como “Las muertas de Juárez”, en voz de ‘Los Tigres del Norte’. O esa en donde el intérprete, cualquiera que sea,

pregunta “¿a dónde irán los muertos?”, y él mismo se contesta “quien sabe a dónde irán”. O en la que el grupo de rock “Jaguares” canta “mátenme porque me muero”. O aquella en la cual el cantante le dice a la mujer que lo abandonó: “¡Ojalá que re mueras!”. O la del malogrado Sergio Gómez del grupo ‘K-Paz de la Sierra’, llamada “Mi credo”, en la que grita a los cuatro vientos: “Prefiero morir junto a ti, a no verte”.

- En danza, está la obra “La danza de la muerte” del coreógrafo Shanti Oyarzábal. O “Los viejitos” que de manera ritual se escenifica en el municipio de Tempoal, en Veracruz, los días 31 de octubre, 1, 2 y de noviembre de cada año.
- En literatura, una de las máximas obras es “Pedro Páramo”, de Juan Rulfo, que se desarrolla en un mundo lleno de muerte. “Luto humano” se llama una novela de José Revueltas y “La muerte de Artemio Cruz” otra de Carlos Fuentes. O la obra de Xavier Villaurrutia, José Gorostiza y Jaime Sabines. Otros grandes títulos son “Muerte por agua” de Julieta Campos, “Cadáver lleno de mundo” de Jorge Aguilar Mora y “El cadáver crítico” de Josu Iturbe. En “Santitos”, de María Amparo Escandón, el personaje principal no acepta la noticia de que su hija ha muerto porque no ve el cadáver. En “Madero, el otro”, Ignacio Solares novela la afición de Francisco I. Madero, el apóstol de la democracia mexicana, por el espiritismo, por el hablar con los muertos. O “Macario” y “El barco de la muerte” de B. Traven, “Las muertas” de Jorge Ibarguengoitia, “La tumba” y “Vida con mi viuda” de José Agustín, y la “Muerte tiene permiso” de Edmundo Valadés. En “Estas ruinas que ves” Jorge Ibarguengoitia expone como tema central la relación entre enfermedades cardíacas, el erotismo y la muerte, ya que según la trama la heroína, por estar enferma del corazón, moriría en el instante mismo de su primer orgasmo. O “La paz de los sepulcros” de Jorge Volpi, en el cual el autor comenta que en ocasiones la muerte inmortaliza o vuelve célebre o

conduce al olvido o vivifica a quien la sufre, y, además, afirma que el cadáver convierte al ser humano en un 'objeto de exhibición'. O "Morir antes de morir" en donde Arnoldo Kraus comparte las enfermedades de su papá y su mamá, y al hacerlo plasma una de las defensas más inteligentes a favor de la eutanasia o del suicidio o de toda aquella práctica que permita, según sus propias palabras, 'matar a la muerte', y con ello evitar que el ser humano enfermo pierda su autonomía y su dignidad. O "La idea de la muerte en México" de Claudio Lomnitz, en el cual se consigna la relación que los mexicanos han tenido a lo largo de su devenir con la muerte, relación que abarca todos los sectores sociales y todos los campos de acción, pasando, obviamente, por el celebrado y folclorizado 'Día de Muertos', y por el actual culto a 'La Santa Muerte', dejando constancia que la visión sobre la muerte nunca ha sido lineal ni igual, si no que ha tenido o sufrido variantes y, en ocasiones, descalificaciones y polémicas. O "Nos acompañan los muertos" de Rafael Pérez Gay.

- O los famosos poemas llamados precisamente 'Calaveras' que se publican cada año a principios de noviembre y que se refieren de manera irreverente a personajes o hechos de moda o especiales. O los 'Epitafios', esos pensamientos inscritos en las lápidas de las tumbas que con pocas palabras dicen lo que fue o pudo haber sido en vida quien ahí yace.
- En el periodismo, la 'Nota Roja' explota con gran éxito el morbo de la gente y reproduce hasta el cansancio el resultado, cualquiera que sea, de eso que se sintetiza en la expresión 'el dinero o la vida'.
- En teatro, "Los cuervos están de luto" y "La viuda negra", han tenido gran éxito. No se diga 'El Tenorio', en sus dos vertientes: Serio y cómico. O "Muerte parcial" de Juan Villoro, que consigna ese deseo del ser humano de desaparecer, de darse por muerto, para aparecer con otra personalidad y en

- otro espacio, y con ello vivir otra vida diferente a la suya. O "Pan de muerto", obra en la cual los personajes protagónicos son un maquillista de cadáveres y una mujer difunta que 'revive' producto de algún escarceo sexual de carácter escatológico.
- En el humor, como aquel texto que circuló en la red titulado "Preparativos para la muerte de Fox", en el cual el entonces presidente de México, según esto, se ponía de acuerdo con sus colaboradores sobre cómo sería repartido su cuerpo a su muerte, terminando con aquello de que su 'trasero' sería diseminado por todo el país porque '¡la cagada ha sido a nivel nacional!'. O aquella caricatura llamada "Pompas fúnebres" en donde sólo existe el dibujo del féretro y de la viuda, una joven señora vestida de negro, de espaldas y de muy buen ver.
 - O aquella expresión 'pinto mi calavera' que se refiere a que se toma distancia sobre alguien o algo. O 'mueve el esqueleto' en franca invitación a bailar o a iniciar un movimiento del cuerpo. O aquellas de 'ojalá te mueras', 'muerto de hambre' y 'a la otra sí te mueres', que se explican por sí mismas. O esa que dice "nadar de a muertito", que además de referirse a una forma de estar sin moverse en el agua, hace alusión a una actitud de actuar sin aspavientos, sin hacerse notar mucho. O 'cáite cadáver' y 'dinero mata carita'. O 'hasta que la muerte los separe' y 'los muertos y los arrimados a los tres días apestan'. O 'primero muerto', 'sobre mi cadáver', 'hierba mala nunca muere' y 'genio y figura, hasta la sepultura'.
 - En el campo de los medios de comunicación, radio, televisión y revistas, han hecho época el programa "La mano peluda", la telenovela "Doña Macabra" y los cuentos "Leyendas y tradiciones de la Colonia".
 - En la bohemia y la vida nocturna, el cabaret 'Catacumbas' marcó toda una época en la Ciudad de México.

- En la nomenclatura de las calles y avenidas de la Ciudad de México, la que lleva el nombre de 'Barranca del muerto' tiene importancia por su ubicación estratégica al sur de la entidad.
- Es tradición que festejen el 'Día de Muertos', no sólo asistiendo a visitar a sus difuntos, si no también instalando ofrendas particulares en sus domicilios y consumiendo 'pan de muerto', así lo denominan, o dulces en forma de calavera que tienen pegado en la frente el nombre de alguien especial.
- Es tal su identificación con la muerte que inclusive existe un luchador que lleva por nombre 'La Parca', con gran carisma y seguido con admiración por los infantes. O su respectiva reproducción en 'La Parquita', luchador de estatura pequeña. O ese negocio de telefonía celular que invita al usuario a marcar el número 22333 y enviar los mensajes 'Muerte' o 'Muero', recibiendo a cambio, con el cobro debido, imágenes con representaciones de la muerte, o una canción, respectivamente.
- O la conformación del grupo 'Cadáver Exquisito' como una sociedad de estudios de horror y fantasía, alrededor del cual convergen poetas, estudiosos y lectores amantes de esos géneros.
- Pero no sólo es identificación, también en ciertos sectores es una supeditación o creencia. En los últimos años ha crecido el número de seguidores o adoradores de la 'Santa Muerte', que durante mucho tiempo estuvo representada por una calavera y que a partir de agosto de 2007 se le sumó un ángel, pero que en las dos imágenes mantiene un sincretismo predominantemente católico, a la que encomienda su vida, o más bien su actividad, gente dedicada a oficios considerados de alto riesgo o peligrosos. Así, el 31 de octubre de 2007 en Pedro Escobedo, Querétaro, los jóvenes Milton de Jesús de la Rosa Dávila y Rosa María Hernández Pérez, se convirtieron en la primera pareja en contraer nupcias en una capilla dedicada a 'La Santa Muerte'. Y el 20 de enero de 2008, en Tultitlán,

Estado de México, se inauguró una efigie de 'La Santa Muerte' de 22.1 metros de altura, que la ubica sólo por debajo del 'Cristo Redentor' de Río de Janeiro, Brasil, que tiene 30 metros, pero por encima del 'Cristo de los Noas' en Coahuila, con 22 metros, el 'Cristo de Otero', en España, de 20 metros, y el 'Cristo Rey del Cubilete' en Guanajuato, con 20 metros. Además, en otros ámbitos esta presencia ya ha dado frutos, como la novela "La Santa Muerte" de Homero Aridjis, la película "La Santa Muerte" de Paco del Toro, el documental "La Santa Muerte" de Eva Aridjis, y la revista especializada titulada "La Santa Muerte".

- Con la aparición del fenómeno social y sociológico que se conoce como 'Tribus Urbanas', se pueden observar grupos de jóvenes con maquillaje blanco en sus rostros, con gestos que denotan tristeza o pena o dolor, vestidos con ropa negra desgarrada, y que se hacen llamar 'Góticos', y que comparten entre sí un acercamiento a lo oscuro, a la noche, y una concepción propia de la muerte.
- Mención especial merecen las películas "Morirse está en hebreo" dirigida por Alejandro Springall, basada en el cuento "Morirse está en hebreo" del escritor Ilan Stavans, en el que se describe el drama familiar que sucede durante los siete días de la 'shivá' o proceso de duelo de los judíos, por la muerte de uno de sus integrantes. Y "Cinco días sin Nora", de Mariana Chenillo, que trata sobre un suicidio en medio del Pesaj o pascua judía.

Todo lo anterior parece indicar que a los mexicanos la muerte les 'pela los dientes' y les 'hace los mandados'. Así actúan y para ello se encomiendan a ella. Faltaba más. O faltaba menos. Y aquí, en este tema, el 'más' o el 'menos' no importan tanto. Lo verdaderamente relevante es la misma conciencia que tienen los mexicanos hacia la muerte y no resulta ocioso reconocer que en ocasiones se puede confundir con

alguna obsesión. Sea esto verdad o no, lo que sí es innegable es que esta relación es parte fundamental de su propia idiosincrasia. Recordando a Jorge Carrión, el publicista Eulalio Ferrer dice que la actitud de los mexicanos ante la muerte “es el resultado de la fusión de la tradición indígena –originada en un pueblo niño y animista- y el talante del pueblo español –joven en búsqueda de expansión” (11). Esta ‘fusión’, según Lomnitz, se dio desde un principio ya que, escribe, “rápidamente después de la conquista, se alcanzó un status quo en el que los indios lograron retener su bebida y su llanto, su baile y su convite, aun cuando tuvieron que renunciar al sacrificio humano, la incineración y el entierro casero” (12). Y, por ello, Ferrer va mucho más lejos al afirmar: “Por eso el mexicano contempla la muerte como algo vivo y como una consagración de la vida” (13).

Este sincretismo de lo español con lo prehispánico –cuyo ejemplo más notable es el culto a la Virgen de Guadalupe- y esta contemplación de la muerte, hacen que los mexicanos sean diferentes al resto de los occidentales. Y no sólo diferentes, si no parece que hasta contrarios. Mientras los otros caminan a la muerte como si lo hicieran hacia el fin, los mexicanos conciben a la muerte como el regreso al origen de la vida misma. El final se funde y se confunde con el principio. Si bien es cierto que aceptan que ‘todo lo que nace muere’ y que ‘todo principio tiene un fin’, también están seguros o tienen la esperanza y la creencia de que la muerte no necesariamente les representa un final. ‘Hay más tiempo que vida’, afirman en uno de sus adagios y, con ello, le otorgan a la muerte la cualidad o virtud de lo no finito o eterno; mientras que a la vida física en este mundo le reconocen su carácter de finitud o de temporalidad. Así, en medio de este saber que la muerte no tiene fin, desean ser inmortales dentro de ella misma. Como conviven con la muerte en plena vida, quisieran seguir viviendo después de muertos. Ven de manera cotidiana que la vida es un algo prestado que tarde o temprano se tiene que devolver. Y ‘más temprano que tarde’, tienen la certeza. Saben que un día de vida es un día que los acerca más a la muerte. Es decir, un día más

de vida es, paradójicamente, un día menos de vida. Por ello, en el juego de los tiempos, el presente significa tener más pasado y, a la vez, tener menos futuro. Pero pasado, presente y futuro se juntan en el instante preciso de la muerte. Todo el pasado vivido y la nada por vivir en el futuro se hacen uno en el momento presente de la llegada de la muerte.

Ejemplo y reflejo de lo anterior puede ser cualquier día en la vida de los mexicanos. Teniendo a André Bretón como apoyo, aún a riesgo de convertirlo en una referencia hueca y la mayoría de las veces sin dar mayores explicaciones, diversos analistas aplican el concepto 'surrealismo' cuando se trata de describir a los mexicanos. Así, Sergio Altamirano dice que "por naturaleza somos un pueblo con un contenido simbólico altamente significativo en nuestra vida cotidiana, por eso somos un pueblo surrealista" (14).

Eulalio Ferrer va un poco más allá de la mera referencia al nombre de André Bretón y al concepto surrealismo al escribir que el pensador francés "consideró a México un país auténticamente surrealista, luego de observar cómo las costumbres prehispánicas lograron filtrarse a través de los siglos de dominio católico para llegar a fundirse en imágenes tan extrañas como aquel niño que devora una calavera de azúcar" (15).

Surrealistas o no, lo cierto es que los mexicanos viven cada minuto de su existencia inmersos en un sincretismo cultural y religioso prehispánico-hispánico, que les hace combinar de manera fácil y natural alegría con tristeza, colorido con oscuridad, vida con muerte, solemnidad con irreverencia, fiesta con duelo. Combinaciones que se palpan de manera nítida en las ceremonias luctuosas. En los velorios y sepelios de sus muertos los mexicanos muestran a plenitud sus raíces pre e hispánicas, mismas que a la luz del tiempo presente, se puede afirmar, ya dejaron de ser simples raíces y se han convertido en una realidad, en un solo aspecto conocido universalmente como su propia idiosincrasia. Así, sin duda alguna los mexicanos, ricos o pobres, han participado o sido

espectadores de situaciones como la descrita por 'Chava' Flores en su canción 'Cerró sus ojitos Cleto':

*Cleto 'el fufuy' sus ojitos cerró, todo el equipo al morir entregó
cayendo el muerto, soltando el llanto, ni que fuera para tanto
dijo a la viuda el doctor.*

*De un coraje se le enfrió qué poco aguante
lo sacaron con los tenis pa' delante
los ataques que Luchita su mujer había ensayado
esa noche como actriz de gran cartel la consagraron.*

*Cuando vivía el infeliz, ¡ya que se muera!
y hoy que ya está en veliz, ¡qué bueno era!
sin embargo se veló y el rosario se rezó
y una voz en el silencio interrumpió.*

*Ya pasa la botella, no te quedes con ella
y la botella tuvo el final de Cleto, murió, murió, murió.*

*Yo creo que adrede ese Cleto se enfrió
pues lo que debe jamás lo pagó
tipo malaje, no fue tan guaje
con lo caro que está todo regalado le salió.*

*El velorio fue un relajo, pura vida
la peluda y el café fue con bebida
y empezaron con los cuentos de color para ir pasando
y acabaron con que Cleto ya se andaba chamuscando.*

*Se pusieron a jugar a la baraja
y la viuda en un albur perdió la caja.*

*Y después pa' reponer hasta el muerto fue a perder
y el velorio se acabó hombre, no hay que ser
tengo en mi casa a Cleto, ¿y ahora dónde lo meto?
pero como ya dijo Luz su señora, murió, murió, murió.*

Xavier Velasco, por su parte, pregunta y se responde:

“¿O a qué cree usted que va la gente a los velorios? ¿A confortar a los dolientes? ¿A ensalzar las virtudes del occiso? ¿A llorar sin cobrar? No, señor: la gente va y se junta en los sepelios para decirle al muerto: ‘que conste que te fuiste’, y ya de paso advertirle que no hay viaje de vuelta. Nadie llora por nada, cuantimeno de gratis. Ay, sí, cuánto sufrir, más tardan en limpiarse las corbatas moqueadas que en sacar a remate las del fiambre” (16).

La excepción que podría confirmar la regla la comparte Ofelia Casillas quien en plática con el autor comentó que su esposo, antes de morir, le participó que deseaba tener un velorio y un sepelio no masivos, a los que asistieran sólo las personas más cercanas y en los cuales los ‘chistes’ y el ‘piquete’ brillaran por su ausencia. Resulta obvio decir que esta política mexicana, como la mayoría de sus compatriotas, hizo hasta lo imposible por cumplir el deseo de un moribundo. Otra de las peticiones que haría algún esposo a su cónyuge, pensando que ella vivirá más tiempo, la consigna el mismo ‘Chava’ Flores en su canción ‘El día que yo muera’:

*El día que yo muera, no vayas a llorar
al visitar mi tumba te quiero oír cantar
tal vez ante esa tierra sabrás lo que te quise
yo quiero oír que dices que ya aprendiste a amar.
El día que yo muera, no vayas a llorar
desde un jardín del cielo te quiero oír cantar
yo quiero ver que el fruto sembrado en mi partida
salvó tu pobre vida que nunca supo amar.
El día que yo muera, no vayas a llorar.*

Xavier Velasco, además, medio en serio y medio en broma explica el significado de los sepelios: “El sepelio es el fin de la primera persona. Una ocasión pomposa donde unos cuantos ellos despiden a otro yo de su nosotros, a la vez que lo envían a otro ellos, más hondo e insondable.

Ellos: los que no están, ni van a estar. Los que, si un día estuvieran, nos harían correr despavoridos. ¿O no es así, *despavoridos*, como dicen que correr los que huyen de los muertos? Lo más fácil, e incluso lo más lógico, sería que enterrásemos a nuestros difuntos en el jardín de la que fue su casa. Pero entonces ya nadie se sentiría en su casa, ni en su mundo, sino sólo en el de *ellos*: los temibles difuntos, a quienes conducimos al panteón para poner entre ellos y nosotros no sólo tierra, sino de preferencia un mundo de por medio. Por más que añoremos a nuestros muertos, no queremos estar ni un instante en su mundo. Ni respirar su aire, ni mirar su paisaje” (17).

Con todo y lo que relata Velasco, no cabe duda que el actuar de los mexicanos ante la muerte de un ser querido alcanza un alto grado de misticismo cuando se trata de un infante. Los velorios y sepelios de los niños reciben una valía y un trato especiales, diferente en intensidad a los que se les da a los adultos. Porque ellos se lo merecen. Porque ellos se van directo al cielo ya que no han pecado. Porque no merecían morir sin haber vivido. Los mexicanos en su lógica, aspiran a enterrar a sus muertos, siempre y cuando sean mayores que ellos. Es decir, nadie quiere morir primero; aunque aceptan el juicio del tiempo, de los años. Entre más edad se tenga, más cerca de la muerte se está. Por ello, la muerte de un niño les afecta más. Esperarían, además, que los niños se conviertan en adultos y les sobrevivan y los entierren porque de todos modos siempre serán menores que ellos.

Esta relación especial, única, de los mexicanos con la muerte hasta cierto punto es irónica. Por un lado, los mexicanos son un pueblo cuyo culto a la muerte es tradición y tiene el reconocimiento internacional; por otro, los mexicanos es uno de los pueblos que en el último siglo le ha ganado más años a la muerte. En 1910 el promedio de vida era de 29 años; a finales de la década pasada, fue de 75. Además, también tiene muchos tintes de ironía lo que Verónica Díaz afirma: “Cabe la posibilidad de que el culto mexicano a la muerte sea sólo un artificio” (18). Dice, también,

que las prácticas utilizada por los mexicanos en su culto a la muerte, no son propias, que fueron impuestas para construir una nacionalidad, una idiosincrasia. Cita a la antropóloga Elsa Malvido:

“El problema no es tanto un culto transculturalizado como el que tenemos hoy sino las motivaciones políticas que hubo detrás de su promoción. He encontrado que el rito actual proviene de una reinención de 1930. Es el espíritu nacionalista mexicano de Lázaro Cárdenas en que los intelectuales de esta época recrearon una necesidad de mitos, de identidad, entre ellos el juego, desprecio, burla del mexicano por la muerte. El hecho de que José Guadalupe Posada recree la vida tomando como tipos las calaveras y los esqueletos no significa que el mexicano haya mantenido su culto prehispánico de la muerte, del que ya le queda nada, sino que continuó su rito profundamente cristiano a la muerte, pero ya laica; para identificarnos requeríamos una ideología nacionalista en contra de los extranjeros. Literatos y pintores cumplieron bien el papel dándole un poder ideológico a los mexica que nunca imaginaron” (19).

En un tenor similar fluyen las concepciones de los escritores Guillermo Sheridan y Carlos Monsiváis. Para el primero, citado por Claudio Lomnitz, “el día de los difuntos es un invento de los antropólogos, una excrecencia del Indio Fernández –director de cine-, un estremecimiento de Frida Kahlo. Promueve un turismo narcisista no por nuestras convicciones si no por nuestras tradiciones” (20). Respecto a la concepción de Monsiváis, el mismo Lomnitz explica que para este autor la imagen del mexicano intrépido ante la muerte nació durante el periodo de la lucha armada de la Revolución Mexicana, y la imagen del mexicano que se ríe de la muerte nació en la época postrevolucionaria. Y ambas imágenes, hay que decir, arribaron al siglo XXI fundidas en una sola imagen que hace transparente una parte fundamental de la idiosincrasia del mexicano actual.

Además, Verónica Díaz utiliza una encuesta de opinión de 'Parametría' realizada para noviembre de 2003 y encaminada a conocer la relación actual de los mexicanos con la muerte, en la cual el 80 por ciento de los entrevistados (400 vía telefónica) respondió que sí conoce que el 2 de noviembre de cada año se celebra el 'Día de Muertos'. Dicho estudio es sintomático para palpar la realidad sobre el tema. Los otros cuestionamientos, junto con las respuestas obtenidas, fueron:

- ¿Usted cree o no que el 2 de noviembre, día de los fieles difuntos, los muertos regresan a convivir con sus familias?
No, 52%;
Sí, 42%;
No sabe o no contestó, 6%.
- ¿Usted se siente listo o no para morir?
No, 58%;
Sí, 38%;
No sabe o no contestó, 4%.
- ¿Cuál es la principal razón para que usted no se siente listo para morir?
Mi familia me necesita, 46%;
Aún me faltan cosas por hacer, 29%;
Por el gusto de vivir, 9%;
Quiero conocer más cosas, 7%;
Simplemente no me gustaría morir, 6%;
Otra, 2%;
No sabe o no contestó, 1%.
- ¿Cuál es la principal razón por la que usted se siente listo para morir?
Estoy satisfecho con mi vida, 77%;
Otra, 8%;
No sabe o no contestó, 6%;
Estoy enfermo, 4%;

- No tengo dinero, 3%;
- No me gusta la vida, 1%;
- No tengo trabajo, 1%.
- En general, ¿qué tanto le preocupa a usted la muerte de alguno de sus familiares?
 - Mucho, 76%;
 - Algo, 11%;
 - Poco, 7%;
 - Nada, 4%;
 - No sabe o no contestó, 2%.
- En general, ¿qué tanto le preocupa a usted su muerte?
 - Mucho, 37%;
 - Nada, 33%;
 - Poco, 16%;
 - Algo, 13%;
 - No sabe o no contestó, 1%.
- ¿Cuál es el principal sentimiento que le genera pensar sobre la muerte?
 - Tristeza, 34%;
 - Angustia, 18%;
 - Indiferencia, no sabe o no contestó, 14%;
 - Miedo, 12%;
 - Tranquilidad, 7%;
 - Ninguno, 7%;
 - Conformidad, 4%;
 - Otro, 3%;
 - Enojo, 1%.
- ¿Usted tiene o no comprados por adelantado sus propios servicios funerarios?
 - No, 76%;
 - Sí, 24%.
- ¿Usted cuenta con algún seguro de vida?
 - No, 64%;

Sí, 36%.

- ¿Usted cree o no que hay algo más allá de la muerte?

Sí, 58%;

No, 28%;

No sabe o no contestó, 14%.

- ¿Usted rinde o no algún tipo de culto a la memoria de sus familiares y amigos muertos?

Sí, 62%;

No, 38%.

Impuesto o no, es una realidad que el culto que los mexicanos le rinden a la muerte ya forma parte indiscutible de su idiosincrasia. Como también es una realidad que los mexicanos, al igual que todos los pueblos, tienen serias deficiencias en su preparación individual para enfrentar la muerte, la propia y la de otro ser humano de su propia comunidad. Además, esta no preparación los mexicanos la ven con humor y así tratan de solventarla. El médico Arnoldo Kraus, imbuido por la idiosincrasia mexicana y por los avatares por los que los habitantes de este país pasan a la hora de enfrentar cierta burocracia especializada a la hora de la muerte, expone de manera insuperable esta situación e incluso propone un nuevo manual para morir en México, el cual debe contener los siguientes aspectos:

“A) De preferencia es mejor fallecer en casa. B) Si se muere en el domicilio debe, idóneamente, ser en horas hábiles. C) Los médicos no pueden equivocarse al llenar los certificados de defunción. D) Los galenos deben tener buena letra. E) Los doctores deben saber más medicina para no defraudar los conocimientos del Ministerio Público. F) Kafka vive y es mexicano” (21).

Así, para unos México es surrealista, para otros es kafkiano, para los más es costumbrista; pero eso sí, para todos es indiscutible el lugar especial que la muerte tiene en sus habitantes, y ello sin importar mucho la

religión que profesen, aspecto en el cual el país se muestra cada vez más en la diversidad y en la pluralidad. Según datos oficiales de la Secretaría de Gobernación del gobierno federal, al 15 de noviembre de 2006, en el territorio nacional tenían registro 6 mil 653 asociaciones religiosas, con la siguiente división (22):

Religión	Número de asociaciones	Número de integrantes	Número de ministros de culto
Católicos	3 mil 048	75 millones	14 mil 551 (incluyendo religiosas)
Pentecostales	Mil 774	Un millón 500 mil	Mil 774
Bautistas	Mil 608	200 mil	2 mil 682
Presbiterianos	69	325 mil	860
Evangelistas (espiritualistas, científicos cristianos y ejército de salvación)	58	2 millones 400 mil	2 mil 489
Ortodoxos	24	50 mil	107
Adventistas	14	500 mil	Mil 318
Luteranos	10		
Judíos	9	5 mil	9
Budistas	11	5 mil 400	52
Metodistas	6	300 mil	168
Luz del Mundo	5	70 mil	423
Testigos de Jehová	2	Un millón 100 mil	18
Islámicos	2	Mil 500	25
Mormones	1	206 mil	428
Krishnas	2		29

Aunque, según la misma fuente, existen 3 millones de mexicanos que declaran no profesar religión alguna.

Religiosos o sin religión alguna, los mexicanos, todos, a la hora de enfrentarse ante el cuerpo inerte de otro ser humano deben observar la normatividad que al respecto la legislación ha determinado. La 'Ley General de Salud', en su título decimocuarto llamado 'Donación, trasplantes y pérdida de vida', contiene un capítulo específico, denominado, precisamente, 'Cadáveres', en el cual establece:

- Artículo 346.- Los cadáveres no pueden ser objeto de propiedad y siempre serán tratados con respeto, dignidad, y consideración.
- Artículo 347.- Para los efectos de este Título, los cadáveres se clasifican de la siguiente manera: I. De personas conocidas, y, II. De personas desconocidas. Los cadáveres no reclamados dentro de las setenta y dos horas posteriores a la pérdida de vida y aquellos de los que se ignore su identidad serán considerados como de personas desconocidas.
- Artículo 348.- La inhumación o incineración de cadáveres sólo podrá realizarse con autorización del oficial del Registro Civil que corresponda, quien exigirá la presentación del certificado de defunción. Los cadáveres deben inhumarse, incinerarse o embalsamarse dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes a la muerte, salvo autorización específica de la autoridad sanitaria competente o por disposición del Ministerio Público, o de la autoridad judicial. La inhumación o incineración de cadáveres sólo podrá realizarse en lugares permitidos por las autoridades sanitarias competentes.
- Artículo 349.- El depósito y manejo de cadáveres deberán efectuarse en establecimientos que reúnan las condiciones sanitarias que fije la Secretaría de Salud. La propia Secretaría

- determinará las técnicas y procedimientos que deberán aplicarse para la conservación de cadáveres.
- Artículo 350.- Las autoridades sanitarias competentes ejercerán el control sanitario de las personas que se dediquen a la prestación de servicios funerarios. Asimismo, verificarán que los locales en que se presten los servicios reúnan las condiciones sanitarias exigibles en los términos de los reglamentos correspondientes.
 - Artículo 350 bis.- La Secretaría de Salud determinará el tiempo mínimo que han de permanecer los restos en las fosas. Mientras el plazo señalado no concluya, sólo podrán efectuarse las exhumaciones que aprueben las autoridades sanitarias y las ordenadas por las judiciales o por el Ministerio Público, previo el cumplimiento de los requisitos sanitarios correspondientes.
 - Artículo 350 bis 1.- La internación y salida de cadáveres del territorio nacional sólo podrán realizarse, mediante autorización de la Secretaría de Salud o por orden de la autoridad judicial o del Ministerio Público. En el caso del traslado de cadáveres entre entidades federativas se requerirá dar aviso a la autoridad sanitaria competente del lugar en donde se haya expedido el certificado de defunción.
 - Artículo 350 bis 2.- Para la práctica de necropsias en cadáveres de seres humanos se requiere consentimiento del cónyuge, concubinario, concubina, ascendentes, descendientes o de los hermanos, salvo que exista orden por escrito del disponente, o en el caso de la probable comisión de un delito, la orden de la autoridad judicial o el Ministerio Público.
 - Artículo 350 bis 3.- Para la utilización de cadáveres o parte de ellos de personas conocidas, con fines de docencia e investigación, se requiere el consentimiento del disponente. Tratándose de cadáveres de personas desconocidas, las instituciones educativas podrán obtenerlos del Ministerio

Público o de establecimientos de prestación de servicios de atención médica o de asistencia social. Para tales efectos, las instituciones educativas deberán dar aviso a la Secretaría de Salud, en los términos de esta Ley y demás disposiciones aplicables.

- Artículo 350 bis 4.- Las instituciones educativas que obtengan cadáveres de personas desconocidas serán depositarias de ellos durante diez días, con objeto de dar oportunidad al cónyuge, concubinario, concubina o familiares para reclamarlos. En este lapso los cadáveres permanecerán en las instituciones y únicamente recibirán el tratamiento para su conservación y el manejo sanitario que señalen las disposiciones respectivas. Una vez concluido el plazo correspondiente sin reclamación, las instituciones educativas podrán utilizar el cadáver.
- Artículo 350 bis 5.- Los cadáveres de personas desconocidas, los no reclamados y los que se hayan destinado para docencia e investigación, serán inhumados o incinerados.
- Artículo 350 bis 6.- Sólo podrá darse destino final a un feto previa expedición del certificado de muerte fetal. En el caso de que el cadáver del feto no sea reclamado dentro del término que señala el artículo 348 de esta ley, deberá darse destino final. Salvo aquellos que sean destinados para el apoyo de la docencia e investigación por la autoridad de Salud conforme a esta ley y a las demás disposiciones aplicables, quien procederá directamente o por medio de las instituciones autorizadas que lo soliciten mismas que deberán cumplir con los requisitos que señalen las disposiciones legales aplicables.
- Artículo 350 bis 7.- Los establecimientos en los que se realicen actos relacionados con cadáveres de seres humanos deberán presentar el aviso correspondiente a la Secretaría de salud en los términos de esta Ley y demás disposiciones generales aplicables,

contarán con un responsable sanitario que también deberá presentar aviso” (23).

II.2. La Ciudad de México

A mediados de la última década del siglo pasado, el escritor Carlos Monsiváis se preguntaba:

“¿En dónde se localiza lo esencial de una ciudad? ¿En las finanzas, en el sistema político que la rige, en las vanguardias artísticas, en lo cotidiano, en los espectáculos, en los personajes, en la masa?” (1).

Y ahí mismo reconocía que “no hay respuestas unívocas, y menos tratándose de ciudades en perpetuo desbordamiento” (2).

Estas interrogantes y la incapacidad de darles una respuesta única y total, todavía muestran su vigencia hoy en día. Y su actualidad cobra más relevancia tratándose de la Ciudad de México, un asentamiento humano ubicado en un espacio geográfico pequeño, el más pequeño del país con tan sólo el 0.1 por ciento del territorio nacional (1,525 km²) (3), que durante la segunda mitad del siglo XX sufrió, en verdad, un real desbordamiento. En los últimos cincuenta años todo le creció, principalmente el número de habitantes. De 3'050,442 que se contabilizaron en 1950 (4), pasó a 8'857,800 en el 2002, de los cuales el 90.4 por ciento (8'007,451.2) profesa la religión católica, el 2.9 por ciento (256,876.2) se declara sin religión y el 6.7 por ciento restante (593,472.6) es integrante de otros credos (5).

Este crecimiento de la población tiene su base en la convergencia de, principalmente, tres factores. Primero, los nacimientos, mismos que, por cierto, han disminuido. Sergio Aguayo Quezada afirma que como producto del “mayor grado de desarrollo social y económico el DF ha

sido la entidad que marcó la tendencia a la baja en la natalidad. Cada año nacen 227 mil niños (16.5 nacimientos por cada mil)” (6).

Después, la esperanza de vida que en la Ciudad de México durante las últimas siete décadas se ha duplicado, alcanzando en el año 2000 un promedio de 73.5 años para los hombres y 78.2 años para las mujeres, con la respectiva reducción en el número de defunciones. El mismo Sergio Aguayo escribe que al año mueren 58 mil personas –lo que hace que la Ciudad de México en el 2006 comparta con Michoacán el tercer lugar en mayor tasa de mortalidad, sólo debajo de Veracruz, primer lugar, y de Guerrero y Oaxaca, que comparten el segundo lugar-, siendo las causas más importantes las siguientes (7):

Nombre de la causa	Número de casos
Enfermedades del corazón	8,742
Diabetes mellitas	6,441
Tumores malignos	6,193
Enfermedades cerebro vasculares	2,869
Enfermedades del hígado	2,668
Accidentes	2,140
Afecciones en el periodo perinatal	1,596
Influenza y neumonía	1,285
Enfermedades pulmonares	1,173
Malformaciones congénitas	936

Al analizar estas causas de muerte, Giovanna Mejía Zárate comenta que son producto del sedentarismo que priva entre la población de la ciudad, y dice que “en cuatro décadas se modificó el patrón de las principales causas de fallecimiento. Los decesos asociados a carencias económicas dejaron paso a males provocados por la nula actividad física” (8), además de que muchos de estos decesos se pudieran evitar si se implementara una cultura de la donación de órganos, así como programas de prevención del suicidio.

El tercer factor que incide en el incremento de la población en la Ciudad de México, es la inmigración. Dice Carlos Monsiváis:

“Al término del gobierno de Miguel Alemán Valdés (1946 - 1952) la suerte de la ciudad está decidida: será el recinto de la explosión demográfica que bendice la ortodoxia católica (‘Cada hijo trae su pan, su cobija, su mala suerte’), y será el anfitrión de la modernidad. Y alucinados por la oferta de trabajo, la relativa seguridad, las diversiones y la vida sin control parroquial posible, acuden al Distrito Federal, para ya no abandonarlo, cien o doscientas personas al día, provenientes de todo el país, que saturan vecindades y azoteas, viven en los resquicios cedidos por los parientes o en departamentitos a sólo tres horas del sitio de su trabajo” (9).

El recibir día con día a decenas de inmigrantes trajo como consecuencia que, por ejemplo, en el año 2000 el 21.2 por ciento de los habitantes de la Ciudad de México no había nacido en ella (10). Dice Sergio Aguayo que “en 15 de las 16 delegaciones la población no nativa es mayor al promedio nacional (18.2%) y sólo Milpa Alta está por abajo” (11). Ello, según Edgar Tavares López, está “dando por resultado que la casi totalidad de sus habitantes seamos hijos de provincianos” (12). Este flujo migratorio propició que Carlos Monsiváis, oriundo de la Ciudad de México y su cronista no oficial, hiciera una descripción del cómo esta ciudad se llenó de ‘ciudades perdidas’ o en el mejor de los casos de ‘colonias populares’. Escribe:

“A un terreno baldío acuden veinte o treinta familias, que se instalan como pueden en chozas precarias a las que por cariño se les dice ‘casa’, con piso de tierra y paredes de cartón. El líder, que se improvisa con o sin necesidad de violencia, les exige dinero para tratar con las autoridades, con sacrificios los colonos lo consiguen,

el líder va y le grita al funcionario (menor o mediano) y le recuerda casi a espumarajos los derechos del pueblo, o simplemente aguarda y pide más dinero, y el tiempo pasa y, si no hay desalojos violentos, veinte o treinta años después los colonos tienen una o dos escuelas, una iglesia (donde no pueden casarse porque las bodas son muy caras), agua potable (a ratos), luz eléctrica y algún otro atributo urbano. Falla el transporte (en el que invierten tres o cuatro horas al día), falla el drenaje” (13).

A esta descripción el autor citado anexa otra muy importante. Dice que en estos nuevos espacios urbanos poblados con gente proveniente del interior del país “son mínimos o inexistentes los estímulos culturales (ajenos a los proporcionados por el cine, la radio y, sobre todo, la televisión). Y en el plazo mínimo –seis meses, un año- los inmigrantes se desprenden de sus arraigos generacionales y, con tal adaptarse a la ciudad, no le hallan sentido a la mayoría de las tradiciones locales y regionales”. Y punto y seguido se pregunta: “¿Cómo seguirle hablando de usted a los padres o hacerles caso llegando al hogar a las siete de la noche? ¿De qué manera sujetarse al ‘qué dirán’ como si aún se viviese en el pueblo rabón de tres mil habitantes? ¿Cómo reproducir en el vestuario la idea de dignidad?”, respondiéndose que “lo que conviene es adoptar versiones de lo nuevo, intuitivas, frenéticas, exhaustivas” (14).

Esta ‘conveniencia’, entre comillas, que se supone vieron y vivieron los inmigrantes, provoca cuestionar con palabras de Carlos Monsiváis si “las ciudades destruyen las costumbres” (15). Interrogar si la Ciudad de México, cosmopolita, moderna y multicultural que es, destruye las costumbres de sus habitantes, sobre todo de los que llegaron de la provincia mexicana y con una escolaridad casi nula. Se recalca a estos inmigrantes porque los otros, que sí los hubo y los hay, guardaron otras características. Por ejemplo, Edgar Tavares López escribió:

“Las tradiciones y costumbres de un pueblo reflejan en buena medida sus valores y espíritu. En este sentido la religión es un factor importante en el cual los judíos mantienen un contacto estrecho con su propia historia. Para salvaguardar sus raíces establecieron, al llegar a México, sus propias instituciones culturales para satisfacer la necesidad primordial de mantenerse unidos entre sí, ayudarse mutuamente y desde luego reafirmar su identidad” (16).

Dentro de estas instituciones culturales que servirán para conservar sus tradiciones, el autor enuncia a las sinagogas y a las instituciones educativas que la comunidad judía creó en la Colonia Hipódromo. Para otorgarle una valoración real a la inmigración judía al país, que bien se podría generalizar a la inmigración de personas de otros países, culturas y religiones durante el pasado siglo, es importante recordar la oferta y, a la vez, exigencia que Plutarco Elías Calles, entonces candidato a la Presidencia de la República, manifestara en 1924:

“La política de mi gobierno será la de recibir a todos los judíos que deseen asentarse en México y proporcionarles protección y ayuda. La única condición para los inmigrantes a México será la de obedecer las leyes del país” (17).

Protección y ayuda, era la oferta. La obediencia a las leyes, la exigencia. Eso fue hace muchos años. Hoy, sobre todo el segundo aspecto, el referente a la exigencia, sigue siendo igual. Para todos -judíos, musulmanes, budistas, católicos-, inmigrantes o ya hijos o nietos de inmigrantes provenientes de otros países y del interior de México. Pero en la Ciudad de México la obediencia a las leyes no necesariamente ha significado una obligación de carácter oficial de adoptar otras costumbres, otras tradiciones, más bien significa tolerancia, aceptación del otro, saber que existen otras costumbres y otras actitudes a las que se les debe de respetar y considerar como válidas, tan válidas como las

propias, y ello se ha mostrado de manera clara y objetiva con el trabajo realizado en el año 2007 por los diputados locales de la Asamblea Legislativa del Distrito Federal, y que dio como resultado la reforma a diversas disposiciones legales que actualizaron la concepción que se tiene de la vida, de la muerte y de la familia. Así, ya no se considera como aborto a la interrupción voluntaria del embarazo durante las doce primeras semanas de la gestación, hecho que de inmediato evita que se tipifique como delito a esa acción. También se permite que el enfermo terminal muestre su 'voluntad anticipada' –eutanasia u ortotanasia– para que ya no se le apliquen medidas médicas que lo mantendrían con vida pero sin calidad de vida y sin posibilidades de sanar, de recuperar la salud. Asimismo, ya existe la posibilidad de que seres humanos del mismo sexo puedan acceder a una especie de 'boda' a través de la figura de 'sociedades de convivencia'.

No está de más decir que estos tres temas, junto al del cambio de sexo y a la propuesta de legalizar la marihuana, han enfrentado el rechazo de la población conservadora, principalmente a través de descalificaciones en los medios de comunicación por parte de la jerarquía católica, nacional y del Vaticano, pero, como se ha demostrado, no por permitirlo los gobernantes están obligando a la población a actuar en consecuencia, y si en otras épocas sucedió algo así sobre un tema en específico, seguramente habrá sido por circunstancias que van más allá de decreto alguno y que tienen que ver más con procesos de integración social que, indudablemente, contemplan una integración cultural. Subsumirse para dejar de ser marginal. O al menos para pretender hacer a un lado esa condición de marginalidad en que una mayoría los ha ubicado; o que ellos mismos han adoptado o heredado de sus antepasados. Ejemplo de lo anterior podría ser lo que declara Enrique Zhu, representante de la comunidad de 'Chinos-Mexicanos Unidos en México, AC':

“Lo más difícil es el idioma. Los padres siempre quieren que sus hijos aprendan y conserven su idioma. Tenemos la idea, pero no

hay condiciones en México: nos hacen falta escuelas, maestros para la enseñanza, sólo en casa conservamos la palabra, la escritura casi nadie la conoce ni la puede leer. Por eso en los últimos años algunas familias que han tenido la posibilidad han enviado a sus hijos a aprender chino en China” (18).

Elena Liu, por su parte, comparte que a su llegada a esta ciudad, en 1996, además del idioma y de la comida, se enfrentó a la imposibilidad de practicar su religión, la budista, por falta de templos y que por lo mismo ha empezado a explorar la religión de su esposo, quien es católico (19). Un fenómeno similar lo experimentan los triquis, oriundos del Estado de Oaxaca. Uno de sus integrantes, Pascual de Jesús González, en plática con el autor comparte que sus hijos y todos los niños en general, entienden el triqui, su lengua materna, pero no lo hablan, y a manera de justificación comenta que como asisten a la escuela y en ella todo es en español, sólo les quedaría practicar en la casa, con los mayores, con sus padres, pero que ellos también se ya comunican más en español.

Esta fragilidad para conservar el idioma original al asentarse en la Ciudad de México, no redonda, necesariamente, en la existencia de fragilidades cuando se trata de otras tradiciones. Un ejemplo de lo anterior podría ser la actitud que una comunidad religiosa adopta, y reproduce día a día, ante la muerte de uno de sus integrantes. El tratamiento que un integrante de alguna comunidad le otorga como ente social al hecho de la muerte de otro miembro de la misma, responde primordialmente a parámetros y costumbres abrevados al interior de ella, más que a imposiciones globales o de moda. Esta situación particular confirma la premisa de que en el mundo actual, globalizado en infinidad de aspectos, se puede vivir, y de hecho se vive, con una combinación de tradición y modernidad, de costumbres e innovaciones, de lo viejo y lo nuevo, de lo local y lo universal. Entonces, parecería que aquella sentencia descrita por Imre Kertész en el sentido de que

“cuando la cultura de una comunidad no es capaz de seguir el curso de la cultura mundial, se queda contemplando sin entender el abismo que se abre a sus pies y que se abre precisamente por ella, para que se arroje al precipicio” (20), es cierta sólo a medias y que existen aspectos de la vida de las comunidades que no han sucumbido en su totalidad a la vorágine de la globalidad o de los espacios geográficos en las que están asentadas o de los momentos históricos en los que están inmersas. Carlos Montemayor lo explica de la siguiente manera:

“La cultura continúa como un soporte poderoso cuando la comunidad no dispone de la tierra original. La cultura revela su naturaleza migratoria en la memoria misma y en la lengua. Así ocurre con los kurdos en Alemania, los musulmanes en Francia, los gitanos en Italia, los marroquíes en España. La presión en el territorio de origen los obligó a definir su identidad; el país al que llegan les vuelve a exigir esa definición, porque de nuevo les dicen: ‘tú eres otro’. En ese proceso de definición, el ‘nosotros’ que ellos quieren seguir siendo se convierte en una clave fundamental para entender los procesos migratorios de hoy. Es, en términos humanos, psicológicos, lingüísticos, un cuestionamiento a los procesos de la globalización económica de hoy” (21).

La situación anterior indudablemente beneficia a la diversidad y a la conservación de identidades de estas comunidades religiosas. Y uno de estos aspectos de la vida que todavía se defiende del ataque global, es precisamente la actitud muy particular de estas comunidades ante la muerte. Con todo lo paradójico que parezca, es innegable que la muerte representa uno de los aspectos fundamentales en todo el ciclo de la vida. Existe tal simbiosis que Imre Kertész escribe: “Mi historia consiste en mis muertes; si quisiera contar mi vida, debería contar mis muertes” (22).

Por su parte, J. M. Coetzee declara que “en el umbral de la muerte, el umbral de la vida” (23), y abunda: “Es muy poco para marcar la

diferencia entre la vida y la muerte” (24). Con Coetzee coinciden otros autores. Ursula Markham, por ejemplo, dice que “la muerte es una realidad. Es una parte natural de la vida y lo único en que todos somos iguales. Para alcanzar la plenitud de la vida hay que aprender a enfrentarse adecuadamente con las penas y con la muerte” (25). Es decir, ‘vida y muerte / muerte y vida’ son parte de un mismo ciclo dialéctico, son las dos caras de una sola moneda. Y la moneda, valga la expresión, bien puede ser el cuerpo del ser humano. En este sentido, Josep Muñoz Redón afirma que “el cuerpo es el verdugo de la primera (de la vida) y víctima de la segunda (de la muerte)” (26). Greta Rivara, por su parte, comenta que el cuerpo “es aquello que más nos liga, que más nos arraiga en la vida” (27), y siguiendo a Georges Bataille recuerda que “el dramatismo de la muerte le permitió ya al hombre del paleolítico inferior dar sepultura a sus cadáveres y organizar un ritual, por así decirlo, protoreligioso (y creo que es el primer ritual religioso)” (28). Bajo este tenor, entonces, resulta conveniente plantear las siguientes interrogantes: ¿Qué hace un judío o un musulmán o un budista o un católico que reside en la Ciudad de México, en pleno siglo XXI, al enfrentarse al hecho de la muerte de otro judío o musulmán o budista o católico? ¿Cómo reacciona? ¿Cómo se comporta ante el cadáver? ¿Qué ritual sigue? ¿Qué actitudes adopta? ¿Con quién las comparte? ¿Son igual a las adoptadas por otro judío o musulmán o budista o católico que radica en otra entidad de México o del mundo? La respuesta a las preguntas anteriores se orienta y se determina con las actitudes genéricas o normales, si se acepta el término ‘normal’ claro, adoptadas por un integrante de una comunidad, o por la comunidad misma, ante el hecho de la muerte de otro miembro de la misma comunidad. Estas actitudes, en su conjunto y con la solemnidad requerida, son las que conforman los rituales o ritos, entendidos estos en el sentido que, como afirma Luis T. Melgar, “tienen lugar para celebrar, propiciar o recordar un cambio, una transformación en la vida de una persona o de una sociedad. Los ritos de nacimiento, pubertad, matrimonio y muerte son un ejemplo muy claro” (29). Así, los ritos, no

cabe duda, son precisamente los que dan permanencia, certeza y continuidad a una tradición, cualesquiera que esta sea, y son sintomáticos, a su vez, del sentir que tienen los integrantes de una comunidad ante esa tradición. Por ejemplo, frente a la muerte de uno de sus miembros. Una actitud particular, por importante e impactante que resulte y aunque sea aceptada o al menos no rechazada por la misma comunidad, no refleja a ciencia cierta el modo de ser y de ver a la muerte que priva en la comunidad, y por lo mismo su tratamiento tendría que ser especial o particular en cada caso. Por ejemplo, Andrés de Luna relata la búsqueda que un señor hizo de su esposa el 19 de septiembre de 1985, a quien encontró bajo los escombros de un edificio derrumbado por el terremoto que la Ciudad de México sufrió la mañana de ese día. Narra:

“Al final sus intentos lo llevaron a encontrar el cadáver, que gracias a las identificaciones que llevaba la mujer en el bolso fue posible darle un nombre a su cuerpo marchito y enterrado en sangre bajo los escombros. Al principio, los hechos se desencadenaron con una fuerte dosis de dolor que poco a poco se convirtió en desconcierto: la esposa se encontraba en el hotel Finisterre, de allá por los rumbos de Taxqueña y Tlalpan, su acompañante era un individuo joven que compartió el último abrazo carnal de esa dama, que aprovechaba los escasos momentos del ocio de una ama de casa de clase media para citarse con su amante es ese lugar clandestino. El suceso dejaba al descubierto los amoríos y el hombre se vio involucrado en una relación penosa que se aunó a la pérdida material de la cónyuge. La historia corrió como liebre tras los matorrales y algunos lo vieron con sonrisas sarcásticas, otros se compadecieron de él. El hombre vivió el insomnio de los celos tardíos, de la mente que forma y amplifica imágenes degradantes y francamente lastimeras acerca de esa aventura que nunca sospechó. Herido y sin ánimos de nada, el hombre avisó a la familia de su esposa y se concretó a cubrir los gastos indispensables para

darle sepultura a la madre de sus hijos. Luego, quiso borrar de su memoria los hechos" (30).

Este hecho concreto de actuar ante la 'muerte no natural', en caso de que se acepte la existencia de 'muerte natural', de un ser humano integrante de la misma comunidad religiosa, no es fiel reflejo del sentir general. La actitud de sólo avisar a la familia de la occisa, de sólo pagar los gastos de defunción y de tratar de provocarse amnesia, no se puede decir que sea una reacción normal ante una situación también normal de muerte natural de un integrante de una determinada comunidad. A un posible ejemplo de alguna muerte natural se refiere de manera sarcástica Manuel Vázquez Montalbán. Escribe: "No olvide lo de la clínica. Nada hay tan sano como unas buenas lavativas. 'Adiós Planas -pensó Carvalho-; que tengas una sana muerte'" (31).

Jorge Ibarguengoitia, por su parte, comparte el fallecimiento de su mamá: "Su muerte fue natural. Es decir, murió cuando ya no quedaba otra alternativa. Vivió ochenta y tres años muy bien, uno regular, otro enferma y dos meses gravísima. Cuando llegó la muerte, era un epílogo necesario para ella y los que la rodeábamos estábamos esperando con ansias" (32).

Existen también otras actuaciones específicas. Por ejemplo, Miguel de la Madrid, quien fuera presidente de México de 1982 a 1988, expone la actitud asumida por su gobierno ante la muerte de un ex presidente del país:

"Miguel Alemán Valdés murió el sábado 14 de mayo (de 1983). Sus homenajes fúnebres cobraron una gran dimensión debido, fundamentalmente, a la promoción que de ellos hizo Televisa. No debe olvidarse que éste es un grupo ligado a la familia Alemán. La ceremonia luctuosa ocurrió conforme a las ordenanzas militares. De hecho, no son muy claras las formalidades que deben utilizarse

cuando muere un ex presidente, pero sí lo son respecto a quienes han tenido mando militar. Así que, por analogía, yo decidí que se le diesen esos honores fúnebres a Miguel Alemán. Sé que ello causó críticas, particularmente entre los grupos intelectuales, pero yo siento que no era momento para andarse con pequeñeces" (33).

Otra situación sería la actitud que adquiere un criminal, un asesino, ante el cadáver de su víctima. Rubem Fonseca narra dos hechos de este tipo. Uno se refiere al asesinato cometido por un fanático religioso. Escribe:

"Gumerciendo estaba tirado en la sala, su camisa empapada de sangre. A su lado, la imagen de Exu hecha pedazos.

-¡Mataste al tipo, carajo!

-Se resistió.

-La niña le regaló la medallita.

-Él se resistió.

-No se resistió ni qué la chingada.

-Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia.

-Eres un fanático, Leitao.

-Estoy en paz con mi conciencia. Estoy en paz con Dios. Tengo el amor de Jesús en el corazón" (34).

El otro ejemplo es el de un sicario relacionado con el tráfico de drogas, que asesinaría a petición de la persona amada:

"-¿Serías capaz de matar a una persona por mí?

-Cariño, si mato a un fulano porque me robó cinco gramos, ¿no voy a matar a un tipo si tú me lo pides? Dime quién es. ¿Es de aquí del condominio?

-No" (35).

Por su parte, Nadine Gordimer describe otro tipo de frialdad ante la muerte: "Max había muerto y ese hecho no despertaba en mí ningún

sentimiento concreto, excepto que lo creía” (36). Otra actitud es la que Coetzee sintetiza de una manera muy particular: “Debía su lealtad a los vivos, no a los muertos” (37). Además, se hace una interrogante y él mismo se otorga una tajante respuesta: “¿Saben los muertos que están muertos? No: a los muertos no se les permite saber nada” (38).

Esto último puede que sea cierto, puede que sea verdad el que los difuntos no sepan que están muertos. Lo que indudablemente es una certeza es que los vivos sí saben que morirán. Inclusive hay una máxima popular que pregona que lo único de lo que está seguro el ser humano es que va a morir. Saberse mortal, entonces, le provoca emprender la búsqueda e implementación de espacios físicos para ubicar su cuerpo o, en su caso, los restos de sus muertos; o su propio cuerpo o sus propios restos. Esto ha sido así, indudablemente, sin importar raza, religión, geografía o tiempo histórico. Por ejemplo, a octubre de 2006 en la Ciudad de México existían 103 cementerios civiles y 14 concesionados, regidos por el Reglamento de Cementerios del Distrito Federal, que en sus artículos 7 y 8 los clasifica:

- “Artículo 7.- Para su administración, los cementerios en el Distrito Federal se clasifican en: I.- Cementerios oficiales, propiedad del Departamento del Distrito Federal, el que los operará y controlará a través de las Delegaciones, de acuerdo con sus áreas de competencia, y II.- Cementerios concesionados, administrados por personas físicas o morales de nacionalidad mexicana, de acuerdo con las bases establecidas en la concesión y las disposiciones de este Reglamento.
- Artículo 8.- Los cementerios oficiales serán: I.- Civiles generales, para todo tipo de inhumación de cadáveres, restos humanos y restos humanos áridos o cremados, sin importar su procedencia; II.- Civiles delegacionales, que se localizan en las Delegaciones del Distrito Federal, para inhumar cadáveres,

restos humanos y restos humanos áridos o cremados procedentes del área de la propia Delegación; y III.- Civiles vecinales, en los cuales se podrán inhumar cadáveres, restos humanos y restos humanos áridos o cremados procedentes del área vecinal correspondiente" (39).

Por su parte, la 'Ley de Salud para el Distrito Federal', en su Capítulo V, titulado 'De los Cementerios, Crematorios y Funerarias', establece:

- Artículo 36.- El Gobierno vigilará y atenderá el establecimiento, funcionamiento, conservación y operación de cementerios, crematorios y funerarias, ya sea por sí mismo o por concesión que se otorgue a los particulares. Para otorgar la concesión respectiva, deberá recabarse previamente la autorización sanitaria que expida el propio Gobierno.
- Artículo 37.- Los cementerios deberán contar con áreas verdes y zonas destinadas a reforestación.
- Artículo 38.- La aprobación de las solicitudes de refrigeración, exhumación y cremación de cadáveres deberá ajustarse a las medidas de higiene y seguridad sanitaria que al efecto expida el Gobierno, en lo dispuesto en la Ley Ambiental del Distrito Federal y las demás disposiciones que expida la Secretaría" (40).

De los 103 cementerios civiles, 10 son generales, 14 delegacionales, 77 vecinales y 2 históricos, teniendo la siguiente distribución geográfica (41):

Delegación	Número de cementerios
Álvaro Obregón	7
Azcapotzalco	7
Benito Juárez	1
Coyoacán	5

Cuajimalpa	4
Cauhtémoc	1
Gustavo A. Madero	11
Iztacalco	1
Iztapalapa	10
Magdalena Contreras	5
Miguel Hidalgo	2
Milpa Alta	11
Tláhuac	11
Tlalpan	11
Venustiano Carranza	1
Xochimilco	15

Los 14 cementerios concesionados son (42):

Cementerio	Delegación
Alemán	Miguel Hidalgo
Americano	Miguel Hidalgo
Británico	Miguel Hidalgo
Español	Miguel Hidalgo
Francés de San Joaquín	Miguel Hidalgo
Francés de La Piedad	Cauhtémoc
Guadalupe Mixcoac	Álvaro Obregón
Israelita	Miguel Hidalgo
Jardín de México	Álvaro Obregón
Nuevo Jardín	Álvaro Obregón
Mausoleos del Ángel	Coyoacán
Militar	Tlalpan
Monte Sinaí	Miguel Hidalgo
Santa Elena	Tlalpan

En este total de 117 cementerios que abarcan 824 hectáreas de la Ciudad de México, también a octubre de 2006 había 91,789 fosas disponibles a temporalidad de siete años y 800 mil nichos para el depósito de cenizas, concentrándose desde octubre de 2003 el mayor porcentaje (95.7) de ellas en las delegaciones Iztapalapa, Xochimilco, Tláhuac, Cuajimalpa y Milpa Alta; quedando el 4.3 restante distribuido entre las otras demarcaciones y los cementerios concesionados (43).

Relacionando el alto porcentaje de habitantes de la Ciudad de México que se declara católico con el nombre de cada cementerio, se puede deducir que en la inmensa mayoría de estos se practica el ritual de esta religión, aunque tienen espacios exclusivos para otras expresiones religiosas, e inclusive existen secciones específicas para ciertos gremios. Por ejemplo, en el 'Jardín' hay secciones para la comunidad judía, pero también para los molineros, los actores y los policías de caminos. Comparando también la cifra de muertes con la oferta de fosas, criptas y nichos que algunas iglesias, templos o conventos católicos comercializan, se hace urgente la implementación de una política pública en la materia orientada al mantenimiento y mejoramiento de los panteones, al aprovechamiento de los espacios disponibles -cada vez más escasos- y al fomento entre la población de una cultura de la incineración. Política pública que además de tener como objetivo disminuir el impacto ecológico a través del uso de tecnologías orgánicas y de biodegradación, indudablemente debe contemplar una real alternativa económica y laboral para aquellos artesanos y escultores dedicados a la elaboración de lápidas, criptas, capillas e imágenes de santos, vírgenes y ángeles que se colocan por encima de las tumbas. Asimismo, hay que reconocer que las autoridades de la Ciudad de México, en octubre de 2003, tenían la intención de poner en funcionamiento dos nuevos crematorios propiedad del gobierno ubicados uno en la delegación Tlalpan (cementerio '20 de Noviembre') y otro en la delegación Álvaro Obregón (cementerio 'Tarango') (44); mismos que se sumarían a los ya existentes a esa fecha, oficiales y

particulares, entre los que se encuentran 'Dolores' en Miguel Hidalgo, 'San Isidro' en Azcapotzalco, 'Jilotepec La Noria' en Xochimilco, 'Español' en Miguel Hidalgo, 'Francés de San Joaquín' en Miguel Hidalgo, 'Izaz' en Iztapalapa, y 'Agencia García López' en Cuauhtémoc (45). Punto a destacar es que gran cantidad de habitantes de la Ciudad de México realiza los entierros o incineraciones de sus muertos en cementerios o crematorios ubicados en la zona metropolitana que se comparte con el Estado de México, de entre los cuales sobresale 'Jardines del Recuerdo' (cementerio y crematorio), en el Municipio de Tlalnepantla de Baz.

Cabe resaltar que la proliferación de cementerios gubernamentales tiene su origen en la formación de las instituciones republicanas producto de la guerra de Independencia, misma que, entre otras cosas, secularizó a la sociedad y al gobierno. A mediados del siglo XIX, el presidente Benito Juárez promulgó la Ley de Secularización de Cementerios, mediante la cual el gobierno tomó el control de los entierros, mismo que desde esos años (1859 - 1861) a la fecha, no ha perdido, respetando, obviamente, los rituales que cada comunidad religiosa realiza a su interior. Con ello, los mexicanos combinan laicismo público con religiosidad privada. Equilibrio que cuando se rompe trae como consecuencia inestabilidad y desorden social.

Asimismo, un aspecto a destacar porque es el reflejo del alto nivel de aprecio que los mexicanos le tienen a sus muertos, y por ende a sí mismos, es la convivencia, si se acepta este concepto, entre vivos y muertos que se da primordialmente al interior de los cementerios. Convivencia cargada de rituales que unifican criterios y comportamientos y que son fácilmente comprobables en las ceremonias laicas como en las místico-religiosas. Entre las primeras, las cívicas, se encuentran las realizadas al pie de las tumbas en los aniversarios luctuosos de héroes (Benito Juárez y los liberales del Siglo XIX, en 'San Fernando'), de personajes ilustres (Heberto Castillo, Manuel Gómez Morín y Jesús Reyes Heróles, en 'Dolores') y de ídolos (Pedro Infante,

Jorge Negrete y Javier Solís, en 'Jardín'). Dentro de las segundas, las místico-religiosas, sobresale con mucho la celebración del 'Día de Muertos', el 1 y 2 de noviembre de cada año, principalmente la que se lleva a cabo en el cementerio del pueblo de San Andrés Mixquic de la delegación Tláhuac, que tanto renombre ha dado a la Ciudad de México y a la que Sebastián Verti definió como "la conjugación, en el luto mexicano, de inocente alegría y crepuscular tristeza, adornadas con una flor de varios colores que la naturaleza ha creado casi especialmente para esos momentos: los esbeltos pétalos de la bella flor de cempasúchil (o cempoalxóchitl)" (46). También hay que mencionar que sobre todo dentro de las clases medias y pudientes de la Ciudad de México, de un tiempo a la fecha se celebra, el 31 de octubre de cada año, la 'Noche de Brujas' o 'Halloween', costumbre llegada a México por influencia de Estados Unidos, cuyo origen se remonta a la fiesta consagrada a la víspera de todos los santos ('All hallow even' o 'Hallowed evening') del pueblo celta. La principal diferencia entre la 'Noche de Brujas' y el 'Día de Muertos', es que según la primera los muertos, monstruos y brujas vienen a este mundo a espantar a los vivos, y en el segundo los familiares de los muertos los agasajan, con misticismo y sin miedo. La 'Noche de Brujas' no ha pasado de ser una oportunidad de reunión para los jóvenes y de pedir 'jalogüin' (dulces o dinero) para los niños. Jóvenes y niños que, además, aprovechan esta festividad para disfrazarse con el fin de espantar. El 'Día de Muertos', en contraparte, ha sido reconocido por la Unesco como 'Patrimonio de la Humanidad'.

Con las anteriores acciones el habitante de la Ciudad de México proyecta una imagen de apego a sus creencias y costumbres, así como de reconocimiento a sus propias identidades y lealtades para con su gente. Referente a este aspecto, al inicio del presente capítulo de la mano de Carlos Monsiváis apareció la pregunta sobre en dónde se localiza lo esencial de una ciudad. También a lo largo del presente capítulo ha salido a relucir que lo esencial de una ciudad, cualquiera que sea esta, es su gente, su población, sus habitantes. Son ellos y sus manifestaciones

culturales, políticas, sociales, religiosas, laborales, empresariales. Son ellos y su actuar cotidiano. Son ellos y sus esperanzas y sus maneras de ver la vida misma. Eduardo Césarman lo plantea de la siguiente manera:

“La ciudad no es una abstracción, es una entidad real formada por la gente que la habita, por sus casas, sus calles, sus parques, sus escuelas, sus monumentos y su historia. Todo en ella existe, su cultura y tradiciones, la define” (47).

Asimismo, a través de este capítulo ha quedado en claro que la gente de la Ciudad de México es diversa, multicultural, multirracial, multirreligiosa, por lo que cobra vital importancia la pregunta que Ángeles González Gamio hace:

“¿Se puede hablar de un perfil común cuando son tantos tipos humanos, de distinto nivel cultural, económico y social?” (48).

La misma autora responde que “sí hay características comunes y muy propias de los mexicanos de la ciudad de México” (49), y enumera algunas: Desconfianza, solidaridad, miedo, liberación femenina y masculina, conciencia política y esperanza de un futuro mejor. Esta inquietud y la percepción que tiene quien fuera la máxima autoridad en el Consejo de la Crónica de la Ciudad de México, la comparten otros estudiosos. Y aunque se pueden enunciar muchos, sólo habrá que ver unos cuantos ejemplos. Así, Armando Grajales Arrazate dice:

“Describir el perfil del mexicano lo siento insuficiente, pues aunque habitamos un mismo espacio geográfico, son múltiples las delegaciones políticas y sus diferentes colonias, no sólo en cuanto nombres: Lindavista, Roma, Lomas de Chapultepec, Bondojito, etc., sino también en cuanto a comunidades: judía, libanesa, española, china, alemana, francesa, etc., sin contar las H. colonias de cada estado de la República” (50).

No obstante lo anterior, el autor describe la 'caracterología en la vida diaria' o el 'multifacético perfil del mexicano del D. F.', a quien, acorde a una tradición moderna y sin que exista un gentilicio oficial, llama 'defeño' o 'chilango', y proporciona otros elementos que la conforman: Complejos, contradictorios, creadores del albur, "transas, gandallas, prepotentes, presumidos, sabelotodo, chingaquedito, taimados, de 'puntualidad mexicana', fanfarrones, manipuladores, seductores, convenencieros, vergasueñas, rateros, ojetes" (51), educados, "activos, ágiles mentalmente, improvisadores, capaces de organizarnos espontáneamente con iniciativa para lo positivo o lo negativo, nobles, desprendidos, genuinos y tiernos" (52), solidarios y en conflicto con la autoridad.

Para Eugenio Aguirre "si existe una palabra exacta, precisa, pertinente para determinar la posición intelectual y moral del ciudadano del Distrito Federal frente a su entorno y sus circunstancias, ésta es desconcierto" (53). Afirma, además, que el 'defeño' o 'chilango' es violento, reacio, cínico, incrédulo que "ya no cree ni en la madre que lo parió, lo cual es harto significativo en un conglomerado humano matriarcal por excelencia" (54). Aunque practica el humor negro y la necrofilia, intenta cambiar las cosas y en la esperanza finca su existencia.

Según Griselda Álvarez el 'chilango' es demandante, se manifiesta en las calles para presionar a la autoridad, inconforme, desconfiado, incrédulo, politizado, abierto a ejercer su sexualidad y a explorar con droga, habilidoso para agenciarse lo necesario para su subsistencia y ha hecho del comercio ambulante y de la delincuencia actividades para salir de la crisis económica. Así, para quien fuera la primera mujer que gobernó una entidad del país, "el panorama es sombrío porque da un perfil negativo del hombre de la ciudad al entrar el siglo XXI: más inseguro, menos moral, más confuso, con un entorno agresivo" (55). Aunque, dice, le apuesta al optimismo y al humor.

Armando Barriguete, por otro lado, comenta que “todo parece indicar que con la aparición de la tecnología se rompen inveterados patrones de conducta en nuestra sociedad y se marca el inicio de la aparición de un nuevo mexicano” (56) en donde lo principal es la transformación de la familia tradicional y de los roles también tradicionales de hombre-mujer.

Bruno Estañol se pregunta si existe el mexicano y él mismo se responde:

“Como arquetipo no existe. Aunque todos comamos tortillas, y conozcamos a Agustín Lara, María Félix, Diego Rivera y Octavio Paz. El mexicano es un proyecto a futuro. Es un ser que tiene una identidad muy clara en este momento pero eso no es suficiente. El proyecto del mexicano es adquirir mayor energía libre, información cultural y científica, mayores recursos económicos, disminuir la ignorancia y la desinformación, y sobre estas bases, sin abandonar su tradición cultural, insertarse en esa aldea global que ahora es el mundo, con un espíritu creativo y dignidad. Nuestros hijos heredarán nuestras virtudes y nuestros defectos. Heredarán lastres y defectos, habilidades y métodos de supervivencia. Desigualdad económica y cultural, talento pictórico y literario. El verdadero mexicano está por hacerse” (57).

Agustín Palacios afirma que los ‘chilangos’ comparten rasgos de personalidad: Dilución de identidad, desconfianza, irritabilidad, cansancio crónico, depresión y carencia de afecto. Pero también comenta que entre ellos existen diferencias. Escribe:

“Los ricos son todos blancos, muchos nacidos en otras latitudes y todos emuladores de los estadounidenses. Sus costumbres y estilos son réplica caricaturizada de sus homólogos de los países industrializados. Los pobres, las mayorías, transitan por la gran

ciudad con ojos apagados, deprimidos y contando con pocos recursos para descifrar los complejos símbolos de la modernidad y emplearse en su beneficio. Especialmente los marginados, esos que los movimientos sociales arrojaron al borde de su recorrido. Las clases medias, reducidas y proletarizadas, hacen un último esfuerzo por mantener vigentes las tradiciones, las virtudes y los defectos de la mexicanidad. Lo cierto es que, si contemplamos el panorama humano conjunto, hemos de confesar que nos invade un gran desaliento. La vieja Tenochtitlán, orgullo del mexica, del virreinato y del ciudadano hasta hace poco, está en peligro de morir de asfixia y de sed por la voracidad de los moradores y por la incompetencia y deshonestidad de quienes la han gobernado. El futuro se esconde entre siniestras sombras que no nos permiten sonreír por el advenimiento de un nuevo milenio” (58).

Por su parte, Alonso Ruvalcaba escribe que “la pasión más sincera del ‘chilango’ es la imitación ‘snob’, la importación de modas y costumbres extranjeras” (59).

Consolidados o por construirse, reales o ficticios, los mexicanos de la Ciudad de México se manifiestan día con día a través de los calificativos expresados por los estudiosos y de su relación con la muerte. Calificativos y relación que los describen y que, en conjunto, constituyen su misma idiosincrasia, su propia identidad. Idiosincrasia que sin duda alguna ha propiciado la práctica de ciertos comportamientos o acciones específicas que en otros provocan admiración o rechazo. Juan Villoro, por ejemplo, se asombra porque a los mexicanos –y él mismo lo es– les gusta quemar llantas el 31 de diciembre de cada año y afirma que es “un gusto irrenunciable y difícil de entender, como las carcajadas de quijada batiente que de pronto reaniman los sepelios” (60). Dice, además, que la idea que los mexicanos tienen de lo entretenido resulta preocupante y que es complicado explicar esas actitudes de “tomarse las manos para

recibir toques eléctricos en íntima cadena, comprar un excremento de barro o comer la calavera de azúcar con el nombre de un tocayo” (61).

Este asombro de Juan Villoro permite ejemplificar el carácter contradictorio que determina la idiosincrasia de los mexicanos. Ríen y lloran con facilidad. Su risa no siempre es de alegría ni su llanto de tristeza. Le cantan al amor y al desamor. Creen en la ‘Familia’ y forman varias familias. Exigen monogamia y ofrecen adulterio. Son solidarios pero también egoístas y envidiosos. Se saben ingeniosos pero no se reconocen sabiduría alguna. Quieren conocer el mundo pero el ‘síndrome del Jamaicón’ no los abandona. ‘¡Viva México, cabrones!’ es su grito de batalla pero el ‘síndrome de la Malinche’ tampoco los deja. Festejan a la muerte y a la muerte le temen. Se creen irreverentes y lo solemne les aflora. En entrevista con Rafael Ortiz Habib, el actor Héctor Suárez Gomís lo dice con claridad:

“México es un país raro, pregúntale a Hugo Sánchez, a Julio César Chávez. Cuántos no fueron felices el día que perdió Julio y aún lo son ahora que saben que su carrera se ha acabado, aun cuando le deben dinero y tuvo que boxear porque tenía necesidad. Se nos olvida lo mexicanos que nos sentimos cuando le ganó al *Macho* Camacho. Somos un país de envidiosos, a nadie le gusta que los demás crezcan, nos sentimos poco. (...) Pregúntale a Carmen Salinas si se ha reído del fallecimiento de su hijo. Somos demasiado solemnes y siempre andamos pretendiendo ser lo que no somos. Mi fin es lo único seguro que tengo” (62).

El actor habla desde su propia perspectiva y experiencia. Puede o no estar equivocado, lo que sí es cierto es que la propia sabiduría popular mexicana dice que ‘cada quien habla según le ha ido en la feria’. El maestro Enrique González Pedrero en sus clases de sociología afirmaba que si en verdad se quiere conocer y comprender a un pueblo, se debe empezar por conocer y comprender los dichos, proverbios y adagios de

ese pueblo, ya que en ellos se sintetiza su sentir, su ver, su sabiduría. Entonces, para conocer a los mexicanos hay que conocer los dichos populares mexicanos. Y, según los mismos mexicanos, 'como en botica, hay para todos los gustos y para todas las necesidades'. Y, obviamente, estos gustos y necesidades son contradictorios, como contradictoria es la propia idiosincrasia de los mexicanos. Sólo habrá que ver que por un lado dicen que 'a quien madruga, Dios lo ayuda'; pero por otro afirman que 'no por mucho madrugar amanece más temprano'. Pero, a decir verdad, esta contradicción no importa en demasía, al final los mexicanos, todos, se entienden. Así han vivido y sobrevivido; así vivirán y sobrevivirán. Como también han vivido y sobrevivido en la Ciudad de México aprendiendo día a día de su encuentro con la muerte ya que, sin lugar a dudas, esta urbe enseña a vivir muriendo. O como irónicamente dice el escritor Raúl Villegas Dávalos en el sentido de que "morimos tantas veces de angustia en esta ciudad (de México), que la muerte deja de ser importante... siempre y cuando se trate de la ajena" (63).

Capítulo III

Prácticas funerarias

III.1. Rito judío

Jacobo Sefamí cuestiona: “¿Ustedes sabían que la fundación ‘oficial’ de la comunidad judía de México se debe a la muerte?” (1), y él mismo responde afirmativamente y explica:

“La comunidad era muy pequeña y ya rezaban en casas, cuidaban kosher, con shojet y rabinos, y todo lo demás, pero no había ninguna asociación que los reuniera a todos. Entonces, se murió una señora y se vieron en la dificultad de que no tenían un cementerio donde hacer el entierro, de acuerdo a las costumbres. Fue así como se fundó Monte Sinaí en 1912: para juntar fondos que sirvieran para comprar un terreno” (2).

A partir de ese momento han creado otras instancias de ayuda, educación y crecimiento. Por ejemplo, en 1938 se constituye el Comité Central Israelita de México “como una asociación pro-refugiados judíos de Europa, (a fin de) dar respuesta a las necesidades de cohesión y representatividad política de los sectores comunitarios que provenían de las diversas regiones del mundo, asegurar la unidad y una vida comunitaria e integral, cimentar vínculos y abrir canales de comunicación con las instituciones más representativas de México” (3);

y en 1944 nace Tribuna Israelita que congrega a “profesionistas y voluntarios para promover el diálogo con los líderes del país, implementar proyectos con instancias nacionales, además de contar con un proyecto editorial que genera información verás y objetiva sobre el judaísmo como sistema religioso, ético y filosófico, sobre la presencia judía en México y acerca del racismo, fomenta la reflexión colectiva, entre otros” (4). Otras instituciones son el Beth Israel Comunita Center, el Centro Deportivo Israelita, la Comunidad Ashkenazi, la Comunidad Bet-El de México, la Comunidad Maguén David, la Comunidad Sefaradí, la Federación Mexicana de Universitarios Judíos, la Asociación Mexicana de Amigos, el Grupo Retorno y Kadima, la Universidad Hebrea y la Federación Femenina.

Aunque la presencia de los judíos en México se remonta a la época del Descubrimiento de América (siglo XV) y a la Conquista Española (siglo XVI), no es si no hasta el siglo XX cuando se conforman realmente en una comunidad. En la actualidad a esta “comunidad judeomexicana”, como ellos mismos se llaman (5), la integran 40 ó 50 mil personas, aproximadamente, y está ubicada principalmente en la Ciudad de México y su zona conurbada con el Estado de México; y siguiendo a Jacobo Sefamí se puede identificar su vida cotidiana, su interrelación al interior de ella misma y su convivencia con los Goi (persona no judía). Así, narra la vida familiar, con sus pleitos y apoyos; la vida comunal, con sus acercamientos, envidias, costumbres; el dolor que se siente al darse cuenta que un ser querido ha muerto; la parálisis provocada por no saber qué hacer; la inmovilidad que se vive por estar en víspera de Rosh Hashaná (fiesta de año nuevo) y Shabat (día del descanso); la preponderancia que tienen hacia el negocio y el trabajo por encima del estudio; sus visitas a los estadios de fútbol y de béisbol; los tragos, sus idas a restaurantes y el gozo sentido al escuchar ‘Las Mañanitas’; la vida en las colonias Roma, Polanco, Tecamachalco y Bosques de las Lomas; los negocios en ‘La Lagunilla’ y la ‘Zona Rosa’; las bodas por acuerdo de los padres; la dote; la virginidad femenina; la descomposición familiar;

la experiencia en el Kibutz; la modernidad en el Knis (Sinagoga); los amores y los odios entre ellos; la experiencia con drogas y con otras manifestaciones culturales y religiosas; sus contradicciones e indecisiones; su poca o mucha religiosidad. Es de resaltar la visión que tienen de conservar sus tradiciones y de no aceptar fácilmente la interrelación racial y cultural; así como de recibir y dar ofensas. Por ejemplo, dice:

“Vivíamos en un edificio de seis pisos en la calle Álvaro Obregón. A veces salíamos a jugar al gran camellón que había en esa avenida y cuando teníamos suerte nos llevaban a la glorieta del Ajusco donde se podía rentar bicicletas y triciclos. Nuestros amigos eran unos primos segundos que vivían en el mismo edificio. Unos vecinos de familia italiana nos retaban: -¡Pinches judíos, cabrones! ¡Ustedes mataron a Cristo! Y comenzaban las peleas y los golpes. A mí me daba miedo salir de la casa por temor a encontrarme con ellos” (6).

También describe el asombro inyectado con un mucho de no aceptación, porque alguien contraería matrimonio con una Goi, a quien inclusive en un caso específico llaman Sharmuta (prostituta) e invitan a besar la mano de la mujer que se ha expresado así de aquella otra mujer no judía. Asimismo, escribe sobre el desconocimiento que los no judíos tienen de sus costumbres, del asombro que les provoca y de la orientación de muchos judíos hacia lo ortodoxo:

“Sentados en el piso, viendo las sillas vacías frente a nuestros ojos, volvimos a sentir soledad y desamparo. Un muchacho llegó con un ramo de flores enorme. Se trataba del envío de Miguel Caso, un compañero de la nueva orquesta que se estaba formando. Aunque los claveles blancos despedían un aroma muy agradable, Jaime dijo que había que tirarlos a la basura. Abram quiso guardar el ramo en uno de los cuartos de arriba, para no desairar a Miguel, pero Jaime no se dejó convencer, *‘cuando venga, si te pregunta dónde están las*

flores, le explicas que eso no se acostumbre entre nosotros, él lo va a entender'. Justo a la media hora llegó Miguel. Estaba extrañado por las camisas desgarradas, el mal olor de nuestros cuerpos, los pelos de la barba y el cabello grasoso. Miguel había conocido a papá hacía unos siete años en un centro nocturno donde se bailaba salsa. En esa ocasión, papá iba con la tía Rosa y la cadencia de ambos al bailar había hecho que la gente hiciera un círculo en la pista para admirarlos. Miguel tocaba la conga, y eso le sirvió de pretexto para mencionarle a Abram y a su grupo musical, por lo que la amistad que había hecho se la debían a papá. Ahora Miguel traía una guitarra. Nos dijo a todos, 'si me permiten, quiero tocar unas canciones que le encantaban, para recordarlo con gusto'. Jaime se alarmó, y le dijo con cierta brusquedad, 'perdone, pero eso está totalmente prohibido, no se puede; nosotros no vamos a poder escuchar música durante un año porque sería una falta de respeto ante la memoria de nuestro padre'. Miguel guardó silencio por cortesía, pero antes de irse comentó a Abram, 'si a tu papá le encantaba la música, ¿por qué va a ser una falta de respeto recordarlo con lo que a él le complacía? Hay que hacerle caso al corazón y no sólo a la fe. ¿Y tú no vas a poder trabajar en un año?' Abram le explicó, 'ése es mi trabajo, a mí sí me está permitido; además, como sabes, yo no soy muy religioso. Cumplí con la semana de luto y, de pilón, me voy a seguir con el día del perdón, pero hasta allí llegué. Mis hermanos son los que, de repente, se pusieron muy mochos; quieren cumplir todo el luto al pie de la letra, aunque no creo que se hagan kosher, ni que observen las prohibiciones del sábado'" (7).

Mochos o no, modernos o conservadores, ricos o no, el autor fotografía las pocas diferencias que existen entre ellos; inclusive sus coincidencias en el plano familiar y cultural, en su comportamiento cotidiano:

“Eso fue lo último que vi. Me llevaron con mis primos, los Hanono. Era una familia más rica, con casa grande en Polanco. Pero eso no los diferenciaba de nosotros, porque las costumbres y la comida eran idénticas. Lo que sí me impresionaba era cuando se peleaban. Allí no había golpe al hombro para intimidar al menor; sino que con la mano abierta se pegaban en la espalda y los impactos resonaban por los techos altísimos que sostenían la gran lámpara de cristal” (8).

En el caso concreto del ritual que esa comunidad sigue al momento de la muerte de uno de sus miembros, Jacobo Sefamí, de principio, dice:

“La tradición judía valora la vida. La Torá fue dada al Pueblo de Israel para que viviera a través de sus enseñanzas y no para que muriera por ellas. Las leyes en la religión y prácticas refiriéndose a la muerte y el luto están basadas en dos puntos principales: 1) el honor y respeto cumplido a un ser humano ya sin vida; 2) el interés mental, emocional y espiritual hacia los deudos; el requerimiento de extenderles ánimo y consuelo a ellos” (9).

A partir de aquí se puede conformar una guía o manual sobre el rito judío realizado por la muerte de uno de ellos, mismo que al parecer los jóvenes no conocen y lo aprenden sobre la marcha. Jacobo Sefamí lo describe claramente:

“En el patio de la entrada, nos habíamos quedado a la espera de un ritual que nos era totalmente desconocido. Pasaban los minutos, pero no atendíamos el reloj. Obedecíamos a los de la Jebrá (cofraternidad sagrada encargada de los preparativos y entierro del difunto) convencidos de que lo único que se podía hacer era respetar las costumbres legendarias de la comunidad” (10).

El deseo de apegarse a las costumbres es incuestionable, lo que varía un poco son precisamente estas costumbres. El autor narra la historia de una familia judía de clase media que vivió en la Colonia Roma durante la segunda mitad siglo XX y su eje central es la muerte y entierro del padre de esa familia. Empieza en el momento del fallecimiento, con las escenas de dolor de los familiares, principalmente de la esposa, y el no saber qué hacer. Y quien no sabe, pregunta, y la familia consultó. Pero las respuestas y orientaciones que recibió sobre la misma situación fueron contradictorias. Escribe:

“Ni Jaime ni ninguno de nosotros sabíamos qué hacer. El primo Elías Hanono llamó por el celular desde la fábrica. *‘Ecúchame, Jaime. No se queden así. No puede estar descubierto. Ciérrale los ojos, acuéstalo en el piso y tápalo con una sábana. Tienes que hacerlo tú, porque eres el mayor. Consigan dos velas y las ponen al lado de la cabeza. Le voy a hablar a Teófilo Buzali, el de la Jebrá’*. Jaime, reaccionando, idiotizado, con voz tenue. *‘¿La Jebrá?, ¿qué es eso de la Jebrá? No, mejor háblale a León Hamui, él se las sabe de todas todas y nos va a decir qué hacer’*. Pero el primo insistía. *‘No, Jaime, yo sé lo que te digo, no te preocupes’* (11).

Y continúa:

“Habla Teófilo Buzali, shafalcon (que Dios te consuele). Mira, roji (mi alma), calma a tu mamá, tranquilícense. Ahorita no vamos a poder hacer nada. No lo vamos a poder enterrar. En fiestas se para todo. Además es Shabat (día de descanso). Tu primo Elías te dijo mal. No pueden ni ponerle velas ni acostarlo en el piso; lo van a tener que bajar al refrigerador, roji. Yo voy a arreglar todo con los del hospital. Ustedes ya váyanse a su casa. Dile a tu hermano Beni que arregle el acta de defunción de una vez. Allí la llenan. Mira, no le pueden avisar a nadie. La verdad es que por algo se murió hoy;

es una fecha sagrada, en vísperas de Rosh Hazaña (fiesta de año nuevo) y también de Shabat" (12).

Para los judíos el entierro se deberá llevar a cabo lo antes posible y es costumbre que las mujeres no asistan al Bet hajaín (cementerio o, en su traducción, 'casa de la vida'). Además, está separado por secciones (hombres, mujeres, niños) –sólo se permite que una familia sea enterrada junta cuando murió por un accidente- y las tumbas se asignan conforme son programados los entierros en una actitud de igualdad ante la muerte. Consideran la separación cuerpo–alma como real. Jacobo Sefamí escribe que "el cuerpo de papá había dejado de ser papá; se había convertido en un cadáver" (13), el cual "no era más que un bulto envuelto en una sábana blanca" (14). Asimismo, se pregunta qué es el alma. A lo cual responde que "es la mente, la conciencia, el conocimiento, la memoria, todo eso abstracto compone el alma. Y eso no muere. Eso se eleva al cielo, al Olam habá (mundo que vendrá después de la muerte) y sigue conectado a ustedes, a sus hijos y a sus nietos" (15). Por ello, el autor dice más adelante que "*papá no se murió; su alma seguirá viva hasta la eternidad. Lo tienes que seguir respetando, aunque su cuerpo no esté con nosotros*". Abram lo miraba con incredulidad, *'tienes razón, aunque papá seguirá vivo, mientras nosotros tengamos memoria; ¿sabes cuándo se va a morir, de verdad? Cuando nadie se acuerde de él; esa es la verdadera muerte'* (16).

Pero antes de que se presente esta 'verdadera muerte', los judíos al igual que todo ser humano enfrentan la situación de qué hacer con el cadáver inerte de un ser querido, cómo comportarse, qué decir y hacer en esos momentos de dolor, que para ellos, se puede afirmar, se alarga un año, tiempo que les dura el luto. A los dolientes antes del entierro se les llama Onen, y después de este Avel. El Onen puede comer antes del sepelio pero no carne ni beber vino, no se debe rasurar ni bañarse, ni comer o fumar en la misma habitación en donde se encuentre el difunto. No puede unirse a otras nueve personas para el minián (mínimo requerido

de diez hombres para llevar a cabo los rezos de forma colectiva) y recitar cualquier oración, ya que está libre de decir kadish (oración para santificar y glorificar a Dios), a menos de que no hubiese otras personas que lo dijeran por algunos de los deudos. El Onen antes del entierro tiene permitido salir de su casa para hacer los arreglos necesarios sobre el mismo. La keriá (romper ocho centímetros la camisa o vestido cerca del cuello, a lo largo, no a lo ancho) en los hijos es del lado izquierdo, frente al corazón; en los demás familiares es del lado derecho. Al momento de la keriá, los avelim dirán "Baruj atá Adonai elohenu mélej haolan dayán haemet (bendito seas tú, señor nuestro, rey del universo, juez de la verdad)". Después se quitan los zapatos de piel y permanecerán así siete días, sentándose en el suelo, con los espejos tapados y sin figuras de adornos en donde se rezará. Jacobo Sefamí escribe:

"El avel no podrá saludar a nadie, ni abrazar, ni besar durante los primeros tres días, ni responder cuando lo saluden en ese mismo lapso de tiempo; del tercer al sétimo días no podrá saludar, pero sí podrá responder a los que lo saluden. En Shabat, el avel sí saludará, diciendo Shabat shalom. El avel no saldrá de la casa donde estén sentados durante los siete días. En caso necesario (por ejemplo, salir a dormir en la noche), saldrá acompañado y con una prenda sobre el hombro. No se debe llorar demasiado por un muerto. Nuestros sabios nos ordenan regirse como sigue: tres primeros días de llanto, siete días de tristeza y lamentaciones y treinta días para cortarse el cabello. En los siete primeros días, el avel no podrá hacer ningún tipo de trabajo o negocio por medio de otra persona, aun si ésta no fuera judía. El avel que tenga un negocio en sociedad, deberá consultar con el rabino de la comunidad. El avel no podrá bañarse todo el cuerpo, aun con agua fría; solamente podrá lavarse la cara, las manos y los pies con agua fría; la mujer no podrá maquillarse. El avel no podrá quitarse la ropa rota, y tampoco cambiarse las demás vestimentas. No se

tendrán relaciones matrimoniales; asimismo, la mujer en luto no asistirá a la tebilá (baño ritual de purificación que hacen las mujeres después de menstruar y antes de una boda) en estos días. El avel no podrá estudiar la Torá" (17).

El autor sigue:

"En estos días hay que abstenerse de todo tipo de alegrías, como escuchar música, ver televisión, escuchar chistes, así como cargar a un bebé para jugar o besarlo. El avel por padre o madre no debe participar en ninguna fiesta durante un año y por los demás seres próximos durante treinta días. Esto significa que le está prohibido estar presente en las fiestas, aun si no participa en la comida; tampoco podrá ir a comidas de mitzvá (obligación de hacer buenas obras y cumplir con los 613 mandamientos de la Torá) y banquetes de amigos. Deben evitarse, asimismo, los viajes y las excursiones, si son de placer o de recreo, aun si no se sale en grupo. El avel no se puede casar durante el primer mes. Pasado el mes, puede casarse, aun si se trata de avelut (luto) por padre o madre; se prepara comida de boda y debe alegrarse. El darush (acto para conmemorar al difunto) se llevará a cabo durante la semana de duelo. Es preferible que se lleve a cabo en la casa donde se realizan los rezos. En algunos casos especiales, se puede hacer en la sinagoga. El avel podrá salir, siempre acompañado, llevando una prenda al hombro" (18).

Y abunda:

"Unos momentos antes del horario de prender las velas de Shabat, los avelim se levantarán del suelo, se pondrán zapatos de piel y se cambiarán la vestimenta rota. Las leyes del avelut no rigen en Shabat para las cosas que están a la vista (como la ropa y los zapatos). En cosas que no están a la vista (como bañarse y tener

relaciones conyugales), las leyes del avelut siguen vigentes aun en Shabat. Si el séptimo día cayera en Shabat, la visita al Bet hajím se hará al día siguiente" (19).

Los integrantes del Jebrá preparan el cuerpo, le hacen la Tahará (purificación mediante el lavado), lo envuelven en una mortaja blanca, le rellenan los orificios de la nariz y los oídos, los ojos los cubren con tierra y en la mandíbula colocan gasa. También llevan el ataúd, simple, de pino, para ser reciclado. Después, los hijos se despiden de él, uno a uno, dicen Mejilá (perdón) y le besan la mano. No pueden ver la cara del muerto porque se considera Jaram (pecado). En el cementerio la tumba contará con unos cuarenta centímetros de profundidad y el cuerpo, sin ataúd, se debe colocar con los pies hacia la salida del cementerio. Se tapa la tumba. De regreso al hogar, se regala la ropa del difunto a los pobres, con excepción de los zapatos, ya que existe una vieja superstición de que no se debe pisar el mundo con los zapatos de un muerto. La casa que está de luto se debe visitar una o tres veces, ya que dos se considera de mala suerte, y más de tres sólo los religiosos y los familiares más cercanos.

Los judíos también ven de manera especial a los niños. Ellos, cuando mueren, van directo al cielo. Ellos, cuando muere algún familiar, no llevan luto, pueden hacer su vida normal, sin restricciones.

Según Michael Keene, para los judíos "la vida es un don de Dios y la muerte es una triste pero inevitable conclusión de la vida" (20); y, por lo mismo, este último "es un intruso que no es bienvenido en el hogar" (21). El autor aporta elementos a considerar en el rito sobre la muerte: El rabino no debe estar presente en la agonía del moribundo; el cuerpo del difunto se envuelve en su tallit (túnica que usaba en vida durante la oración); dentro del ataúd se coloca tierra santa para que encima de ella descansa la cabeza del difunto; en el camino a la tumba quienes cargan el ataúd con el cadáver se detienen siete veces para recordar los siete

pecados capitales; cuando el ataúd baja a la tumba los dolientes le echan tierra en un ánimo de ver hacia el futuro; con el entierro el difunto inicia su viaje hacia la eternidad; y con el duelo los sobrevivientes regresan ordenadamente a la vida normal, plenamente concientes de que, según palabras de un rabino, "las observaciones tradicionales judías relativas a la muerte y al luto cumplen con el propósito múltiple de recordar al fallecido, honrar su memoria exaltando en nombre de su alma al Creador y confortar a los enlutados. Quiera Dios que, a través de la observancia de los rituales fúnebres destinados a la honra y el respeto debido a los seres humanos sin vida, Él torne realidad el versículo que dice: Él suprimirá la muerte para siempre, el eterno Dios limpiará las lágrimas de cada rostro" (22).

Este ritual se realiza en medio de la libertad que se vive actualmente en la Ciudad de México, sobre todo para la práctica religiosa, misma que no siempre ha existido. Hay que recordar que el Santo Oficio, como estructura reconocida oficialmente, acompañó a la historia de México durante 250 años -de 1571 a 1820-, tiempo en el cual se realizaron infinidad de juicios con sus respectivas condenas. Uno de los más célebres fue el de Luis de Carvajal, acusado de judaísmo, en el cual murieron siete personas en la hoguera y una en el garrote vil. Hoy, en pleno siglo XXI, la relación judíos-católicos, además de importante, sigue sin ser explorada y, tratándose de fanatismos, difícil. A pregunta expresa de Beatriz Pagés sobre los criterios con los que El Yunque -organización de extrema derecha católica- recluta a sus integrantes, Álvaro Delgado declaró:

"No cualquiera puede ingresar a la organización. Los proyectos de militantes de El Yunque son sometidos, en primer lugar, a una observación minuciosa, para verificar si cumplen con los requisitos, esto es, ser jóvenes que profesen la religión católica. En segundo lugar, que no sean divorciados. Tercero, que no sean judíos; es una organización antisemita, que nació para combatir lo

que ellos consideraron, en su momento, la conspiración judeo-masónica comunista" (23).

Para fortuna de los mexicanos, no todo es intolerancia. Hay avances y como metrópoli cosmopolita que es, la Ciudad de México ofrece a sus habitantes la posibilidad de crecer y comportarse respetando y reconociendo al otro, a los otros. En un juego dialéctico, aceptan a los otros para que estos los acepten a ellos. Y esta aceptación se da tanto en su papel de entes sociales como de entes particulares. Y aunque vivan en mundos diferentes, sobreviven día a día compartiendo el mismo espacio territorial, y coincidiendo en la necesidad de aceptarse a sí mismos y a los demás.

III.2. Rito musulmán

En el Islam, nacer y morir son dos facetas vinculadas entre sí. La primera trae felicidad y la segunda deja dolor y tristeza. Ambas están sujetas a normas específicas contempladas en el Corán y en la Sunn (tradición del Profeta Muhammad), y en el caso concreto de la muerte existen formalidades que en conjunto conforman una guía o manual (1):

- Bañar el cadáver;
- Rezar;
- Sepultar el cuerpo;
- Dar el pésame a los deudos;
- Visitar el cementerio; y,
- Hacer el testamento.

Los seis aspectos anteriores dejan entrever que el musulmán durante su vida debe programar su propia muerte a fin de que esta sea lo menos traumática para él mismo y para sus seres queridos. En el campo de lo óptimo, antes de morir se deben saldar deudas, despedirse de los seres

cercanos, testamentar los bienes, recomendar y aconsejar a los descendientes sobre lo importante. Las honras fúnebres, por su lado, están relacionadas con la existencia de funerarias y cementerios estrictamente musulmanes, y según el Profeta Muhammad, la salvación sólo se alcanza si el muerto cuando vivía realizó más acciones de bien que de mal, y además al morir:

- Dejó una obra piadosa en funcionamiento, a título personal o comunitario (asilo de ancianos, escuela, mezquita (Masyid), entre otras);
- Legó una obra científico-educativa (invento al servicio del bien común, en pro de la ciencia y del progreso humano); o,
- Procreó un hijo virtuoso que no dejará de implorar el perdón divino para sus padres y, al mismo tiempo, se haga cargo de las deudas económicas que hayan dejado.

Para el Islam estos son los únicos hechos que pueden seguir beneficiando al fallecido en la otra vida. Además, deberá existir un testimonio documental de trascendencia que el musulmán debió hacer en vida, su Testamento (Uasíia). Este documento debe comprender dos aspectos importantes: Las deudas en favor y en contra; así como la división de su herencia, garantizando la equidad entre sus herederos, de acuerdo a los preceptos islámicos establecidos. La legislación islámica contempla que en ausencia de un registro de última voluntad o de un escribano o notario, el moribundo puede redactar el testamento de puño y letra, y atestiguar delante de quienes merecen su confianza el contenido del mismo. Si se vive en países no islámicos se debe equiparar en lo posible lo establecido en la legislación islámica (Sharia), con lo estipulado en la ley civil vigente del país en cuestión. En caso de que no exista un tratado entre la comunidad islámica y el país respectivo, se ajusta el testamento con la jurisprudencia islámica. La división de los bienes que se deja, la designación e identificación de herederos, la liquidación de deudas y la concesión de donaciones y usufructos, son

temas que atañen tanto al muerto como a los vivos y, por tanto, pueden ser motivo de discrepancias entre los herederos. Los aspectos más significativos del testamento en la jurisprudencia islámica son:

- Padres y cónyuges son herederos forzosos, contrariamente a lo establecido en algunos códigos civiles, es decir son herederos legítimos: esposa/o, padre, madre e hijos o nietos en ausencia de sus padres;
- La distinción de uno o más herederos es nula en el Islam, o sea, no hay privilegios para algunos en la herencia, aún siendo mencionado y confirmada en el testamento; y,
- Salvar las deudas del fallecido tiene prioridad antes de la división de los bienes. Es decir, primero pagar sus deudas, luego dividir la herencia.

El Imám Ahmad afirma que el Profeta Muhammad dijo que “el alma del creyente fallecido permanecerá encadenada hasta que sus deudas económicas sean saldadas”. Entonces, pagar las deudas del difunto, descontándola de su herencia o bien cargándola a cuenta de sus hijos, tiene prioridad y supremacía en el Islam. La división de libre disposición (dedicar parte de la herencia a donaciones, a personas ajenas y/o a instituciones benéficas o culturales) es posible, siempre y cuando no supere un tercio de la herencia. El derecho de usufructo no tiene validez después de la muerte del testador. Ninguna persona puede disfrutar de un derecho en detrimento de los intereses de los demás herederos. En ausencia de los padres del fallecido, los abuelos del mismo heredan la cuota de sus hijos, y en ausencia de un hijo heredarán los nietos (hijos del desaparecido) la cuota de su padre (la que no excederá de un tercio de la herencia). La mujer heredará un octavo de la herencia y en caso de no existir otros herederos aumentará a un cuarto. Asimismo, consideran que la misión fundamental de los amigos y allegados es advertir a los familiares de la importancia del testamento en caso de existir éste y de la importancia de dividir la herencia cuanto antes, para evitar

discrepancias entre los beneficiarios. Aclararles que repartir la herencia de acuerdo a los preceptos islámicos es en beneficio de todos, conservando la unidad de la familia.

Según el Corán, la esposa del muerto deberá esperar cuatro meses y diez días ('Idda), antes de volver a contraer matrimonio, ello a fin de asegurarse no estar embarazada. En caso de estarlo y si llegare a ser mamá, el hijo tendrá idéntico derecho que sus hermanos en la herencia de su padre. Además, creen que este tiempo le servirá para meditar su futuro y el de su familia.

Respecto a una persona enferma en agonía, consideran que es preferible sea acompañada de sus parientes más cercanos y queridos, con el propósito de escuchar sus últimos deseos y recomendaciones, tranquilizarlo y animarlo. La enseñanza islámica no acepta acciones y gestos por parte de los asistentes que puedan motivar el desánimo del moribundo. Cualquier acto o frase deberá ser lo más discreta posible, pues nadie conoce si el enfermo morirá o se recuperará. El cambio de postura del agonizante, o sea orientarlo hacia la Qibla (Meca), o recitar versículos del Corán ante él, no tienen sustento en la jurisprudencia islámica (Sharía), aunque no es reprochable hacerlo. Mencionar la Profesión de Fe (Shahada) en voz baja, es un hecho permitido.

En el momento posterior al óbito (último suspiro, cuando el alma abandona al cuerpo o momento de la muerte), se deberá subir la mandíbula del cadáver, pasar la mano de arriba hacia abajo sobre sus ojos para cerrar sus párpados y cubrirlo con una prenda o trozo de tela.

Respecto a informar de la muerte, el anunciarla lo más rápido posible de acuerdo a las formas y circunstancias en que se vive, a través de los medios de comunicación o de los miembros de la comunidad, para los musulmanes es lo más indicado. Se debe comunicar de manera oficial a

las autoridades competentes para preservar los derechos del fallecido y de sus herederos.

Es necesario conocer si el muerto transmitió sus últimos deseos a su cónyuge o a sus hijos o a cualquier otra persona, referente a su entierro o a otro asunto. Todo tipo de deseo factible de cumplir sin estar en contra de los principios islámicos, deberá intentar realizarse.

Trasladar el féretro hasta otra ciudad va en contra de sus preceptos, por lo que es aconsejable enterrar a un musulmán en el cementerio de la localidad donde murió. Hacer de su tumba un monumento tampoco es aprobado, ni construir una mezquita o algo fastuoso sobre ella. Una vez obtenido el certificado de defunción y el permiso de inhumación, se prepara el cuerpo según el ritual islámico, que consiste en:

- Bañarlo (Gusul);
- Amortajarlo (Takfín);
- Ceremonia religiosa (oración y honras fúnebres); y,
- Sepultarlo.

Bañar al muerto antes de proceder a amortajarlo y enterrarlo es un precepto islámico, y el realizarlo es una obligación de la comunidad (Fard Kifaia), es decir, si alguien lo cumple, el resto quedará exento. El objetivo del baño es hacer el cuerpo presentable ante aquellos que lo despedirán y por ser un ritual tendrá que seguir dos reglas:

- Encomendar el proceso del entierro a una entidad conocedora de las reglas del bañado, del amortajamiento y del entierro, evita las iniciativas inadecuadas e inoportunas. Por ello, es conveniente que la comunidad musulmana tenga su funeraria propia. No obstante, dada la simplicidad de la tarea cualquier musulmán puede hacerse cargo del funeral, siempre y cuando reúna estas condiciones:

- Ser una persona digna de confianza (para no revelar lo que viera de las intimidades físicas del fallecido);
- Ser del mismo sexo del fallecido (excepción hecha para el cónyuge y para los menores); y,
- Ser conocedor de las reglas rituales fúnebres. Si esta persona es de los familiares más cercanos tendrá prioridad sobre los demás. En todo caso, dicen, quien baña a un difunto será bien remunerado por Dios. El Profeta Muhammad dijo que “quién bañe a un difunto y guarde sus secretos, Dios le perdonará y bendecirá”.
- Es preferible que la persona encargada de la ablución fúnebre, se haya hecho una ablución previa, así estará física y psíquicamente en condiciones de realizar el baño.

Propiamente el baño ritual se inicia diciendo: Bismillah Ua 'Ala Millati Rasulillah (En el nombre de Dios, y acorde a las enseñanzas de Su Mensajero).

Se cubre el cadáver con una prenda o trozo de tela y se lo despoja de sus ropas. Durante el proceso de lavado, quien bañe procurará no dejar al descubierto ninguna parte del cadáver, si no fuese necesario, para cumplir con la tarea. El baño consiste en duchar y limpiar el cadáver, hacerle la ablución menor (Udú) y secarlo con una toalla limpia.

El proceso empieza con una presión con las palmas de las manos (enguantadas) sobre el estómago del fallecido, para provocar la evacuación de los excrementos retenidos en el último tramo del intestino. Se limpia la zona con agua y jabón, luego se limpia todo el cuerpo como en cualquier baño. Se podrá repetir este procedimiento tantas veces sea necesario para la buena limpieza. Después se procede al Udú -ablución normal- (es la ablución que se realiza antes de las oraciones), pero sin necesidad de enjuagar la boca ni la nariz. Se ducha el cadáver de arriba hacia abajo, comenzando con dejar escurrir

abundante agua sobre la cabeza, luego sobre el lado derecho del cuerpo y por último sobre el lado izquierdo. Se seca el cuerpo, se peina el cabello y se perfuman ambos.

Cuando no existen las condiciones para bañar al difunto, ya sea por falta de agua, temor a destrozar el cuerpo por quemaduras o accidente, por ausencia del cónyuge y de otra persona de su sexo, los musulmanes recurren al Taïammum (mundificación alternativa, o ablución seca). Es decir, quien baña pondrá sus manos (palma abajo) sobre cualquier superficie seca, preferentemente suelo arenoso, tierra o simplemente sobre una alfombra o algo similar y las frotará sobre la cara y las manos del fallecido.

Puede darse el caso de no encontrarse más que una parte del cuerpo debido a muerte por explosión, terremoto o guerra, entre otros aspectos. Si eso sucede, se le dará el mismo tratamiento de cadáver normal.

Después viene el amortajamiento que también es Fard Kifaia. La mortaja es una prenda o trozo de tela de extensión suficiente para envolver todo el cadáver, preferentemente de color blanco. La tradición recomienda utilizar tres paños (sudarios), uno tras otro, para el hombre, y dos paños más tres elementos complementarios para la mujer. Los musulmanes advierten contra el encarecimiento y la ornamentación. Estos paños, a pesar de que deben ser nuevos, deben también ser de tela normal y común (ni seda ni cualquier otro tejido costoso).

El musulmán de sexo masculino se amortaja de la siguiente manera:

- Se extienden los paños o sudarios unos sobre el otro, de modo que el primero en extenderse de ellos, sea el más amplio;

- Se traslada el cadáver (recién bañado) cubierto con una tela, hasta donde están extendidos los paños y se le coloca sobre ellos;
- Se comienza doblando el paño superior, cubriendo la parte del cuerpo del lado derecho, luego se dobla el resto sobre la izquierda del cuerpo, de modo que éste quede cubierto con el primer paño. Se realiza el mismo procedimiento con los restantes paños.
- Se ajustan estos sudarios al cuerpo con trozos de tela en forma de hilos. Los que se soltarán al ser depositado en la tumba. Al final se perfuman los sudarios.

La mujer musulmana se amortaja usando, en la medida posible, cinco elementos:

- Una falda o trozo de tela que ceñirá sus muslos;
- Una camisa larga o camisola; y,
- Un velo que cubrirá su cabeza y dos paños que cubrirán el cadáver, los que se atarán al cuerpo, y soltarán sus ataduras en la tumba (de forma similar a la del hombre).

Terminada la tarea se deposita el cadáver dentro de un féretro para facilitar su traslado hasta el cementerio. Aconsejan que el ataúd sea sencillo, evitando gastos superfluos, y al mismo tiempo sea lo suficientemente fuerte para ser utilizado otras veces. Estando en países no islámicos, donde existen normas y legislaciones que obligan a mantener el cadáver determinado tiempo antes de sepultarlo, se permite escuchar un sermón o un comentario que les haga recordar sus deberes ante Allah y el prójimo. También es correcto leer o escuchar la recitación del Corán. Es decir, aprovechar el tiempo comprendido entre el amortajamiento y el entierro con algo que los musulmanes consideran útil, en lugar de pasar el tiempo haciendo algo que ellos también sientan impropio para el momento.

Es importante tener presente que en el caso de muerte por catástrofe y no disponerse de sudarios suficientes, se amortajarán dos o más cadáveres con un sólo sudario y también se podrán enterrar en una misma tumba. Advierten además sobre el uso de velas o cirios alrededor del cadáver, ya que esto no es costumbre islámica.

La plegaria fúnebre, definida también como un Fard Kifaia, consiste en los siguientes pasos:

- Takbirat ul Ihrám (de apertura) Allahu Akbar, seguida por la recitación de Al Fátiha;
- La segunda Takbira, seguida por Salat ul Ibrahimía;
- La tercera Takbira, seguida por una súplica por el difunto. Y,
- La cuarta y última Takbira, seguida por una súplica general o amplia. Y finaliza la plegaria con una o dos Taslima (Assalamu 'aleikum).

Esta plegaria se realiza de pie (calzado, si no se estuviese en un piso alfombrado), sin Ruku' (inclinación) ni Suyud (prosternación), y puede llevarse a cabo en una mezquita, en un salón, en el solar del cementerio (dedicado a la oración funeraria o Musalla) o en su defecto en cualquier lugar antes de proceder al entierro, e incluso después de éste, si por algún motivo no se hubiere podido realizar la plegaria.

Ahora bien, para el Salat ul Yanaza se coloca el féretro en el suelo, en sentido perpendicular a la Qibla y el Imám (o quien oficie de guía religioso), se sitúa detrás del féretro (preferiblemente detrás de la cabeza del difunto si es hombre o detrás de la parte media del cuerpo, si es mujer). Los demás se ponen de pie, en hileras detrás del Imám, y deberán tener la ablución (como se realiza para las oraciones tradicionales). En caso de no tenerla y que el tiempo apremie, entonces se sustituye por el Taiammum.

Cumplidos estos requisitos y ordenados los participantes para la plegaria, el Imám antes de dar comienzo a la misma explica la manera de realizarla, expresa la intención (Níia) de efectuarla y exclama la llamada de apertura, Allahu Akbar (Takbirat ul Ihrám), elevando las manos hasta la altura de sus orejas. Los participantes seguirán al Imám (Ma'mumún) y recitarán susurrando el pasaje de la apertura del Corán (Surat ul Fátiha):

- Bismillahi Rahmání Rahím (En el nombre de Dios, Clemente, Misericordioso);
- Alhamdulillahi Rabbil 'Alamín (Alabado sea Dios, Creador del Universo);
- Arrahmánir Rahím (Clemente, Misericordioso);
- Máliki laumiddín (Soberano en el Día del Juicio);
- Iiáka Na'budu Ua Iiáka Nasta'ín (Solo a Ti adoramos y de Ti imploramos ayuda);
- Ihdinas Sirátal Mustaqím (Guíanos por el sendero recto);
- Sirátal Ladhína An'amta 'Aleihim Gairil Magdúbi 'Aleihim Ualad dalím (El sendero de quienes agraciaste, no el de los execrados ni el de los desviados);
- Amín (Amén).

La oración anterior es la única cuya recitación es obligada en árabe, idioma litúrgico musulmán.

Terminada Al Fátiha, exclama el Imám otra Takbira (Allahu Akbar) como en el paso anterior, luego pronuncia en voz baja As Salauát ul Ibrahimía en árabe, o en su defecto en castellano o cualquier otro idioma: Allahuma sal-li 'Ala Muhammadin Ua 'Ala ali Muhammadin, Kama Sal-laita 'Ala Ibrahima Ua 'Ala ali Ibrahima. Ua Barik 'Ala Muhammadin Ua 'Ala ali Muhammadin, Kama Barakta 'Ala Ibrahima Ua 'Ala ali Ibrahima Fil 'alamina Innaka Hamidun Mayid (Señor nuestro,

colma con tu gracia a Muhammad y a la familia de Muhammad, como colmaste con tu gracia a Abrahám y a la familia de Abraham. Y bendice a Muhammad y a la familia de Muhammad como bendeciste a Abraham y a la familia de Abraham. Ciertamente Tú eres Loable, Majestuoso).

Estas oraciones se recitan en cualquier plegaria antes de finalizar con At Taslima (Assalamu Alaikum ua Rahmatullah).

Finalizada la recitación de las anteriores oraciones, el Imám exclama otra vez Allahu Akbar, luego cada participante de la oración realizará para sí una súplica por el difunto en árabe o en otro idioma: Allahummagfir lahu Uarhamhu Ua nayyihi min 'Adhábil Qabr, Uamhu Jataiáhu Ua Da'if Fi Hasanatihi, Ua'fu 'anhu, Ua uassi' Fi Qabrihi, Ua Adjilhu Fasiha Yannátik (Señor nuestro, ten misericordia con él y perdónalo, sálvalo del castigo de la tumba. Perdónale sus pecados y multiplica sus buenas obras. Indúltalo, haz de su tumba un refugio feliz. Ingrévalo a Tu divino paraíso).

Si el difunto es de corta edad se puede añadir: Allahumma y'alhu Rahmatan li abauaihi, Ua Salafan Ua Dhujran, Ua Shafi'an Ua Zaqqil Bihi Mauazinahuma (Señor consuela a sus padres, recompénsales y haz de su hijo un intercesor para ellos ante Ti).

Después comienza la última exclamación (Takbir) por parte del Imám, seguido por los participantes, luego cada uno hará una súplica general: Allahumma Nauuir 'Uqulana, Uahdina 'Alas Sirátíl Mustaqím Ua tauaffana Muslimin, Ua adjilna Fi Yannatik (¡Señor! Ilumina nuestro pensamiento y guíanos por el sendero recto. Haznos morir como musulmanes, e ingrénanos en Tu paraíso).

El Imám finaliza la plegaria con At Taslima de Clausura (Assalamu 'Aleikum ua Rahmatullah) girando su cabeza hacia la derecha, o bien de derecha a izquierda.

Quien haya perdido parte de la plegaria fúnebre podrá seguir al Imám en lo que resta de la misma y cuando el Imám finalice podrá completar las Takbiras no realizadas, es decir al final debe completar las Takbiras. En caso de premura de tiempo por el traslado del féretro, la Takbira faltante no será necesario completarla.

El cortejo fúnebre (Tashií al Yanaza) es una manifestación de despedida digna a un miembro de la comunidad islámica. Todo cortejo fúnebre, sea de un musulmán o de cualquier seguidor de otra religión, es digno de recibir homenaje y algunos se ponen de pie y guardan silencio al pasar delante de ellos. Los musulmanes recomiendan acompañar al difunto hasta que sea enterrado y rezar por su alma. Es digno de quienes acompañan al cortejo hacer un examen de conciencia ante el significado de la muerte y el destino final de todo ser viviente. Deberán recordar que algún día ellos serán los trasladados y rendirán cuentas de su obra en este mundo ante Allah (Subhanahu ua Ta'ala). Para los musulmanes el traslado de los restos de un fallecido de una ciudad a otra es un hecho reprobable. El traslado debe efectuarse cuanto antes hacia la mezquita, la funeraria o el cementerio donde se realizará la oración fúnebre.

Respecto a la inhumación, el suelo o tierra del cementerio es la morada natural de los fallecidos. En la tierra se completa el ciclo vital del hombre, al que el Corán cita: "De ella (la tierra) os creamos, a ella os retornaremos y de ella os haremos surgir otra vez".

La incineración del cadáver no es aprobada por ninguna escuela jurídica islámica ya que creen en la resurrección corporal el día del juicio. Las bóvedas, mezquitas-tumbas, tumbas monumentales, son desaprobadas en el Islam. Asimismo, enterrar a un musulmán con ataúd o con elementos de valor es reprobable. La filosofía que hay detrás de todas las limitaciones mencionadas anteriormente, intenta mostrar que el Islam orienta hacia lo práctico y útil, y que los recursos de la tierra

deberán ser destinados al bien común, es decir a los vivos, a los que la necesitan para seguir en el camino de la supervivencia. Todo gasto innecesario para los muertos perjudica a los vivos. Así como cada pedazo de tierra dedicado a un muerto. Dónde, se podrían preguntar los musulmanes, se encontraría un lugar en la tierra para vivir, si ellos hubiesen hecho de la superficie un bosque de tumbas monumentales. La tumba para los musulmanes es una morada funcional, en ella se protege al cadáver de la agresión externa, hasta que sea absorbido por la misma tierra. Respecto al modo de efectuar la inhumación tenemos que trasladado hasta el borde de la tumba, se retira del ataúd el cadáver amortajado y se procede al entierro propiamente dicho. La tumba será abierta en sentido perpendicular a la Qibla, con una profundidad suficiente para proteger al cuerpo de cualquier intento de profanación o exhumación. La excavación deberá tener por lo menos una profundidad de 1.45 metros, y un ancho y largo lo suficiente para que el cadáver quede extendido horizontalmente e inclinado levemente, sobre la pared más cercana a la Qibla. Esta es la forma tradicional y más utilizada en Occidente. También se puede realizar un corte (Shaq) longitudinal en el fondo de la tumba sobre la pared más cercana a la Qibla. Retirado el cadáver del ataúd y recogido por uno o dos hombres que hayan bajado previamente en ella, se introduce en la tumba o en la hendidura, de la forma más conveniente, haciendo que su cabeza quede inclinada a la derecha mirando hacia la Qibla. Luego de depositarlo, se soltarán los nudos de las cintas que ataban los sudarios, especialmente los que están a la altura de los pies. Quien oriente el cadáver en ese momento, es aconsejable que exprese Bismillah Ua 'Ala Millati Rasulillah (En el nombre de Dios y acorde a las enseñanzas de su Mensajero). Luego se procede a tapar o cerrar con piedras o ladrillo. Se vierte la tierra hasta un palmo sobre el nivel del suelo del cementerio. Poner una lápida sobre la tumba no es reprobable si el propósito es marcar el lugar de la misma.

Para los musulmanes es preferible que las personas encargadas de depositar el cadáver en la tumba sean los amigos o familiares del

fallecido y una vez finalizado el entierro se hace súplica por el difunto y por los difuntos de los presentes. Creen conveniente que uno de los hijos anuncie la disposición de responder ante cualquier deuda documentada que su padre haya contraído en vida. A continuación se dispone junto con sus familiares más inmediatos a recibir el pésame de los asistentes (antes de salir el cementerio).

El pésame (At Ta'Zia) es una muestra de solidaridad con los familiares del difunto. Su objetivo es cumplir con un precepto del Profeta Muhammad, cuyo fin es consolar a los familiares y amigos del fallecido, hacerles comprender que la muerte es el destino inevitable e irremediable de todo ser. Es como elegir frases elocuentes para elevar el ánimo y el umbral del dolor emocional, y aislar al familiar de su tormento. Afirman que el Profeta Muhammad solía consolar a los familiares del fallecido diciendo que "todo está predestinado, entereza y sosiego".

Llevar una vestimenta de luto, conmemorar los cuarenta días del fallecimiento o el aniversario en memoria del muerto o reunir a la gente para recitar el Corán durante tres noches después de un fallecimiento, son formas de recuerdo, aunque no están establecidas en la jurisprudencia islámica, haciendo evidente en estas costumbres ciertas influencias occidentales.

La visita a los cementerios no es un acto protocolar que se haga en fechas determinadas, sino más bien es un acto recordatorio tanto en honor del difunto como en beneficio propio. Demostrar el cariño y el afecto hacia los seres queridos que han muerto es digno de alabanza y muestra de fidelidad y nobleza. Para los musulmanes lo más importante en esas visitas es aislarse durante breve tiempo del mundo material, reflexionar sobre el destino final, meditar en las buenas acciones que los beneficiarán el día del juicio, recuperar tiempo perdido e intentar

mejorar la conducta personal. El Profeta Muhammad decía: "Visitad a las tumbas para rememorar la muerte".

Al entrar a un cementerio es aconsejable saludar a sus moradores. El Profeta Muhammad, al pasar por un cementerio solía afirmar: "Assalamu 'Aleikum creyentes, habitantes de la morada de la Paz, vosotros nos habéis precedido, y nosotros os seguiremos. Que Dios nos salvaguarde".

Además, es claro que para los musulmanes la tumba no es lugar de reverencias, ni para hacer de ella un lugar de reunión, ni para pedir del muerto intercesiones o ayudas para resolver problemas en esta vida. Aunque, según Michale Keene, las familias del muerto suelen visitar su tumba el viernes posterior al entierro y, en esa ocasión, dejan una hoja de palmera como símbolo de paz (2). Según la tradición musulmana otra visita que las tumbas reciben es la de dos ángeles que preguntarán al fallecido si está listo para su próxima vida.

Los puntos anteriores, que en conjunto forman un manual o guía para los buenos oficios en honras fúnebres del Islam, tienen fundamento preciso en el derecho islámico. Francis Robinson dice que "no hay aspecto alguno de la vida humana sobre el que no se pronuncie el derecho islámico" (3). Aunque este pronunciamiento no necesariamente representa en todos los aspectos una sistematización cronométrica e inflexible de las acciones a seguir. El mismo autor comparte:

"En el Corán no hay una exposición sistemática de lo que los musulmanes deben creer y obrar, si bien -tomado en su conjunto- presenta un cuerpo consistente de doctrina y obligaciones. Éstas se hayan contenidas en los denominados 'cinco pilares' u observaciones fundamentales del Islam: 1) la observancia del credo, que exige creer en Dios, en su ángeles, sus libros sus profetas y en el último día, cuando los hombres serán juzgados; 2)

el ejercicio de la oración; 3) la práctica de la limosna; 4) la observancia del ayuno; 5) el cumplimiento de la peregrinación. Casi puede hablarse de un sexto pilar, que es la 'jihad' o 'esfuerzo en el camino de Dios'" (4).

Y esfuerzo es precisamente lo que caracteriza a la escasa comunidad islámica en México. Por asentarse y crecer. Dice Muhammed Abdullah que "probablemente la instauración de la educación laica en México por el régimen de Benito Juárez fue el parteaguas que permitió la emigración árabe hacia México y tal vez con esto apareció la primera comunidad musulmana en nuestro país" (5). No obstante este hecho del siglo XIX, no fue sino hasta mediados de la última década del siglo XX cuando nace legalmente el Islam en México. En 1995 se crea el Centro Cultural Islámico de México, orientado a la oración y a la promoción de su cultura y religión, con acciones como campañas de información callejera, participación en ferias culturales, exposiciones, conferencias y publicaciones, entre otras. Actualmente a esta comunidad la conforman poco más de 200 integrantes, la mitad de los cuales son mexicanos de nacimiento que, según el mismo autor, han llegado al Islam "gracias a Allah" (6).

Pero ello no siempre ha sido así. José Pascual Almazán en un libro publicado en el último tercio del siglo XIX narra con una combinación de historia y ficción hechos acaecidos tres siglos antes (siglo XVI), en donde predomina la intención de formar una comunidad musulmana en México, los avatares que ha de pasar quien tiene a su cargo la encomienda, su colaboración y posterior enfrentamiento con el Santo Oficio, el rechazo de los católicos a todo lo que huelga a herencia de Moisés y Mahoma, Lutero y Calvino, las relaciones de conveniencia entre la población, la simulación, la codicia, la avaricia, la compañía, la castellanización del nombre árabe, la muerte en manos de la Inquisición. El texto se sitúa entre los años 1555 y 1572. En el primero, se recibe la

invitación para conformar una colonia musulmana en el nuevo mundo. El autor reproduce una carta que, dice, fue escrita en árabe:

“En el nombre de Dios clemente y misericordioso. –Abdumelik Ebn Hafiz Zegrí, salud a Zobeir Ebn Giafar Al-Abed, hijo de Fatmé, hija del Profeta (que la paz de Alah sea con él). Dios nos ha traído en su misericordia a un país en que los ojos pueden ver una semejanza del Paraíso. Aquí, como dice el sura del Acaecimiento en el libro, ‘los árboles abrigan con hojas tersas de loto a los hombres, y los plátanos dan fruto desde su vértice hasta el pie; los bosques se extienden hasta lejanas tierras entre las aguas corrientes y en medio de frutos de abundancia’. Mas como los musulimes no gozarán del verdadero Edén sino después que pasen el puente Al-sirat, agudo como una navaja y delgado como un cabello, no encontrarían ni la menor traza de huríes entre las hijas de estos naturales. Poco mal es este para los fieles creyentes que, como los hijos de Ibrahim (Abraham), no deben enlazarse con las hijas de Eblis. Por los demás, aquellos naturales son de condición tan suave que han recibido con docilidad la idolatría de los nazarenos, a pesar de que los pintores y escultores que han venido (les hacen unas imágenes de Issa Ben Miriam (Jesús, hijo de María) que causa grima verlas y no reconocerían el gran profeta ni los perros judíos que intentaron matarle. Preguntarás por qué escribo esto; lee. Nuestros parientes perseguidos por el Islam (doctrina de la resignación a Dios) en España podrían acogerse aquí, y mucho mejor si juntos pueblan algunas de las grandes comarcas desiertas cerca del mar, donde la tierra es tan fértil como el Yemen (Arabia feliz). Haylas con montes tan defensables como el Gebl-al-Tarif (Gibraltar); y si nuestro antiguo héroe Tarifa extendió desde allí sus conquistas y el Islam sobre España y parte de la tierra de los francos, ¿por qué no erigirán hoy los hijos del Profeta (la paz de Alah sea con él) un reino como el de tus abuelos, ¡oh descendientes de Alí, el León de Dios!, fundaron en la ínclita ciudad de Córdoba?

Hubo aquí una conspiración, pocos años ha, malamente dirigida por uno de los nuestros, Yahia Ben-Egas; y aunque fue ahorcado, la culpa fue de él, que no siendo sino un menguado cuervo quiso remontarse como el águila. Habla con los cadíes y los imanes (jueces y sacerdotes), y, si Dios quiere, el califato que pasó de Medinatal-nabi (la Ciudad del Profeta) a Bagdad y a Córdoba, podrá reedificarse en esta tierra. A ti, vástago de los Abatidas, corresponde levantar 'La noche y La sombra', las dos banderas de su estirpe. Nuestros hermanos, amenazados incesantemente por el Dragón de fuego (la Inquisición), ¿no te seguirán como los hijos de Yacub (Jacob) a Musa-Ben-Amran cuando huyeron del Faraón? Ahora que en Europa se persigue a todos los que desagradan al Ulema de Roma no es difícil que se abran los cimientos de un gran poder en esta tierra. Sus naturales, tan lacerados por los castellanos, sin duda combatirán a nuestro lado, y nosotros en premio les distribuiremos con largueza el beneficio de la circuncisión y los dones del Islam. De la Ciudad de México, que nosotros llamaríamos Medinalkámar el día 14 de la luna de jaban en el año de la hégira 952" (7).

Este premio de la circuncisión y los dones del Islam, nunca fueron otorgados a los naturales de México. De ello, en parte y en esa época, se encargó el Santo Oficio. Pero se ocupó no sólo de los musulmanes, si no también de los judíos, de los seguidores de Lutero y Calvino, de los oriundos de estas tierras no conversos al catolicismo, de los hechiceros, paganos y herejes, de los que cometían bigamia y sodomía, y de muchos otros, a los que el mismo autor llama, no sin humor, "víctimas del bracero" (8). Bracero alimentado con los carbones de la intolerancia y la soberbia del triunfador.

Quien resulta victorioso en una contienda se considera el mejor y cree que lo suyo –creencias, capacidades, comportamientos y orientaciones– debe ser lo único. Pero esto pasa siempre, sin importar época, religión,

posición política o ubicación geográfica. Hay que tener presente que la historia la dictan los triunfadores y aunque los vencidos dan su visión, la que predomina es la de los vencedores. Predominio que se gana por convencimiento o se impone con fuerza.

En el caso de los mexicanos, su sincretismo se dio de una combinación de lo prehispánico con lo español, representado este último por la iglesia católica, primero por los evangelizadores y después por los inquisidores; ambos en coordinación con la estructura gubernamental – civil y militar- de aquellos tiempos. Los evangelizadores educaron, enseñaron el guión; los inquisidores calificaron y castigaron a quienes no lo habían aceptado o no lo conocían o seguían otro. La estructura gubernamental los avaló.

En la actualidad, a fuerza de reconocer la realidad, esto ya no es así. En la Ciudad de México, al menos, hay más tolerancia y una cada vez mayor aceptación del otro, de lo otro. Aunque existe una aplastante mayoría católica, las otras experiencias religiosas tienen cabida y crecen día a día.

III.3. Rito budista

Fernando Solana Olivares dice que “en México, por diversas vías, el budismo ha expandido su influencia” (1). Los caminos para ello han sido diversos: Esoterismo, *new age*, escuelas de meditación y yoga, creencia de que México sucederá al Tíbet como centro espiritual del mundo, contactos psicoanalíticos, visitas de líderes religiosos, fundación de un monasterio ‘theravada’ y de grupos de amigos, entre otros. Expansión que hace afirmar al mismo autor que “los lotos budistas están floreando lirios mexicanos” (2), en clara referencia a que la flor utilizada por los budistas porque creen que se parece al ser humano -emerge del pantano hacia la luz-, está ganándole espacio a la flor que los católicos consideran símbolo de la pureza, de lo virginal.

Pero antes, mucho antes, los mexicanos leyeron la obra de Hermann Hesse, cuyo personaje 'Siddhartha' se volvió referencia imprescindible de los jóvenes que accedían al nivel medio del sistema escolar, pues ahí era -es- lectura obligada. Con 'Siddhartha' conocieron que lo único importante en la vida era saber pensar, saber esperar y saber ayunar; y se emocionaron al enterarse lo que respondió cuando se le cuestionó para qué servía, por ejemplo, saber ayunar:

“Para mucho señor. Cuando un hombre no tiene nada que comer, ayunar es lo más razonable que puede hacer. Por ejemplo, si Siddhartha no hubiera aprendido a ayunar, hoy tendría que aceptar cualquier trabajo en tu casa o en cualquier otra parte, pues el hambre le hubiera obligado a ello. Pero, de esta forma, Siddhartha puede esperar tranquilamente, no conoce la impaciencia, no conoce la necesidad, puede dejarse sitiar largo tiempo por el hambre y puede reírse de todo. Por esto es bueno ayunar, señor” (3).

La influencia de la obra de Hesse no alcanzó las esferas de la divulgación religiosa; sólo se ubicó en el lado lúdico estrictamente literario y, entonces, en los mexicanos Siddhartha-Buda se quedó como un personaje entrañable de la ficción universal. Pero Buda es mucho más que eso, es el único ser humano que creó una religión sin proponérselo y sin argumentar que había recibido una encomienda divina. El budismo es la única religión que no fue dictada por alguna fuerza suprema o por mandato directo de algún dios, o a través de interpósita persona. Es más, nació como una religión sin Dios. El budismo, por cierto, quedó plasmado, como texto literario, en los mismos escritos de Hesse. En Siddhartha se lee:

“-Sí, he tenido pensamientos y conocimientos a veces. He sentido en mí, durante una hora o durante un día, muchas veces la ciencia

como se siente la vida en el corazón. Muchos eran pensamientos, pero me sería difícil comunicártelos. Mira, Govinda mío: este es uno de los pensamientos que he encontrado: La sabiduría no es comunicativa. La sabiduría que un sabio intenta comunicar suena siempre a necesidad. (...) No bromeo. Digo lo que he hallado. Se pueden transmitir los conocimientos, pero la sabiduría no. Se la puede encontrar, se la puede vivir, se puede ser arrastrado por ella, se puede hacer con ella milagros, pero no se la puede expresar y enseñar. Esto era lo que ya de pequeño sospeché muchas veces, lo que me apartó de los maestros. He encontrado un pensamiento, Govinda, que podrás tomar a broma o por sandez, pero que es mi mejor pensamiento. Es el que dice: '¡Lo contrario de cada verdad es igualmente cierto!' O sea, una verdad solo se deja expresar y cubrir con palabras cuando es unilateral. Unilateral es todo lo que puede ser pensado con pensamientos y dicho con palabras; todo unilateral, todo parcial, todo carece de integridad, de redondez, de unidad. Cuando el sublime Gotama, enseñando, hablaba del mundo, lo dividía en sansara y nirvana, en mentira y verdad, en dolor y liberación. No hay otra solución, no hay otro camino para el que quiere enseñar. Pero el mundo mismo, el que existe a nuestro alrededor y dentro de nosotros, no es unilateral. Un hombre nunca es enteramente sansara o enteramente nirvana, nunca es un hombre enteramente santo o enteramente pecador. Parece que es así, porque estamos bajo el poder del engaño de que el tiempo es algo real. Pero el tiempo es una cosa ficticia, Govinda, lo he comprobado muchas veces. Y si el tiempo no es real, el breve espacio de tiempo que parece haber entre el mundo y la eternidad, entre el dolor y la bienaventuranza, entre el mal y el bien, también es una ilusión. (...) Escúchame, Govinda, ¡escúchame bien! El pecador, como yo o como tú, es pecador, pero antes volverá a ser otra vez Brahma, habrá de alcanzar antes el nirvana, habrá de ser antes Buda. Y ahora mira: ¡este antes es una ilusión, es una parábola! El pecador no está en camino de convertirse en Buda, no

está realizando un desenvolvimiento, aunque en nuestro pensamiento no sepa representarse la cosa de otro modo. No, en el pecador está hoy y siempre el futuro Buda, su destino está todo entero en él, tú puedes adorar al Buda oculto en ti, en todo el que existe. El mundo, amigo Govinda, no es imperfecto o en camino de imperfecciones lentamente: no, es en cada momento perfecto, todo pecado trae en sí la gracia, todo niño lleva ya en sí al anciano; todo recién nacido, la muerte; todo moribundo, la vida eterna. A ningún hombre le es posible ver cuánto ha progresado otro hombre en su camino; Buda espera en los ladrones y jugadores de dados, en el brahmán espera el ladrón. En la meditación profunda hay la posibilidad de anular el tiempo, de ver la vida pretérita, la presente y la futura simultáneamente, y todo esto es bueno, perfecto; todo es Brahma. Por esto, todo lo que es me parece bueno, así la muerte como la vida, el pecado como la santidad, la cordura como la insensatez; todo debe ser así, todo necesita solamente mi aprobación, mi consentimiento, mi amable comprensión; de esta forma es bueno para mí, nunca puede dañarme. He aprendido en mi cuerpo y en mi alma que necesito mucho el pecado, que necesito el placer, el deseo de los bienes, la vanidad, y necesito la ignominiosa desesperación para aprender a renunciar a toda resistencia, para aprender a amar al mundo, para no volverlo a comparar con cualquiera de los mundos deseado o ensoñados por mí, con cualquiera de las formas de perfección pensadas por mí, sino dejarlo como es, amarlo tal cual es y pertenecer gustosamente a él. Estos son, ¡oh Govinda!, algunos de los pensamientos que se me han ocurrido" (4).

Pasó más de un siglo desde la existencia de Siddharta Gautama de Sakya, mejor conocido como Buda, para que aparecieran los primeros textos con estos pensamientos que se le ocurrieron a partir de que el joven Gautama se había enterado que existían la enfermedad, la decrepitud - vejez- y la muerte. Aprendió y cuestionó: "La vida está sujeta a la edad y

la muerte. ¿Dónde está el reino de la vida en el cual no existe ni la edad ni la muerte?" (5).

Teniendo una existencia que raya en la leyenda, Buda construyó una opción de vida y un sistema de pensamiento que giran en torno a la destrucción de los egos y deseos; así como a la revaloración de la existencia misma. Ante su muerte inminente, reconoció que de todas las comidas que había consumido a lo largo de sus más de ochenta años de edad, dos eran las más valiosas: La que le permitió tener fuerzas para despertar, para alcanzar la iluminación –la traducción de Buda es ‘iluminado’, ‘despierto’-; y la que en ese momento le estaba permitiendo entrar al Nirvana –‘apagar’, ‘extinguir’-. Y es que el joven Siddharta Gautama en la búsqueda del verdadero conocimiento una ocasión se sentó a meditar bajo un árbol (bodhi), hecho que duró varios días, al cabo del cual se convirtió en Buda. Michael Keene escribe:

“Durante las tres siguientes noches atravesó tres etapas de iluminación y resistió las tentaciones de Mara, el malvado. En la primera noche sus vidas anteriores desfilaron frente a él. En la segunda, vio el ciclo de nacimiento, vida y muerte –y la ley que lo gobierna. En la tercera comprendió las cuatro nobles verdades: la universalidad del sufrimiento, el origen del sufrimiento –el deseo humano-, la cura para el sufrimiento y cómo encontrar la cura. Descubrió que todas las personas sufren, que el sufrimiento se deriva de los anhelos del ser humano y que se detiene al eliminar los anhelos. Así, se convirtió en Buda, el ‘iluminado’” (6).

Una vez alcanzado el conocimiento verdadero, la iluminación, Buda estaba listo para ingresar al Nirvana, cosa que no hizo a fin de enseñar este conocimiento a los demás. Durante 44 años compartió estas cuatro nobles verdades y el óctuple sendero, que consiste en:

“Entendimiento de las cuatro nobles verdades; Pensamientos dirigidos a amar todas las formas de vida, incluso la más humilde; Palabras puras, nobles y bien intencionadas; Acciones correctas que involucran comportamiento moral, ser considerado con los demás y mostrar bondad a todas las criaturas vivas; Forma de vida correcta, un budista no debe ganarse la vida con nada que involucre violencia o lucrar con su religión, la comunidad debe sustentar a los monjes budistas; Esfuerzo para evitar pensamientos malos; Atención consciente de las necesidades de los demás; Concentración a través del uso de la meditación, que permite a una persona estar tranquila y en paz consigo misma y con el mundo” (7)

Además de lo anterior, los budistas guían su vida con cinco preceptos morales:

“Evitar destruir o dañar a cualquier ser vivo; Evitar tomar lo que no es dado; Evitar cualquier inmoralidad sexual; Evitar todo discurso innecesario, como la mentira, los rumores y el chismorre; Evitar el contacto con las drogas y el alcohol, porque pueden nublar la mente y el juicio” (8).

Los budistas tienen siempre presente que en el ciclo nacimiento-vida-muerte llamado samsara (peregrinación sin fin), juega un papel primordial el apego y afecto que sienten respecto a las cosas de este mundo, vínculo que provoca su reencarnación. Michael Keene escribe que “la suma de las acciones humanas, o karma, influye directamente en la existencia futura de una persona. Las acciones morales determinan si una persona reencarna o si ha llegado al nirvana” (9).

Y se accede al Nirvana (el lugar de la serenidad) sólo cuando el ser humano ha vencido, hecho a un lado, a la pasión y a la avaricia.

Pero vaya a reencarnar o a llegar al Nirvana, la ceremonia mortuoria y el entierro de los budistas contemplan reglas claras -'Libro Tibetano de los Muertos'- sintetizadas por Andrés J. Weisberg (10):

- Arrojar una tela blanca sobre el rostro del cadáver;
- No tocar el cuerpo hasta que se determine realmente la muerte;
- El hpho-bo (sacerdote) se aposenta en una silla y ordena el cierre de ventanas y puertas y que los parientes se alejen;
- Entona cánticos místicos que pretenden orientar al espíritu del muerto hacia el Paraíso Occidental de Amithaba;
- El tsi-pa (lama astrólogo) realiza el horóscopo del difunto y decide qué parientes pueden tocar el cadáver, el tiempo y la modalidad del funeral y los ritos a seguir;
- Se ata el cadáver en postura sedente -embrional- y se coloca en uno de los rincones de la cámara mortuoria;
- Los parientes se reúnen en la casa del difunto y se les alimenta y aloja hasta que el cadáver esté listo;
- Al cadáver se le ofrece alimento sólido y líquido de cada comida;
- Al trasladar el cadáver a su destino final se pone una efigie a la que se le ofrece comida y bebida hasta por 49 días y el último día se crema con la llama de una lámpara alimentada de manteca;
- Al velorio sólo asisten familiares y amistades especiales quienes se sientan a la cabeza del cuerpo hasta el amanecer;
- Se recuerdan las buenas acciones del difunto;
- La ceremonia funeraria empieza por lo regular a las once horas y dura aproximadamente 60 minutos;
- Un monje reza los sutras;
- Los asistentes entregan regalos en efectivo y se quema incienso;
- El cuerpo es incinerado;
- Las cenizas se colocan en una cineraria; y,

- Los familiares regresan a la casa con las cenizas, organizan una cena y dan por terminada la ceremonia, aunque no está de más decir que para los budistas es necesario que transcurran 33 años para que los muertos partan de manera definitiva de este mundo.

El autor nombra a la cremación, pero los budistas disponen de cuatro modos de deshacerse de un cadáver:

- Inhumación o entierro;
- Sepelio en agua;
- Sepelio al aire libre para que el cuerpo sea devorado por las aves carroñeras; y,
- Cremación.

Cada una de estas formas corresponde a cada uno de los elementos:

- Tierra;
- Agua;
- Aire; y,
- Fuego.

Aunque en la Ciudad de México, como en el adagio, 'el último será el primero', por lo que la cremación es la que más practican, además de que no se tiene conocimiento que el segundo y el tercero se realicen y, lo relevante para el caso, es que no están permitidos por la ley.

Aunado a la presencia de los budistas en México y de sus prácticas funerarias, es fundamental considerar lo que el Lama de origen occidental, Ole Nydahl, comparte en el sentido de que al budismo "no lo podríamos llamar realmente religión -religar, volver a unir-, porque nosotros nunca pensamos que caímos del paraíso. Y no intentamos regresar a él..., y los budistas no son dioses, si no personas que han

encontrado un camino; y es gente que nos guía a tener esa experiencia...De hecho sólo hemos atraído gente educada hasta ahora. Las enseñanzas del budismo, de hecho, requieren de cierta capacidad mental de abstracción. Y aunque mucha gente alcanza el budismo a través de la devoción, de la apertura de pensamiento, esa gente probablemente se quedará en el cristianismo... Por cada persona que en Occidente se convierte al budismo, puede haber tal vez cinco personas en Oriente que se convierten al cristianismo” (11).

III.4. Rito católico

El Papa Pablo VI sintetizó de manera clara el sentido que la muerte tiene para los católicos. Un poco antes de su propia muerte, reflexionando sobre ella, a la que llama por cierto ‘maestra de la filosofía de la vida’, escribió: “Es difícil; pero la muerte sella así la meta de la peregrinación terrena y ayuda para el gran encuentro con Cristo en la vida eterna” (1).

Profundizando en este sentido, el Papa Juan Pablo II, siguiendo el Misal Romano, afirmó que por el “misterio pascual de Cristo, hemos sido sepultados con él en la muerte, para resucitar con él a la vida nueva” (2), por lo que “ya que la muerte de Cristo en la Cruz y su resurrección constituyen el centro de la vida diaria de la Iglesia y la prenda de su Pascua eterna, la Liturgia tiene como primera función conducirnos constantemente a través del camino pascual inaugurado por Cristo, en el cual se acepta morir para entrar en la vida” (3).

Para los católicos, entonces, la vida del ser humano en la tierra, en este mundo, es temporal y sólo sirve para ganarse la vida sobrenatural, la vida eterna en el otro mundo. Los que mueren, y hayan hecho el bien en esta vida, resucitarán para la vida al lado de Cristo y de Dios Padre; los que hayan hecho el mal, resucitarán para la condenación. Así, la creencia

en la resurrección de los muertos, buenos y malos, es parte fundamental en la fe católica. Dicen:

“Con la muerte se experimenta una separación real de cuerpo y alma. El cuerpo del hombre continúa un proceso de corrupción – como cualquier materia viva- mientras que su alma va al encuentro de Dios. Esta alma estará esperando reunirse con su cuerpo glorificado. Con la resurrección, nuestros cuerpos quedarán incorruptibles y volverán a unirse con nuestras almas. Nos podemos preguntar: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Cuándo resucitarán? El ‘cómo’ no lo podemos entender con la razón, solamente con la fe. Nos puede ayudar a acercarnos a este gran misterio nuestra participación en la Eucaristía que nos da ya un anticipo de la transfiguración de nuestro cuerpo por Cristo. El pan que viene de la tierra, después de haber recibido la invocación de Dios, yo no es pan ordinario, sino Eucaristía. El ‘cuándo’ será en ‘el fin del mundo’. El último día, el fin del mundo, los hombres no sabemos cuándo va a ser, sólo Dios lo sabe” (4).

Además, de manera esquemática, se puede considerar que para los católicos el hecho natural de la muerte constituye un paso obligado a dar por el ser humano en su transitar de la vida terrena –efímera- a la vida verdadera –eterna-, y una vez dado este paso el ser humano es juzgado y se determina si es salvado o condenado con base en las acciones que llevó a cabo durante su vida terrenal. Si es salvado alcanzará la gloria y vivirá eternamente en el cielo al lado de Dios; si es condenado vivirá eternamente en el infierno.

Ya muerto el ser humano está imposibilitado para hacer algo en la búsqueda de su salvación, pero el ser humano que le sobrevive sí lo puede realizar. Por ello, a los católicos, por ejemplo, les costó muchos años aceptar el uso de la cremación como una forma de deshacerse del cuerpo inerte de un difunto, ya que enmarcados en su creencia en la

resurrección de todos los muertos se cuestionaban en qué cuerpo lo harían si este había sido convertido en cenizas por el fuego durante la incineración.

Actualmente los católicos utilizan tanto el entierro como la cremación y en ambos aspectos los pasos que siguen son similares. Andrés J. Weisberg lo sintetiza de manera clara:

“Al morir uno, el sacerdote va a la casa del difunto y dirá algunas palabras de condolencia y unión en oración a los dolientes. En algunos lugares se hace procesión a la iglesia, y se reza la liturgia de difuntos. Se acostumbra dar honor al cuerpo de los difuntos y que se hagan las oraciones de sufragio en los siguientes momentos más significativos entre la muerte y la sepultura o cremación: la velación del cadáver en la casa del difunto, en un hospital o en un velatorio; la deposición del cadáver en el féretro; el traslado al templo para la celebración de la Misa, que en algunas cosas puede ser de cuerpo presente, en el templo el sacerdote recibe el cuerpo, la misa se desarrolla como toda celebración eucarística, al final, después de la oración de poscomunión, el sacerdote se acerca a la caja para la última despedida; y finalmente el traslado al cementerio o al crematorio” (5).

Pero antes de morir los católicos pueden recibir, sobre todo si están enfermos de gravedad, la ‘extremaunción’ o ‘último sacramento’ o ‘unción de los enfermos’; así como la ‘eucaristía’ o ‘comunión del cuerpo y la sangre de Cristo’ como una forma de asegurar la vida eterna y la resurrección. Para los católicos una verdad inamovible es aquella que aprenden desde un principio y que está basada en la palabra de Dios en el sentido de que ‘el que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna y yo lo resucitaré el último día’. Por y para ello, una práctica común es comulgar durante la celebración de la misa.

La iglesia católica recomienda a sus feligreses que cuando un ser humano muere quien le sobrevive lo auxilie en su camino hacia Dios a través de la oración, las indulgencias y las obras de penitencia. Weisberg escribe:

“Durante el velorio se rezan los responsorios y el rosario. Durante los próximos nueve días de la muerte del fiel, los familiares se congregan para acompañar a los deudos y ofrecen a Dios oraciones por el difunto, que es el novenario, ya sea nueve misas, una cada día o nueve rosarios uno por día. Algunas familias celebran en cada aniversario luctuoso una misa por el eterno descanso del ser querido. La liturgia cristiana de los funerales es una celebración pascual de Cristo Señor. En las exequias, la Iglesia pide en su oración que sus hijos, incorporados por el Bautismo a Cristo muerto y resucitado, pasen con ÉL de la muerte a la vida y, purificados en el alma, sean recibidos entre los santos y los escogidos del Cielo, mientras el cuerpo espera la venida de Cristo y la resurrección de los muertos. Dentro de la variedad de oraciones posibles, la más importante es la Santa Misa de exequias, momento especial de oración en la presencia real de Cristo muerto y resucitado. En la Misal dominical, siempre se hace memoria de los difuntos. Además, puede tenerse un recuerdo especial con una Misa de sufragio en el cumplimiento de los 30 días y en el primer aniversario de la muerte. Junto a estas fechas significativas, cada año toda la Iglesia celebra el 1 de noviembre la fiesta de todos los santos y el día siguiente la conmemoración de los fieles difuntos” (6).

Lo anterior es en cuanto a las oraciones. Respecto a las indulgencias, el mismo autor escribe:

“Hoy la Iglesia ha dejado dos tipos de indulgencias: la indulgencia parcial y la indulgencia plenaria. Indulgencia parcial significa que

la Iglesia duplica el mérito de la persona. La indulgencia plenaria es la que suprime el purgatorio, si la obtiene un moribundo no pasa por el purgatorio, si se le aplica a uno que está en el purgatorio, sale del purgatorio. Cualquiera de las siguientes cuatro acciones tiene indulgencia plenaria: cada día rezar el rosario en común o delante del sagrario; media hora de oración delante del santísimo; media hora de lectura de la Biblia; y hacer el Vía Crucis” (7).

Para los católicos, entonces, la esperanza que tiene durante su vida terrena es que al morir un día resuciten entre los muertos y alcancen la vida eterna al lado de Dios, por lo que el fin del rito funerario que siguen es auxiliar al ser humano ya difunto a alcanzar la gloria, la vida eterna, la salvación.

Pero los católicos, al igual que los seguidores de todas las religiones, han visto evolucionar sus preceptos y creencias. Desde sus inicios, no cabe duda. Y su acepción del hecho natural de la muerte no ha sido la excepción. Philippe Ariés hace una excelente historia de esta evolución, llegando a la década de los setenta del siglo pasado, en la cual da cuenta de que antes de que surgiera la concepción de ‘individuo’ –en la alta Edad Media- el ser humano no moría en cuanto ente individual si no en cuanto integrante de la masa –es decir, había mortalidad en lugar de muertos o, si se prefiere, moría la masa no el individuo-, y ahí escribe:

“Enterrar a los muertos se sitúa al mismo nivel de caridad que alimentar a los hambrientos, hospedar a los peregrinos, vestir a los desnudos, visitar a los enfermos y a los prisioneros. Sin embargo, el Evangelio es muy discreto por lo que se refiere a los ritos funerarios. Cuando Jesús encuentra cortejos de plañideras que llevan los muertos fuera de la aldea al son de las flautas, no dice nada. Incluso dejó caer esa frase enigmática que bien podría interpretarse como una condena a las pompas fúnebres: ‘dejad que

los muertos entierren a los muertos'. Es como si la segunda Edad Media hubiese reintegrado el servicio de los muertos a un Evangelio cuyo silencio al respecto soportaba mal" (8).

Más delante, el mismo autor cuando habla sobre el Renacimiento, dice:

"Pero ¿en qué se ha convertido la muerte si ya no es el yaciente en el lecho enfermo, sudando, sufriendo y rezando? Se convierte en una metafísica que se expresa por una metáfora: la separación del alma y del cuerpo, sentida como la separación de dos esposos, o también de dos amigos, queridos y antiguos. El pensamiento de la muerte se asocia a la idea de la ruptura del compuesto humano, a una época que es la de la tumba del alma, a una época en que el dualismo comenzaba a penetrar en la sensibilidad colectiva. El dolor de la muerte se relaciona, no con los sufrimientos reales de la agonía, sino con la tristeza de una amistad rota" (9).

De ese momento a la fecha, los católicos siguen en esta concepción de dualidad y, dentro de ella, los ritos funerarios abarcan una sola parte: El cuerpo, el cual, según el Catecismo de la Iglesia Católica, debe ser tratado "con respeto y caridad en la fe y en la esperanza de la resurrección" (10). Además, para ellos el alma no muere, por lo que no tienen la necesidad de, forzando un poco los conceptos, entierrarla o cremarla. No hay rito funerario para ella. Sólo tienen ritos para su salvación, para su existencia eterna.

En el Centro Histórico de la Ciudad de México existe un pasaje atrás de la Catedral especializado en la venta de artículos religiosos de carácter católico. Ahí, por ejemplo, se puede adquirir con gran facilidad guías para la oración encaminada a la salvación de los muertos. Una de ellas, escrita por el padre Flaviano Amatulli Valente, proporciona de manera muy clara lo que se tiene que hacer y decir para tal fin. Va de la 'preparación de la buena muerte' al 'novenario de difuntos', pasando por

las 'exequias en la casa del difunto o en la capilla ardiente', las 'exequias en el templo', la 'procesión al panteón', las 'exequias en el panteón', las 'exequias de los niños bautizados', las 'exequias de los niños no bautizados', el 'rezo del Santo Rosario', y algunos cantos religiosos.

El padre Amatulli en todos los apartados proporciona lo que en cada ceremonia o acción dice el guía, lo que tiene que responder el ser humano asistente, las oraciones que se tienen que expresar, los cantos que se tienen que entonar y las lecturas de la Biblia referentes a cada ocasión.

En la 'preparación de la buena muerte', dice:

"Cuando un familiar se enferma gravemente, procuren darle confianza en la misericordia de Dios, para que, arrepentido, pueda confesarse y recibir los últimos sacramentos. No esperen llamar al sacerdote cuando ya no hable, o peor aún, cuando ya está muerto. Si no es posible llamar al sacerdote, los familiares o los catequistas traten de ayudar al enfermo a bien morir, repitiendo el Acto de Contrición y otras breves oraciones, como sigue a continuación" (11).

A continuación transcribe el Acto de Contrición, otras breves oraciones, oraciones para los agonizantes, dice cuándo rezar el Padre Nuestro y el Ave María, y el responso cuando ya haya expirado el enfermo. Respecto a la última parte, escribe:

"*Guía:* Vengan en su ayuda, santos de Dios; salgan a su encuentro, ángeles del Señor; reciban su alma para presentarla ante el Altísimo. *Todos:* Concédete, Señor, el descanso eterno, y brille para él -ella- la luz eterna. Descanse en paz. Así sea. *Guía:* Oremos. Te recomendamos, Señor, el alma de tu siervo(a) N... a fin de que, muerto(a) para el mundo, viva para ti. Limpia con el perdón de tu infinita misericordia todos los pecados que haya cometido por la

debilidad de su naturaleza humana. Por Cristo nuestro Señor. *Todos:* Amén (rezan el Padre Nuestro y el Ave María). *Guía:* Dale, Señor, el descanso eterno. *Todos:* Y brille para él -ella- la luz eterna. *Guía:* Descanse en paz. *Todos:* Así sea" (12).

En las 'exequias en la casa del difunto o en la capilla ardiente', escribe:

"*Guía:* Hermanos: ustedes han sufrido mucho al perder un ser querido. Pero en este momento de dolor podemos decir, llenos de esperanza: 'Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de Misericordia y Dios de todo consuelo: Él nos conforta en toda tribulación' (2 Cor. 1,3-4). Oremos: Señor, Padre santo, Dios todopoderoso y eterno, humildemente te suplicamos por tu siervo(a) N..., a quien has llamado de este mundo: dínate llevarlo(a) al lugar del descanso, de la luz y de la paz. Concédete pasar victoriosamente las puertas de la muerte, para que habite con tus santos en el cielo. Que su alma se vea libre de toda pena, y, cuando llegue el gran día de la resurrección y del premio, resucítale entre tus santos y elegidos. Olvida sus culpas y pecados, para que, junto a ti, goce de la vida inmortal en el Reino eterno. Por Jesucristo nuestro Señor. *Todos:* Amén" (13).

Continúa con los pasos a dar: Lectura de la primera carta del apóstol San Pablo a los Tesalonicenses, canto de meditación, lectura del Evangelio según San Juan, oración comunitaria, oración conclusiva, rezar el Santo Rosario.

En las "exequias en el templo", escribe:

"*Guía:* Hermanos, nos encontramos aquí reunidos para encomendar a Dios el alma de nuestro(a) hermano(a) N... ¡Cuántas veces encontró aquí la paz y el consuelo en los momentos más difíciles de la vida! Ahora se despide de este templo, que fue

testigo de sus repetidos encuentros con Dios. Pidamos al Señor que lo reciba en la gloria con todos los ángeles y santos. Escuchemos la Palabra de Dios, que nos llena de consuelo en un momento de tanta tristeza" (14).

Después dice que hay que leer el libro del profeta Isaías, hacer un canto de meditación, leer el Evangelio según San Juan, hacer una oración comunitaria, una oración conclusiva, y rezar el Padre Nuestro y el Ave María.

En la "procesión al panteón", escribe:

"Guía: Hermanos, al dar inicio a esta procesión, en la que vamos a acompañar a nuestro(a) hermano(a) N... hacia su última morada, recordemos las palabras de San Pablo: 'Nosotros no tenemos aquí nuestra patria definitiva, sino que buscamos la venidera' (Heb. 13,14). Es decir, nosotros estamos aquí sólo de paso. No vamos a vivir siempre en este mundo. Nuestra patria verdadera es otra; es el paraíso. Por lo tanto, tenemos que vivir en este mundo, pensando que un día lo vamos a dejar todo. Ahora, al dirigirnos hacia el panteón, cantemos (o recitemos) el salmo 42 (41), expresando nuestro deseo de acercarnos a Dios y pidiendo a favor de nuestro(a) hermano(a). A cada versículo, recitemos todos: Mi alma está sedienta de ti, mi Dios" (15).

Dice que después hay que hacer lo mismo con los salmos 63 (62) y 130 (129).

En las "exequias en el panteón" dice que si se llevaron a cabo las exequias en la casa del difunto o en la capilla o en templo, se deberá hacer lo siguiente:

“Guía: Hermanos, hemos llegado al panteón. Aquí depositaremos el cuerpo de nuestro(a) hermano(a) N... en espera del día de la resurrección” (16).

Comparte que hay que leer el Evangelio según San Juan, hacer un canto de meditación, una oración conclusiva y junto al sepulcro, un poco antes de colocar el cuerpo ahí, decir:

“Guía: Oremos. Señor Jesucristo, que por estar tres días en el sepulcro santificaste todos los sepulcros de los que creen en ti, de tal manera que al descender los cuerpos a la tierra, aumenta la esperanza de la resurrección, concédenos que en este sepulcro duerma en paz tu hijo(a) N... y aquí descanse hasta que tú, que eres la resurrección y la vida, lo(a) resucites y pueda contemplar en el cielo la luz de tu rostro. Te lo pedimos a ti que vives y reinas por los siglos de los siglos. *Todos: Amén*” (17).

Esta parte del ritual termina con una oración comunitaria.

En las “exequias de los niños bautizados” y en las “exequias de los niños no bautizados”, comenta que se pueden utilizar los esquemas anteriores pero sin decir las oraciones en las que se pide perdón por los pecados cometidos en vida, ya que se debe considerar que los niños no han pecado.

En el ‘novenario de difuntos’, el padre Amatulli divide su guía día por día; así al primer día lo llama ‘la muerte es el castigo del pecado’, y escribe:

“Guía: Hermanos estamos aquí reunidos para celebrar el novenario en sufragio del alma del difunto (de la difunta) N... Al mismo tiempo trataremos de meditar sobre el misterio de la muerte, pensando que todos tendremos que morir algún día y por eso es muy importante que estemos siempre preparados. La primera

pregunta que nos hacemos es la siguiente: '¿Por qué tenemos que morir?' Dios nos da la respuesta en su palabra: la muerte es consecuencia del pecado, es un castigo. Dios puso a prueba el amor de nuestros primeros padres hacia él; pero ellos desobedecieron, creyendo en la palabra del demonio, y pecaron. Así que Dios los castigó con las enfermedades, la ignorancia, el trabajo lleno de sufrimientos y como conclusión de todo esto, con la muerte" (18).

Se lee el Génesis, se hace un canto de meditación, se lee la carta del apóstol San Pablo a los Romanos, se hace una oración comunitaria y una oración final.

Al segundo día lo llama 'Cristo murió por nosotros', y escribe:

"Guía: Hermanos, hemos visto ayer que la muerte entró en el mundo como castigo del pecado, y que todos somos pecadores. Ahora nos preguntamos: 'El pecado, los sufrimientos y la muerte, ¿durarán para siempre?' La respuesta es clara. 'No; Cristo, el hijo de Dios, ha cargado con nuestros pecados; ha pagado por nosotros una vez para siempre sufriendo hasta derramar todas su sangre por nuestra salvación; y así ha vencido al demonio y a la muerte de una manera total y definitiva" (19).

Se lee al profeta Isaías, se hace un canto de meditación, se entona el salmo 22 (21), se lee el Evangelio según San Mateo, se hace una oración comunitaria y una oración final.

Al tercer día lo llama 'Cristo resucitó y está vivo', y escribe:

"Guía: Cristo murió el viernes santo y fue sepultado; pero al tercer día resucitó glorioso. Mediante su muerte, destruyó nuestra muerte y mediante su resurrección nos dio una nueva vida. Así que frente a la muerte de nuestro(a) hermano(a) N... no tenemos que

estar tristes. Como ya ha participado de la muerte de Cristo, así algún día tendrá que participar de su resurrección" (20).

Se lee la primera carta del apóstol San Pablo a los Tesalonicenses, se hace un canto de meditación, se interpreta el salmo 118 (117), se lee el Evangelio según San Juan, se hace una oración comunitaria y una oración final.

Al cuarto día lo denomina 'cambiar de actitud y aceptar a Cristo', y escribe:

"Guía: Hermanos, Cristo murió y resucitó y así logró cambiar el destino de la humanidad. Como por Adán entró el pecado en el mundo, así por Cristo ha entrado la vida. Cada quien tiene que renunciar a las obras del antiguo Adán, cambiar de actitud, es decir, cambiar su manera de pensar y de actuar, y aceptar a Cristo (Mc. 1,15). De otro modo ¿de qué serviría toda la sangre de Cristo derramada en la cruz? Es necesario que cada uno de nosotros renuncie al pecado y viva con Cristo. Así que mientras por un lado estamos pidiendo a Dios por nuestro(a) hermano(a) N... por otro tenemos que pensar en que algún día también nosotros tenemos que morir y por eso necesitamos estar preparados. Escuchemos atentamente la palabra de Dios" (21).

Se lee el libro de los Hechos de los Apóstoles, se entona el salmo 51 (50), se lee el Evangelio según San Lucas, se dice una oración comunitaria y una oración final.

Al quinto día lo llama 'vivir en el amor', y escribe:

"Guía: Tener fe en Dios, no quiere decir creer que existe Dios o estar convencidos de que hace mucho tiempo el Hijo de Dios se hizo hombre para salvarnos. La verdadera fe consiste en aceptar a

Cristo como propio Salvador. Cada uno de nosotros tiene que repetir constantemente: 'Cristo dio su vida por mí; yo también quiero entregarme totalmente a Él'. ¿Cómo? Observando toda la ley de Dios" (22).

Se lee el libro de Josué, se hace un canto de meditación, se lee el Evangelio según San Juan, se hace una oración comunitaria y una oración final.

Al sexto día lo denomina 'la vida no termina, se transforma', y escribe:

"Guía: Una pregunta que todos nos hacemos, es la siguiente: '¿Qué sucede después de la muerte?' Algunos dicen: 'Después de la muerte todo termina'. Otros piensan que aunque siga viviendo el espíritu, sin embargo no puede ni sufrir ni gozar: es como siguiera viviendo en estado de semi-inconciencia. Esta no es la respuesta que nos da Cristo" (23).

Se lee el Evangelio según San Lucas, se entona el salmo 111 (110), se lee el segundo libro de los Macabeos, se hace una oración comunitaria y una oración final.

Al séptimo día lo llama 'unidos por el amor', y escribe:

"Guía: Una vez que el alma se separa del cuerpo, hay tres posibilidades: la gloria eterna, si se encuentra completamente purificada; la pena eterna, si se encuentra lejos de Dios o un periodo de purificación si le falta algo para que esté completamente limpia. ¿Cuántos son los que se salvan o se pierden? Sólo Dios lo sabe. Para nosotros lo que importa es saber que podemos ayudar a los difuntos que se están purificando. ¿Y si acaso el alma de un difunto ya no necesita nuestros sufragios? No importa, nada se pierde: Dios decide a quién pueden servir

nuestros sufragios. Él es un Padre amoroso y todo lo que hace está bien hecho. Por eso nuestra confianza en Él tiene que ser plena y total. Hay muchas maneras de hacer sufragios por los difuntos: la más eficaz es la Santa Misa que es la reactualización del misterio pascual, es decir de la muerte y resurrección de Cristo. El Hijo de Dios sigue presentándose al Padre como cordero pascual para que perdone todos los pecados del mundo y nos dé la nueva vida" (24).

Se lee la carta del apóstol San Pablo a los Hebreos, se entona un canto de meditación, se dice el salmo 130 (129), se lee la carta del apóstol Santiago, se dice una oración comunitaria y una oración final.

Al octavo día lo denomina 'venid, benditos de mi padre', y escribe:

"Guía: Para los que hacen el esfuerzo por seguir a Cristo, la gloria representa la etapa final de su existencia, una etapa que durará para siempre. Al principio se tratará de una felicidad imperfecta, ya que el alma estará separada del cuerpo; pero llegará el día de la resurrección y entonces empezará la felicidad completa, junto con Cristo el hermano mayor, con María nuestra madre celestial, los ángeles y los santos" (25).

Se lee el Evangelio según San Mateo, se hace un canto de meditación, se lee la carta de San Pablo a los Romanos, se hace una oración comunitaria y una oración final.

Al noveno día lo llama 'ven, Señor Jesús', y escribe:

"Guía: Si nuestro destino es un destino de felicidad, ¿por qué tener miedo a la muerte? Se trata sólo de un paso obligado para entrar en la gloria. Este es el verdadero final: la felicidad eterna. Por eso, 'la creación eterna -dice San Pablo (Rom. 8, 22-23)- gime hasta el presente y sufre dolores de parto. Y no sólo ella, también nosotros

que poseemos las primicias del Espíritu, nosotros mismos gemimos en nuestro interior anhelando el rescate de nuestro cuerpo” (26).

Se lee el libro del Apocalipsis, se entona un canto de meditación, se lee el Evangelio según San Lucas, se hace una oración comunitaria y una oración final.

Parte del ritual que sobre la muerte realizan los católicos, es colocar una cruz de ceniza o cal sobre el lugar en donde estuvo el cadáver del difunto, y en caso de que se cumpla con esta costumbre, el padre Amatulli dice que existe una ceremonia especial para levantar esa cruz, a la que llama precisamente ‘levantamiento de cruz’, durante la cual se lee el libro del profeta Isaías, se entona un canto, se medita sobre la cruz de Cristo y cómo éste fue colocado en ella, y se reza por la salvación del hermano(a) muerto(a) por quien que se colocó la cruz de ceniza o cal.

Hay que tener siempre presente que para los católicos es importante que Dios perdone los pecados que el ser humano cometió en vida para que con ello alcance la gloria y viva por siempre en el paraíso junto a Dios. Markus Hattstein dice:

“Los muertos en estado de pecado mortal van a parar al infierno después de la muerte y para siempre. Ahí padecen tres castigos: la pérdida de la visión de Dios, el padecimiento de torturas (corporales) y la constante autoacusación por la propia conciencia” (27).

Y ningún católico quiere estar en el infierno o en el purgatorio por la eternidad, ni ser una ‘alma en pena’, ni quiere que sus seres queridos lo hagan o sean. Por ello la ceremonia del novenario de los difuntos y demás sufragios efectivos –misas, oraciones, ayunos y la caridad-. O como dicen los mexicanos:

‘Hoy por ti, mañana por mí’.

Epílogo

México, el país entero y sobre todo la Ciudad de México, vive un pluralismo ideológico, político, religioso y cultural, que de primera instancia se pudiese afirmar forma parte de la idiosincrasia de sus habitantes, tanto como entes sociales como en lo individual, y que en la cotidianidad se puede confundir, sobre todo en materia religiosa, con un sincretismo caracterizado por una mezcla espiritual sin depurar. Fernando Solana Olivares, dice:

“Mexicanamente puede irse del santón narco Malverde hasta la Santa Muerte reverenciada en las calles, o de los forzados santos cristeros de última hora hasta la santería caribeña que se anuncia en el aviso oportuno, o de los derviches giradores en las islas de Ciudad Universitaria hasta los muecines islámicos de Lindavista, o de los creyentes aferrados a la literalidad bíblica hasta aquellos para quienes la mera palabra religión resulta repelente, o de los budólogos, budistas y budiatras hechos al vapor de la moda hasta los perseverantes nerds devocionales que han trocado su fe judeocristiana por una beatería oriental más pintoresca pero igual de intoxicante” (1).

Esta situación, hay que reconocerlo, no es privativa de la Ciudad de México. El escritor español Vicente Verdú cuando analiza la época actual

-de la última década del siglo XX a la fecha, tiempo al que, siguiendo a Jesús Ibáñez, llama 'capitalismo de ficción'-, reconoce que "un sujeto puede, en este tiempo, profesar respeto por todas las formas de vida en cuanto budista, encandilarse con la existencia de los ángeles en su condición católica y reforzar la centralidad de la familia en cuanto mormón, todo dentro del *pack*" (2).

Pero el 'mexicanamente' descrito por Solana Olivares, también hay que reconocerlo, es el reflejo de la libertad que se vive actualmente en la Ciudad de México; pero al mismo tiempo existe la posibilidad de que sea la manifestación de una crisis de valores y de creencias producto de insatisfacciones y de múltiples ofertas en materia religiosa y de salvación de almas.

Independientemente de lo anterior, un hecho real, tangible, es todavía el predominio que el catolicismo tiene en la aceptación de la población de la Ciudad de México. Mayoría que, a decir verdad, para fortuna de todos ya no se refleja en una intolerancia agobiante. Hoy en día son pocas y esporádicas las manifestaciones de intolerancia religiosa y de persecución legal o gubernamental a otras creencias y prácticas religiosas. Aunque existen, son ya lejanos los tiempos de la Santa Inquisición y de la guerra cristera.

Ahora bien, aunque la intolerancia ya no es una manifestación cotidiana y grave, eso no quiere decir que la tolerancia existente provoque que las diferentes comunidades religiosas se entremezclen en todos los ámbitos de la vida. Al contrario, cada comunidad tiene sus medios y sus formas de agenciárselos. Sus servicios, con excepción de los gubernamentales, son proporcionados por integrantes de sus mismas comunidades. Los judíos, por ejemplo, tienen sus escuelas, sus clubes de diversión, sus instalaciones religiosas, sus grupos musicales, sus restaurantes, sus tiendas de autoservicio, sus instalaciones de salud. Y los servicios funerarios no tendrían por qué ser la excepción. Y se entiende como

servicios funerarios un todo que incluye la concepción que tienen de la muerte y de los ritos a seguir en el proceso de deshacerse del cuerpo inerte de un ser humano integrante de su comunidad, un todo que necesariamente abarca el aspecto de la comida, mismo que se subsana con los servicios de banquete que empresas especializadas ofrecen para tal fin, anunciándose de la siguiente manera:

“Nos ponemos a sus órdenes para brindarles un servicio en el luto: Desde el desalojo de los muebles de la casa para iniciar el luto, quitar cuadros y decoraciones, tapar espejos. Llevamos todo lo necesario para el luto. Sillas acojinadas negras, tazas de café turco, posillos, cafetera eléctrica para te y café soluble, compoteros para rezo de la mañana, para poner satar, aceitunas, jalawe, etc. Jarras para jugo y agua, vasos de cristal, platos de vajilla fina de porcelana blanca, o de cristal, platonos, cubierto. Meseros especialistas en luto, la entrada desde las 06:00 AM para alistar lo del resto y desayuno de la mañana, partir fruta y montar mesas tipo buffet, atender a la gente todo el día, café y agua, te, para las oraciones, llevar la atención del luto con listas y viendo a diario que no falte nada para los días siguientes. Cosas para rezo como rosquillas, jalawe, pan con queso, frutas, quesos, café turco. Nos iríamos después del rezo de la tarde, después de organizar todo y dejar listo para el día siguiente entrar a las 06:00 AM. Atención personal” (3).

Pero no sólo los judíos, también las otras tres comunidades religiosas motivo del estudio, así como otras comunidades de diferentes culturas y nacionalidades. En la Ciudad de México, por ejemplo, existen restaurantes de comida china, tailandesa, japonesa, árabe, libanesa, argentina, uruguaya, francesa, italiana; y colegio alemán, franco-español, japonés, americano, inglés. También hay cementerio americano, inglés, francés; y casas de cultura que difunden las costumbres de cada cultura, nacionalidad o país.

Los judíos, musulmanes, budistas y católicos, manifiestan en sus prácticas funerarias las diferencias que tienen entre sí. Pero no sólo las diferencias, también las coincidencias. Por ejemplo, todas creen en la dualidad cuerpo-alma, hasta el budismo que a pesar de no creer en la existencia del alma, según se ha visto considera que el conjunto de estados psicológicos que provoca la reencarnación no se extingue, continúa sin cuerpo en espera de la siguiente vida o existencia. También coinciden en la creencia de que la vida no termina con la muerte del cuerpo y que el alma sobrevive a la muerte. Inclusive aunque el catolicismo como institución no acepta el fenómeno de la reencarnación, en lo individual muchos seguidores de esta religión sí creen que pueda ser posible y a través de sesiones de hipnosis tratan de demostrarlo, lo que provoca que tengan otra convergencia con las demás religiones. Pero estas coincidencias no sólo se dan entre ellas cuatro, sino también con otras manifestaciones religiosas, ancestrales y modernas. Stanislav Grof escribe:

“En todas las culturas, religiones, sistemas filosóficos, cosmogonías, prácticas rituales y organizaciones sociales antiguas no occidentales nos encontramos con la creencia de que la conciencia perdura más allá de la muerte. Todas esas visiones pueden diferir en su modo de concebir esa existencia después de la muerte pero todas ellas comparten la creencia de que la muerte no supone la aniquilación definitiva del individuo sino que constituye un estado de transición o transformación” (4).

Estas y otras muchas coincidencias provocaron que el psicoanalista Carl G. Jung acuñara el concepto de ‘inconciente colectivo’. Mircea Eliade reconoció que “eran principalmente las sorprendentes similitudes entre los mitos, símbolos, y figuras mitológicas de pueblos y civilizaciones tan lejanas unas de otras las que forzaron a Jung a enunciar su postulado sobre la existencia de un inconciente colectivo. Notó que sus contenidos se manifiestan a través de lo que él llama ‘arquetipos’. Jung

propuso muchas definiciones de 'arquetipo', siendo una de las últimas la de 'moldes de conducta' o tendencias que son parte de la naturaleza humana. Para él el más importante de los arquetipos es el del Yo, la totalidad del individuo. Creía que en cada civilización el hombre está trabajando -a través de lo que él llama el proceso de la individuación- hacia el logro del Yo. En la civilización occidental el símbolo del Yo es Cristo, y su realización la 'redención'" (5).

El mismo Eliade recopila ejemplos de dichas coincidencias, sobresaliendo de manera significativa el deseo del ser humano de estar siempre en el centro. Escribe:

"Rabbi ben-Gorion decía a propósito de la roca de Jerusalén que 'se llama la Piedra de la base de la Tierra, es decir, el ombligo de la Tierra, porque a partir de ella se ha desplegado la tierra entera'. Por otra parte, puesto que la creación del hombre es una réplica de la cosmogonía, el primer hombre fue formado en el 'ombligo de la Tierra' -tradición mesopotamia-, en el Centro del Mundo -tradición irania-, en el Paraíso situado en el 'ombligo de la Tierra' o en Jerusalén -tradiciones judeocristianas-. Y no podía ser de otro modo, puesto que el Centro es precisamente el lugar en el que se efectúa una ruptura de nivel, donde el espacio se hace sagrado, *real*, por excelencia. Una creación implica superabundancia de realidad; dicho de otro modo: la irrupción de lo sagrado en el mundo" (6).

México, entonces, no desentona con esta tendencia del inconsciente colectivo. La misma palabra México, inclusive, en náhuatl significa "en el ombligo de la luna" (de *metztli* -luna-, *xictli* -ombligo o centro- y *co* -lugar-). Como tampoco desentonan sus habitantes en la práctica de los ritos sobre la muerte. Eliade dice que, a nivel general, "en lo que concierne a la muerte, los ritos son tanto más complejos por cuanto que no se trata simplemente de un 'fenómeno natural' -la vida o el alma que

abandona el cuerpo-, sino de un cambio de régimen a la vez ontológico y social: el difunto debe afrontar ciertas pruebas que conciernen a su propio destino de ultratumba, pero asimismo debe ser reconocido por la comunidad de los muertos y aceptado entre ellos. Para ciertos pueblos, tan sólo el entierro ritual confirma la muerte: el que no es enterrado según la costumbre, no está muerto. Por lo demás, no se da por válida la muerte de nadie hasta después del cumplimiento de las ceremonias funerarias, o cuando el alma del difunto ha sido conducida ritualmente a su nueva morada, en el otro mundo, y allí ha sido admitido en la comunidad de los muertos” (7).

Ahora bien, es la creencia en esa dualidad y en la salvación eterna la que determina la acción funeraria y el rito sobre la muerte a seguir por cada comunidad religiosa. Prácticas y ritos complejos que en algunas comunidades son más rigurosos que en otras. Se puede afirmar que en la Ciudad de México los judíos y los musulmanes son menos proclives a romper el esquema establecido por sus ancestros. Son más ortodoxos en sus prácticas. Los católicos son más abiertos, más tolerantes, menos exigentes. Los budistas, de más reciente presencia en esta ciudad, están en la etapa de penetración y consolidación, de acomodo, por ello sus prácticas no se han manifestado al cien por ciento. Por ejemplo, la comunidad del barrio chino, asentada en la tradicional calle de Dolores en el Centro Histórico, hace un par de años todavía se quejaba de que no se le había terminado de construir una pagoda para sus servicios religiosos.

En lo que se refiere a la rigidez o flexibilidad con la que actúan, es conveniente dejar en claro que cada comunidad religiosa la lleva a cabo, según sea el caso, tanto en la faceta institucional como específica de sus feligreses a manera personal, individual o colectiva. Es decir, por ejemplo, la flexibilidad de los católicos la comparten los ministros de esa religión y los creyentes comunes. Así, Vicente Verdú comenta que “dentro de una misma Iglesia y sin recurrir a la apostasía, diferentes

grupos de católicos condimentan su fe sin observar los mandatos de Roma en asuntos como la virginidad prematrimonial, la contracepción, el celibato sacerdotal, la condena de la homosexualidad, etcétera" (8). Por ello, el filósofo español Fernando Savater, en un 'diálogo con Dios' para un programa de la televisión de su país, le dice que seguramente estarán en desacuerdo en sus posiciones sobre los diez mandamientos, pero que en lo personal no le preocupa; que más bien él -Dios- es quien debe preocuparse "porque la realidad en estos días no tiene mucho que ver con tus ideas" (9).

Para judíos y musulmanes, la inhumación es la práctica aceptada para deshacerse del cuerpo de un ser humano integrante de su comunidad, y como se vio son claros y específicos en la forma de tratar el cuerpo para ese menester. Los budistas y católicos también aceptan la cremación. Aunque los primeros, por no contar con cementerios específicos para la inhumación de sus muertos y porque en la Ciudad de México, y en el país entero, no está permitido exponer los cuerpos a la aves de rapiña o tirarlos al agua para que los peces se los coman, sólo practican esta forma. Los católicos creman cada vez más a sus muertos, y respecto al entierro, hay que apuntar, sus formas no llegan al grado de especificidad como entre los judíos y musulmanes.

Otro aspecto que se puede afirmar une a estas comunidades religiosas es que de alguna manera todas consideran al rito completo y a cada parte de él como sagrado. Es decir, ajustando el concepto, constituyen lo que Mircea Eliade llama hierofanía, y que en términos generales significa "*algo* que manifiesta lo sagrado" (10). No es lo sagrado, sino algo que lo hace manifiesto. El mismo autor afirma:

"El hecho de que ese *algo* (que hemos denominado 'hierofanía') sea un objeto del mundo inmediato o un objeto de la inmensidad cósmica, una figura divina, un símbolo, una ley moral o incluso una idea, no tiene importancia. El acto dialéctico sigue siendo el

mismo: la manifestación de lo sagrado a través de algo diferente de ello mismo; aparece en objetos, mitos o símbolos, pero nunca entero ni de una manera inmediata y en su totalidad. Por consiguiente, considerados desde el punto de vista absoluto, una piedra sagrada, un avatar de Vishnú, una estatua de Júpiter o una epifanía yaveística son igualmente válidos (o ilusorios) por el simple hecho de que, en todos estos casos, al manifestarse, lo sagrado se ha limitado, se ha incorporado. El acto paradójico de la incorporación que hace posibles todas las especies de hierofanías, desde las más elementales hasta la suprema encarnación del logos de Jesucristo, se encuentra en todas partes en la historia de las religiones" (11).

O, siguiendo al mismo Eliade cuando habla de los 'primitivos', todos tienen su dosis de simbolismo. Escribe: "Puesto que el hombre posee una facultad creadora de símbolos, todo cuanto él produce es simbólico" (12); y lo que los símbolos revelan son diferentes aspectos, que todos comparten de alguna manera. Los símbolos revelan: "1.- (...) *una modalidad de lo real o una estructura del mundo no evidentes en el plano de la experiencia inmediata.* 2.- (...) *son siempre religiosos.* 3.- (...) *su multivalencia, su capacidad de expresar simultáneamente varias significaciones cuya solidaridad no es evidente en el plano de la experiencia inmediata.* 4.- (...) *una perspectiva en la cual realidades heterogéneas se dejan articular en un conjunto o incluso se integran en un 'sistema'.* 5.- (...) *situaciones paradójicas o ciertas estructuras de la realidad última que son imposibles de expresarse de otro modo.* 6.- Por último, es preciso subrayar *el valor existencial del simbolismo religioso, es decir, el hecho de que un símbolo se refiere siempre a una realidad o a una situación que compromete la existencia humana*" (13).

Pero aunque tienen muchas coincidencia –el carácter monoteísta de judíos, musulmanes y católicos, por ejemplo- y, por qué no decirlo, innumerables diferencias, las comunidades judía, musulmana, budista y

católica, llevan a cabo de manera independiente una de otra sus prácticas funerarias y sus ritos sobre la muerte. Además, muchas de estas prácticas y ritos no compaginan con las creencias de otra religión. Stephen Levine lo ejemplifica perfectamente:

“Hace algún tiempo recibí una carta de una mujer de Nueva York en la que me decía que deseaba visitar a su madre moribunda en el Brooklyn Convalescent Hospital para sentarse junto a ella y recitarle el Libro Tibetano de los Muertos. Ese mismo día le llamé para advertirle que quizás se estuviera equivocando. Le dije que considerara la previsible reacción de una anciana judía de ochenta y cinco años indefensa ante el dolor y el miedo de morir en un lugar extraño, forzada además a escuchar que muy pronto debería enfrentarse al infrecuente espectáculo de luces sobrecogedoras, extrañas deidades y demonios rugientes. La muerte es lo bastante terrible por sí sola como para hacerla más extraña –le dije- ya que, en mi opinión, de este modo sólo despertaría más ansiedad y miedo en ella. El Libro Tibetano de los Muertos no está escrito para judías ancianas de Brooklyn sino para monjes tibetanos. Los tibetanos y los occidentales tienen condicionamientos culturales completamente distintos. ¿Por qué deberíamos, pues, suponer que después de la muerte del cuerpo la mente occidental proyectará los mismos condicionamientos culturales que la mente de los tibetanos? En lugar de eso –le sugerí- sería mucho más conveniente cantarle viejas canciones de amor hebreas” (14).

Pero como en todo juego dialéctico, siempre existe la realidad de los contrarios y de las excepciones que tienden a confirmar la regla en cuestión. Tres años antes de que iniciara el presente siglo, por ejemplo, la escritora Adela Salinas entrevistó a una veintena de escritores mexicanos sobre su relación con Dios, pláticas en las cuales se dejó de manifiesto el aspecto por el cual se podría describir una arista de las muchas que guarda el sincretismo religioso mexicano. La autora narra de

manera ejemplar y sintomática cómo se realizaron las entrevistas. Vale la pena reproducir lo escrito por ella:

“¿Cómo hablar de Dios? fue la primera incógnita a la que se enfrentaron. Cuando pregunté a Carlos Monsiváis ‘¿Crees en Dios?’ guardó un minuto de silencio para pensar en la respuesta. Margo Glantz se internó en los cuadros barrocos hasta que reflexionó: ‘Creo que no he hablado nada de Dios, ¿verdad?’; José Agustín hizo una alquimia personal hasta llegar a su esencia y desde ahí hablar; Sandro Cohen, con una descripción muy clara de lo que es la conciencia absoluta, se puso la kipá de sus recuerdo, y Josefina Estrada se la quitó; Elena Poniatowska contestó rápido, pero no dejó de preguntar con los ojos. Ricardo Garibay se sintió confesado; Alberto Ruy Sánchez sacó sus dotes tántricos; Elsa Cross habló desde un cielo sin nubes, y Agustín Cadena entre los velos de Fatma. Francisco Prieto salió de las páginas de la búsqueda literaria perpetua, y Javier Sicilia, de las del encuentro absoluto. Enriqueta Ochoa se sentó en flor de loto y se puso en alfa y Jorge Portilla Livingston abrió los barrotes de su vida para que entrara la Gracia. Ikram Antaki e Ignacio Solares no dejaron de cargar con una bolsa de dudas; Carlos Martínez Assad y Vicente Leñero siguieron las huellas de Jesucristo; José Luis Ontiveros cabalgó con capa y espada; José Gordon, de plano, se sentó a meditar; y Angelina Muñoz Huberman salió, con acento español, de su sefirá de la Cábala hebrea. Juntas, todas sus respuestas formaron parte del holograma de la creación. Así se constata que, fuera de las religiones, los senderos se bifurcan y se separan entre sí. Unos se refirieron a Dios desde el cuerpo; otros desde la energía; otros, desde la conciencia y otros desde el espíritu, pero todos llegaron a lo mismo. Si bien, Elsa Cross y Javier Sicilia han hecho prácticas hindúes de meditación, la primera dejó su corazón en el Oriente y rechazó su raíz católica, mientras que el segundo se reconcilió con esta religión desde la perspectiva oriental. Lo

mismo le pasó a José Agustín, quien empezó a creer en la divinidad retomando las prácticas de los antiguos alquimistas. Lo cierto es que para ellos, a diferencia de Leñero, Monsiváis, Poniatowska, Antaki y Carlos Martínez Assad, entre otros, Dios es una experiencia. Los demás apoyaron su fe con racionamiento y lógica. La búsqueda perpetua de Agustín Cadena, el más joven de los entrevistados, hace ver que la cosmogonía del musulmán promete más que la del mexicano y, la de José sitúa el judaísmo como un mundo con fundamento, un mundo sin tanto secreto y tanto castigo. Cada autor se replegó en sí mismo para encontrar la palabra exacta, la frase secreta de su conciencia que permitiera el paso del lector a otras posibilidades de creencia, de concebir la creación y la impermanencia. El crisol se iba coloreando de distintas tradiciones: católica, judía, musulmana, hindú y budista y se ensamblaban perfectamente bien con algunos fundamentos agnósticos para definir la palabra de Dios” (15).

No está de más decir que los escritores hablaron de Dios, la muerte, el miedo, el alma, el espíritu, la reencarnación, la resucitación, la oración, la meditación, el más allá y el más acá; y que no obstante la muestra de ensamble religioso que dieron estos creadores –por ejemplo, una parte de la entrevista con Margo Glantz se titula ‘una judía católica’-, es en verdad difícil encontrar a un católico en una mezquita, a un judío en una iglesia, a un budista en una sinagoga o a un musulmán en una pagoda. No es común verlos compartir sus ritos. En el mismo libro, por ejemplo, la escritora Josefina Estrada comparte su proceso de conversión del catolicismo al judaísmo y después de narrar cómo fue dice que después de una década de haber aceptado esa religión y de vivir dentro de esa comunidad en la Ciudad de México, por sus rasgos todavía llama la atención su presencia en los servicios religiosos. Y compara y muestra una convergencia más entre las comunidades:

“Muchas veces he podido imaginar qué pudieron haber sentido nuestros indígenas cuando los convirtieron al catolicismo. Sin saber español, se dejaron envolver, encantar, hechizar por la belleza del rito” (16).

Así como es difícil verlos compartir sus ritos de una manera cotidiana, tampoco es común verlos tratando de destruir los ritos de las otras comunidades, al menos aquí en la Ciudad de México. El compositor José Alfredo Jiménez escribió algo que también cree Carlos Monsiváis: “Las ciudades destruyen las costumbres”. Esta aseveración, a decir verdad y en permanente homenaje a los dos creadores, los acerca a los grandes pensadores del Siglo de las Luces. Philippe Ariés escribe:

“Gracias al mito rousseauista de la ciudad corrompida opuesta al campo próximo a la naturaleza, el hombre de las Luces expresa a su manera un hecho realmente observable: la diferencia sorprendente entre una tradición de familiaridad con la muerte, conservada en el campo y entre las gentes pobres, y por otro lado una actitud nueva, más frecuente en la ciudad y entre los hombres ricos e instruidos, que tiende por el contrario a incrementar la significación y las virtudes de la muerte” (17).

Pero esta aseveración, la de José Alfredo y de Monsiváis, no es totalmente atinada respecto a la Ciudad de México de principios del siglo XXI; así como en relación a las costumbres funerarias y ritos sobre la muerte practicadas por las comunidades dentro de su espacio geográfico. Además, los judíos, musulmanes, budistas y católicos, que viven en la Ciudad de México, coinciden entre sí en la ubicación geográfica en donde llevan a cabo su cotidianidad, pero no se mezclan en sus costumbres y prácticas. Defienden sus ritos y se respetan entre ellos. No se inmiscuyen. Viven juntos pero no están revueltos. Es más: Evitan estarlo. Los residentes de la Ciudad de México, en la convivencia

cotidiana entre ellos mismos, practican eso de: Juntos pero no revueltos. Así ha sido, es y será.

Asimismo, por lo sintomático del hecho, es fundamental reconocer y recordar que los mexicanos, llenos de sentimiento o de resentimiento, acompañan a Consuelo Velásquez en aquello que dice: "Se vive solamente una vez". Y para este coro bien afinado, por cierto, no importa el lugar de la Ciudad de México en que se tenga la residencia ni el credo que se profese. Lo realmente significativo es que lo entonen, y así lo hacen, con el sentimiento o el resentimiento por delante. Que conste.

Notas

Presentación

- (1) Paz, Octavio.- "El laberinto de la soledad", en "El laberinto de la soledad, Postdata y Vuelta a El laberinto de la soledad".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Tercera edición, segunda reimpresión, 2002, página 13.
- (2) Heiler, Friedrich.- "La historia de las religiones. Cómo prepararse para la cooperación entre las religiones", en Eliade, Mircea y Kitagawa, Joseph M (compiladores).- "Metodología de la historia de las religiones".- Editorial Piados.- Primera edición, 1967, página 191.
- (3) Eliade, Mircea.- "Tratado de historia de las religiones".- Editorial Era.- Primera edición, 1972, página 20.
- (4) Ferrer, Eulalio.- "El lenguaje de la inmortalidad. Pompas fúnebres".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Primera edición, 2003, página 19.
- (5) Fuentes, Carlos.- "Inquieta compañía".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2004, página 229.
- (6) Kertész, Imre.- "Yo, el otro".- Editorial Acanalado.- Primera edición, 2002, página 53.
- (7) Ferrer, Eulalio.- Op. Cit., página 20.
- (8) Kundera, Milan.- "La Inmortalidad".- Tusquets Editores.- Sexta edición, 2004, página 65.
- (9) Mendoza Luján, José Erik.- "Coloquio internacional de estudios sobre la muerte. Las mil y una muertes".- elcapitalinoaldia.com
- (10) Kitawaga, Joseph M.- "La historia de las religiones en los Estados Unidos de Norteamérica", en Eliade, Mircea y Kitawaga, Joseph M. (compiladores).- Op. Cit., página 39.

(11) Idem, página 42.

(12) Eliade, Mircea.- "La búsqueda".- Ediciones Megalópolis.- Edición 1971, página 173.

(13) Idem, página 194.

(14) Marías, Javier.- "Vida del fantasma".- Ediciones El País – Aguilar.- Primera edición, 1995, página 451.

Prefacio

(1) Trejo Fuentes, Ignacio.- "La fiesta y la muerte enmascarada. El Distrito Federal de noche".- Editorial Colibrí.- Primera edición, 1999, página 9.

(2) Idem, páginas 9 – 10.

(3) Kleinburg, Gerardo.- "No honrarás a tu padre".- Editorial Sudamericana.- Primera edición, 2004, página 135.

(4) Idem, página 21.

(5) Idem, página 133.

(6) Puga, Cristina; Peschard, Jacqueline; y Castro, Teresa.- "Hacia la sociología".- Pearson Educación de México.- Tercera edición, 1999, página 56.

(7) Idem, página 57.

(8) Trejo Fuente, Ignacio.- Op. Cit., página 10.

Capítulo I

La muerte

I.1 ¿Qué es la muerte?

(1) "Pequeño Larousse Ilustrado".- Edición 1982, página 705.

(2) Idem, página 1062.

(3) Bruckner, Pascal.- "La euforia perpetua. Sobre el deber de ser feliz".- Tusquets Editores.- Primera edición, 2001, página 27.

(4) Eliade, Mircea.- "Mefistófeles y el andrógino".- Ediciones Guadarrama.- Edición de 1969, página 100.

- (5) Cadena Cárdenas, Javier.- "Historias amañadas".- Ediciones Imposible.- Primera edición, 1996, página 17.
- (6) Eliade, Mircea.- "La...".- Op. Cit., página 72.
- (7) Fuentes, Carlos.- "En esto creo".- Editorial Seix Barral.- Primera edición, 2002, página 163.
- (8) Savater, Fernando.- "Las preguntas de la vida".- Editorial Ariel.- Primera edición, 1999, páginas 36 - 37.
- (9) Idem, página 36.
- (10) Idem, página 37.
- (11) Zarauz López, Héctor L.- "La fiesta de la muerte".- Editorial Conaculta.- Primera edición, 2004, página 16.
- (12) Traven, B.- "Macario".- Editorial Selector.- Primera edición, quincuagésima reimpresión, 2000, páginas 1 - 2.
- (13) Idem, página 47.
- (14) Idem, páginas 47 - 48.
- (15) Idem, página 51.
- (16) Fuentes, Carlos.- "La muerte de Artemio Cruz".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Tercera edición, 1967, página 67.
- (17) Hughes, Benedict.- "¿La cremación? No es para católicos".- cari.org/span
- (18) Eliade, Mircea.- "Mito y realidad".- Editorial Labor.- Sexta edición, 1985, página 134.
- (19) Savater, Fernando.- "Los diez mandamientos en el siglo XXI".- Editorial Sudamericana.- Primera edición, 1994, páginas 91 - 92.
- (20) Agustín, José.- "Vida con mi viuda".- Editorial Joaquín Mortiz.- Primera edición, 2004, página 15.
- (21) Secretaría de Salud.- "Ley General del Salud".- salud.gob.mx
- (22) Idem.
- (23) Idem.
- (24) Rubio, Alfredo.- "La muerte no es 'la' sino 'nos'".- ua-ambit.org/muerte
- (25) Idem.
- (26) Campbell, Federico.- "El placer de matar".- Revista 'Milenio Semanal', número 376, 29 de noviembre de 2004, página 82.
- (27) Saramago, José.- "El evangelio según Jesucristo".- Editorial Alfaguara.- Primer edición, 1998, página 240.
- (28) Bataille, Georges.- "El erotismo".- Tusquets Editores.- Primera edición, primera reimpresión, 2003, páginas 76 - 77.

- (29) Mailer, Norman.- "El evangelio según el hijo".- Emecé editores.- Primera edición, tercera reimpresión, 1997, páginas 171 - 175.
- (30) Saramago, José.- Op. Cit., página 403.
- (31) Bataille, Georges.- Op. Cit., página 176.
- (32) Fuentes, Carlos.- "La muerte..."- página 90.
- (33) Campillo, Rafael.- "Vida después de la vida".- patjame.com/vida.asp
- (34) González Luna, Paulina y Sosa Altamirano, Elizabeth.- "La eutanasia y su panorama".- iteso.mx
- (35) Idem.
- (36) Idem.
- (37) "A dormir de espaldas".- mipediatra.com.mx/muerte-subita
- (38) Sagan, Carl.- "Miles de millones. Pensamientos de vida y muerte en la antesala del milenio".- Ediciones Grupo Z.- Primera edición, 1998, página 65.
- (39) Idem, página 226.
- (40) Idem, página 279.
- (41) Idem, página 288.
- (42) Cereijido, Marcelino.- "¿Qué sigue después de la muerte?", en la revista 'Ciencia y Desarrollo', número 213, noviembre de 2007, página 50.
- (43) Pérez Tamayo, Ruy.- "El final de la vida", en la revista 'Letras Libres', número 109, enero de 2008, página 35.
- (44) Doore, Gary (compilador y editor).- "¿Vida después de la muerte?".- Editorial Kairós.- Primera edición, 1992, página 10.
- (45) Idem, página 10.
- (46) Toynbee, Arnold.- "El interés del hombre en la vida después de la muerte", en "La vida después de la muerte" (varios autores).- Editorial Hermes.- Primera edición, octava reimpresión, 1991, páginas 20 - 21.
- (47) Wilson, Colin.- "Destellos de una realidad más amplia", en Doore, Gary.- Op. Cit., página 35.

1.2. El ser humano, ¿se prepara para la muerte?

- (1) Saramago, José.- "Las intermitencias de la muerte".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2005, páginas 273 - 274.
- (2) Vázquez Montalbán, Manuel.- "Los mares del sur".- Editorial Planeta.- Tercera edición, 1979, página 86.

- (3) Gordime, Nadine.- "El último mundo burgués".- Editorial Conaculta, 1990, Primera edición, páginas 87 – 88.
- (4) Rojas, María Mercedes.- "Tercer tiempo".- marioverrier.com/mercedes.htm página 1.
- (5) Rivara Kamaji, Greta.- "El ser para la muerte. Una ontología de la finitud".- Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, - Editorial Itaca.- Primera edición, 2003, página 21.
- (6) Markham, Ursula.- "Cómo afrontar la muerte de un ser querido".- Editorial Martínez Roca, Primera edición, 1997, página 11.
- (7) Idem, página 12.
- (8) Kertész, Imre.- Op. Cit., página 140.
- (9) Gordime, Nadine.- Op. Cit., página 109.
- (10) Cuoto, Mía.- "El Fogón".- 'Milenio Cultural' número 9, año 1, 16 de agosto de 2003, página 2.
- (11) Trujillo, Víctor.- "Me enseñó a vivir la vida".- Periódico 'Reforma', Sección E, 4 de mayo de 2004.
- (12) Idem
- (13) Paz, Octavio.- Op. Cit., página 212.
- (14) Markham, Ursula.- Op. Cit., página 9.
- (15) Idem, página 9.
- (16) Tinajero, Teresa.- "Escasa la cultura de la tanatología".- hechostvazteca.com página 1.
- (17) Idem, página 1.
- (18) Markham, Ursula.- Op. Cit., páginas 57 – 70.
- (19) Idem, página 57.
- (20) Coetzee, J. M.- "La edad de hierro".- Editorial Mondadori.- Primera edición, 2002, página 23.
- (21) Kundera, Milan.- Op. Cit., página 91.
- (22) Idem, página 91.
- (23) Savater, Fernando.- Op. Cit., página 30.
- (24) Idem, página 32.
- (25) González, Lázaro.- "El pánico a la muerte. Las peores formas de morir".- 'Sinergia' suplemento del periódico 'Rumbo de México', 28 de octubre de 2006, páginas 4D – 5D.
- (26) Hughes, Benedict.- Op. Cit.
- (27) Idem.

- (28) Simmons, Shraga.- tora.org.ar/destacados
- (29) Reinoso, José.- "Entierros en el cielo".- Periódico 'El País', 12 de septiembre de 2004, página 10.
- (30) Redacción.- "Entierros verdes".- Periódico 'El Independiente', Sección Sociedad, 18 de febrero de 2004, página 2.
- (31) Galeano, Eduardo.- "Apuntes del más allá".- ar.geocities.com
- (32) Padilla, Jesús.- "Tarda el MP; funeraria no".- Periódico 'Reforma', Sección B, 17 de septiembre de 2004, página 6.
- (33) Padilla, Jesús.- "Negocian con la muerte".- Periódico 'Reforma', Sección B, 17 de septiembre de 2004, página 6.
- (34) Rodríguez Tovar, Juan. C.- "Cementerios virtuales: descansar en la web".- Periódico 'El Independiente', 1 de noviembre de 2003, página 19.
- (35) Savater, Fernando.- Op. Cit., páginas 86 – 87.
- (36) Carrillo, Iván.- "Ánima, el misterio que nos mueve".- Revista 'Quo', número 84, octubre de 2004, páginas 36 y 38.
- (37) Idem, páginas 32 – 33.
- (38) Leadbeater, W. C.- "A los que lloran la muerte de un ser querido".- JM editores.- Primera edición, 2003, páginas 8 – 9.
- (39) Pineda Sánchez, Maricruz.- "¿Qué tienen en común estas mujeres? Trabajan codo a codo con la muerte".- Revista 'marie claire', noviembre de 2004, página 58.
- (40) Idem, página 58.
- (41) Idem, página 60.
- (42) Idem, página 60.
- (43) Quintero Morales, Josefina.- "El oficio de arreglar *muertitos*".- Periódico 'La Jornada', 1 de noviembre de 2003, página 34.
- (44) Savater, Fernando.- "Malos y Malditos".- Santillana Ediciones Generales.- Primera edición, 2004, páginas 30 – 31.
- (45) Trejo, Carlos.- "Historias vivas de espantos y muertes".- Editorial Planeta.- Primera edición, 2003.
- (46) Trejo, Carlos.- "Evidencias de vida después de la muerte".- Editorial Planeta.- Primera edición, 2004.
- (47) Savater, Fernando.- "Criaturas del aire".- Editorial Taurus.- Primera edición en México, 2004, páginas 26 – 27.
- (48) Muñoz Ledo, Porfirio.- "Exaltación de ineptitudes".- Periódico 'El Universal', 4 de enero de 2008, página A10.

(49) Agustín, José.- "La tumba".- Editorial Planeta.- Primera edición, octava reimpresión, 2004, página 61.

(50) Taibo, Paco Ignacio.- "Nuestro gasto culto".- Periódico 'El Universal', 5 de noviembre de 2006.

Capítulo II

Los mexicanos

II.1. Los mexicanos y la muerte

(1) Sainz, Gustavo.- "A troche y moche".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2002, página 44.

(2) Revista "El Navegante".- revnav@elnavegante.com.mx

(3) Eliade, Mircea.- "Tratado de...".- páginas 155 - 156.

(4) Ariés, Philippe.- "El hombre ante la muerte".- Editorial Taurus.- Edición, 1999, páginas 386 -387.

(5) Carlock, Sylvia.- "El Día de muertos en México".- ocvive.com página 1.

(6) Idem, página 1.

(7) Idem, página 2.

(8) Fuentes, Carlos.- "Inquieta...".- página 260.

(9) Ibargüengoitia, Jorge.- "Instrucciones para vivir en México".- Editorial Joaquín Mortiz.- Primera edición, cuarta reimpresión, 1992, página 294.

(10) Lomnitz, Claudio.- "Idea de la muerte en México".- Fondo de Cultura Económica.- Primera edición, 2006.

(11) Ferrer, Eulalio.- Op. Cit., página 115.

(12) Lomnitz, Claudio.- Op. Cit., página 170.

(13) Ferrer, Eulalio.- Op. Cit., página 115.

(14) Altamirano, Sergio.- "Estudiano psicoterapeutas mitos, símbolos y sueños".- Periódico 'Reforma', 22 de mayo de 2004, página 6C.

(15) Ferrer, Eulalio.- Op. Cit., página 115.

(16) Velasco, Xavier.- "El materialismo histérico".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2004, página 37.

(17) Velasco, Xavier.- "Diablo guardián".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2003, página 13.

- (18) Díaz Rodríguez, Verónica.- "La muerte mexicana, esa gran impostura".- Revista 'Encuesta', número 13, noviembre de 2003, página 35.
- (19) Idem, página 41.
- (20) Lomnitz, Claudio.- Op. Cit., página 49.
- (21) Kraus, Arnoldo.- "Morir en México".- Periódico 'La Jornada', 9 de noviembre de 2005, página 25.
- (22) Sánchez, Julián.- "Las religiones en México".- Periódico 'El Universal', 25 de diciembre de 2006, página A10.
- (23) Secretaría de Salud.- Op. Cit.

II.2. La Ciudad de México

- (1) Monsiváis, Carlos.- "Luneta y galería (Atmósfera de la capital 1920 - 1959)".- Departamento del Distrito Federal.- Primera edición, 1994, página 34.
- (2) Idem, página 34.
- (3) Aguayo Quezada, Sergio.- "El Almanaque del Distrito Federal".- Editorial Hechos Confiables.- Primera edición, 2004, página 10.
- (4) Monsiváis, Carlos.- Op. Cit., página 45.
- (5) Aguayo Quezada, Sergio.- Op. Cit., página 10.
- (6) Idem, página 37.
- (7) Idem, página 36.
- (8) Mejía Zárate, Giovanna.- "Aumentan muertes por sedentarismo en el DF".- Periódico 'El Independiente', 12 de enero de 2004, página 15.
- (9) Monsiváis, Carlos.- Op. Cit., página 87.
- (10) Aguayo Quezada, Sergio.- Op. Cit., página 39.
- (11) Tavares López, Edgar.- "Colonia Roma".- Editorial Clío.- Primera edición, 1995, página 121.
- (12) Idem, página 39.
- (13) Monsiváis, Carlos.- Op. Cit., página 87.
- (14) Idem, páginas 87 - 88.
- (15) Idem, página 87.
- (16) Tavares López, Edgar.- "Colonia Hipódromo".- Gobierno de la Ciudad de México.- Primera edición, 1999, página 58.
- (17) Idem, página 55.
- (18) González, María de la Luz.- "Los extranjeros en México. Residentes sin raíces".- Periódico 'El Independiente', 14 de enero de 2004, página 4.

- (19) Idem, página 4.
- (20) Kertész, Imre.- Op. Cit., página 87.
- (21) Montemayor, Carlos.- "Tradición y globalización".- Periódico 'La Jornada', 19 de mayo de 2004, página 18.
- (22) Kertész, Imre.- Op. Cit., página 61.
- (23) Coetzee, J. M.- Op. Cit., página 103.
- (24) Idem, página 166.
- (25) Markham, Ursula.- Op. Cit., página 9.
- (26) Muñoz Redón, Josep.- "El espíritu del éxtasis. La religión de la vida".- Editorial Paidós.- Primera edición, 2001, página 247.
- (27) Rivara Kamaji, Greta.- Op. Cit., página 12.
- (28) Idem, página 39.
- (29) Melgar, Luis T.- "Ritos y costumbres exóticas".- Editorial Diana.- Primera edición, 2004, página 12.
- (30) De Luna, Andrés.- "Movimientos", en "Érase una vez en el D. F.", compilación de Martínez Rentarfa, Carlos.- Gobierno de la Ciudad de México.- Primera edición, 1999, páginas 131 - 132.
- (31) Vázquez Montalbán, Manuel.- Op. Cit., página 67.
- (32) Ibargüengoitia, Jorge.- Op. Cit., página 294.
- (33) De la Madrid, Miguel.- "Cambio de Rumbo".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Primera edición, 2004, página 107.
- (34) Fonseca, Rubem.- "Historias de amor".- Editorial Cal y Arena.- Primera edición, 1999, página 68.
- (35) Idem, página 15.
- (36) Gordimer, Nadine.- Op. Cit., página 15.
- (37) Coetzee, J. M.- Op. Cit., página 10.
- (38) Idem, página 125.
- (39) "Reglamento de Cementerios del Distrito Federal".- Gaceta Oficial del Departamento del Distrito Federal.- 1984, páginas 2 - 3.
- (40) Gobierno del Distrito Federal.- "Ley de Salud para el Distrito Federal".- df.gob.mx
- (41) Consejería Jurídica y de Servicios Legales.- "Acciones relevantes en materia de cementerios".- consejeria.df.gob.mx
- (42) Auxilio en línea@.- "Panteones en el D. F.". - auxilio.net
- (43) Consejería Jurídica y de Servicios Legales.- Op. Cit.
- (44) Idem

- (45) Auxilio en línea@.- "Crematorios D. F."- auxilio.net
- (46) Verti, Sebastián.- "Tradiciones mexicanas".- Editorial Diana.- Primera edición, 1991, página 133.
- (47) Césarman, Eduardo.- "La ciudad de México en el siglo XXI", en "Perfil de los mexicanos de la ciudad de México al cambio de milenio", compilación de Césarman, Fernando.- Gobierno de la Ciudad de México.- Primera edición, 1999, página 56.
- (48) González Gamio, Ángeles.- "Una visión de algunos aspectos de los capitalinos al cambio de milenio", en Césarman, Fernando.- Op. Cit., página 97.
- (49) Idem, página 97.
- (50) Grajales Arrazate, Armando.- "Un perfil del mexicano: el 'defeño' o 'chilango'", en Césarman, Fernando.- Op. Cit., página 112.
- (51) Idem, página 113.
- (52) Idem, página 114.
- (53) Aguirre, Eugenio.- "Perfil de los mexicanos de la ciudad de México a fin de milenio", en Césarman, Fernando.- Op. Cit., página 23.
- (54) Idem, página 25.
- (55) Álvarez, Griselda.- "¿Cómo es el hombre de la ciudad de México al entrar el siglo XXI?", en Césarman, Fernando.- Op. Cit., página 34.
- (56) Barriguete, Armando.- "El mexicano actual", en Césarman, Fernando.- Op. Cit., página 36.
- (57) Estañol, Bruno.- "¿Existe el mexicano?", en Césarman, Fernando.- Op. Cit., página 76.
- (58) Palacios, Agustín.- "La visión pesimista del futuro", en Césarman, Fernando.- Op. Cit., páginas 156 - 157.
- (59) Ruvalcaba, Alonso.- "Efímeros y permanente".- "La Jornada de En medio", 4 de agosto de 2004, página 8a.
- (60) Villoro, Juan.- "El vulcanizador", en "Mitos mexicanos", compilación de Florescano, Enrique.- Editorial Aguilar.- Primera edición, 1995, páginas 306 - 307.
- (61) Idem, página 307.
- (62) Ortiz Habib, Rafael.- "Héctor Suárez Gomís: 'En este momento lo más sano es que no exista ninguna relación con mi padre, porque esto va más allá de un simple perdón'", en la revista 'TVnotas', número 417, 2 de noviembre de 2004.

(63) Villegas Dávalos, Raúl.- "Morir en la Ciudad de México. Un viaje a las entrañas de la gran urbe".- Fundación Cultural Tercer Milenio.- Primera edición, 2005, páginas 37 - 38.

Capítulo III

Prácticas funerarias

III.1. Rito judío

(1) Sefamí, Jacobo.- "Los dolientes".- Editorial Plaza y Janés.- Primera edición, 2004, páginas 233.

(2) Idem, páginas 233 - 234.

(3) "Judíos en México, una investigación para nuestras generaciones".- gacetaanusim.com

(4) Idem.

(5) Idem.

(6) Sefamí, Jacobo.- Op. Cit., página 142.

(7) Idem, páginas 204 - 205.

(8) Idem, página 148.

(9) Idem, página 137.

(10) Idem, página 56.

(11) Idem, páginas 12 - 13.

(12) Idem, página 13.

(13) Idem, página 56.

(14) Idem, página 60.

(15) Idem, página 86.

(16) Idem, páginas 230 - 231.

(17) Idem, páginas 77 - 78.

(18) Idem, página 167.

(19) Idem, página 203.

(20) Keene, Michael.- "Religiones del mundo".- Editorial Alamah Visual.- Primera edición, 2003, página 57.

(21) Idem, página 20.

(22) Birnbaum, Eliahu.- "Guía para dolientes".- masuah.org

(23) Pagés, Beatriz, "La ultraderecha ayudó al triunfo de Fox", en la revista 'Siempre!', número 2678, octubre 10 de 2004, página 28.

III.2. Rito musulmán

(1) "Lashonras fúnebres en el Islam".- nurelislam.galeon.com/Funerales.htm

(2) Keene, Michael.- Op. Cit., página 141.

(3) Robinson, Francis.- "El Islam. Revelación e historia".- Ediciones Folio.- Primera edición, 2002, página 22.

(4) Idem, página 38.

(5) Abdullah, Muhammed.- "El Islam en México".- webislam.com

(6) Idem.

(7) Almazán, José Pascual.- "Un hereje y un musulmán".- Editoriales Planeta DeAgostini y Conaculta.- Primera edición, 2004, páginas 35 - 36.

(8) Idem, página 218.

III.3. Rito budista

(1) Solana Olivares, Fernando.- "Lirios y flores de loto".- Periódico 'Milenio Diario', 8 de octubre de 2004, página 24.

(2) Idem, página 24.

(3) Hesse, Hermann.- "Siddhartha", en "Demian, El último verano de Klingsor, Siddhartha, El lobo estepario y Relatos".- Grupo Editorial Tomo.- Primera edición, 2003, página 222.

(4) Idem, páginas 271 - 272.

(5) Smith, Houston.- "Las religiones del mundo".- Editorial Kairós.- Tercera edición, 2002, página 95.

(6) Keene, Michael.- Op. Cit., página 69.

(7) Idem, página 75.

(8) Idem, página 77.

(9) Idem, página 77.

(10) Weisberg, Andrés J.- "Enigmas de la muerte".- Grupo Editorial Tomo.- Primera edición, 2004, páginas 44 - 47.

(11) Nydahl, Ole.- "No hay dioses, sino guías en la experiencia".- Periódico 'Milenio', 23 de enero de 2008, página 42.

III.4. Rito católico

- (1) Papa Pablo VI.- "Meditación ante la muerte".- catholic.net
- (2) Papa Juan Pablo II.- "Sacrosanctum Concilium".- catholic.net
- (3) Idem.
- (4) "Creo en la resurrección de los muertos".- catholic.net
- (5) Weisberg, Andrés J.- Op. Cit., página 23.
- (6) Idem, páginas 23 – 24.
- (7) Idem, página 25.
- (8) Ariés, Philippe.- Op. Cit., página 158.
- (9) Idem, página 252.
- (10) O'Farril, Roberto.- "Los muertos".- Periódico 'Rumbo de México', 30 de octubre de 2008, página 17.
- (11) Amatulli Valente, Flaviano.- "Novenario de difuntos".- Ediciones Apóstoles de la Palabra.- Edición de 2004, página 75.
- (12) Idem, páginas 80 – 81.
- (13) Idem, página 82.
- (14) Idem, página 87.
- (15) Idem, página 93.
- (16) Idem, página 96.
- (17) Idem, páginas 98 – 99.
- (18) Idem, página 19.
- (19) Idem, página 24.
- (20) Idem, página 29.
- (21) Idem, página 34.
- (22) Idem, página 39.
- (23) Idem, página 44.
- (24) Idem, página 50.
- (25) Idem, página 55.
- (26) Idem, página 60.
- (27) Hattstein, Markus.- "Religiones del mundo".- Editorial Könnemann.- Edición de 1997, página 75.

Epílogo

- (1) Solana Olivares, Fernando.- Op. Cit., página 24.
- (2) Verdú, Vicente.- "El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción".- Editorial Anagrama.- Segunda edición, 2003, página 215.
- (3) "Luto Judío Servicio".- popempresas.com
- (4) Grof, Stanislav.- "La supervivencia después de la muerte: observaciones de la moderna investigación sobre la conciencia", en Doore, Gary.- Op. Cit., páginas 37 - 38.
- (5) Eliade, Mircea.- "La...".- Página 147.
- (6) Eliade, Mircea.- "Lo sagrado y lo profano".- Editorial Labor.- Séptima edición, 1988, página 44.
- (7) Idem, páginas 155 - 156.
- (8) Verdú, Vicente.- Op. Cit., páginas 215 - 216.
- (9) Savater, Fernando.- "Los diez...".- Página 153.
- (10) Eliade, Mircea.- "Tratado...".- Página 21.
- (11) Idem, página 49.
- (12) Eliade, Mircea.- "Consideraciones sobre el simbolismo religioso", en "Mefistófeles...".- Páginas 245 -246.
- (13) Eliade, Mircea.- "Consideraciones...", en "Mefistófeles...".- Páginas 261 - 268.
- (14) Levine, Stephen.- "¿Qué es lo que sobrevive?", en Doore, Gary.- Op. Cit., página 265.
- (15) Salinas, Adela.- "Dios y los escritores mexicanos".- Editorial Nueva Imagen.- Primera edición, 1997, páginas 17 - 18.
- (16) Idem, página 294.
- (17) Ariés, Philippe.- Op. Cit., página 342.

Bibliografía

- Aguayo Quezada, Sergio.- "El Almanaque del Distrito Federal".- Editorial Hechos Confiables.- Primera edición, 2004.
- Agustín, José.- "Vida con mi viuda".- Editorial Joaquín Mortiz.- Primera edición, 2004.
- Agustín, José.- "La tumba".- Editorial Planeta.- Primera edición, octava reimpresión, 2004.
- Almazán, José Pascual.- "Un hereje y un musulmán".- Editoriales Planeta DeAgostini y Conaculta.- Primera edición, 2004.
- Amatulli Valente, Flaviano.- "Novenario de difuntos".- Ediciones Apóstoles de la Palabra.- Edición de 2004.
- Ariés, Philippe.- "El hombre ante la muerte".- Editorial Taurus.- Edición, 1999.
- Bataille, Georges.- "El erotismo".- Tusquets Editores.- Primera edición, primera reimpresión, 2003.
- Bruckner, Pascal.- "La euforia perpetua. Sobre el deber de ser feliz".- Tusquets Editores.- Primera edición, 2001.
- Cadena Cárdenas, Javier.- "Historias amañadas".- Ediciones Imposible.- Primera edición, 1996.
- Césarman, Fernando (compilador).- "Perfil de los mexicanos de la ciudad de México al cambio de milenio".- Gobierno de la Ciudad de México.- Primera edición, 1999.
- Coetzee, J. M.- "La edad de hierro".- Editorial Mondadori.- Primera edición, 2002.
- De la Madrid, Miguel.- "Cambio de Rumbo".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Primera edición, 2004.

- Doore, Gary (compilador y editor).- "¿Vida después de la muerte?".- Editorial Kairós.- Primera edición, 1992.
- Eliade, Mircea.- "La búsqueda".- Ediciones Megalópolis.- 1971.
- Eliade, Mircea.- "Lo sagrado y lo profano".- Editorial Labor.- Séptima edición, 1988.
- Eliade, Mircea.- "Mefistófeles y el andrógino".- Ediciones Guadarrama.- 1969.
- Eliade, Mircea.- "Mito y realidad".- Editorial Labor.- Sexta edición, 1985.
- Eliade, Mircea.- "Tratado de historia de las religiones".- Editorial Era.- Primera edición, 1972.
- Eliade, Mircea y Kitagawa, Joseph M (compiladores).- "Metodología de la historia de las religiones".- Editorial Piados.- Primera edición, 1967.
- Ferrer, Eulalio.- "El lenguaje de la inmortalidad. Pompas fúnebres".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Primera edición, 2003.
- Florescano, Enrique (compilador).- "Mitos mexicanos".- Editorial Aguilar.- Primera edición, 1995.
- Fonseca, Rubem.- "Historias de amor".- Editorial Cal y Arena.- Primera edición, 1999.
- Fuentes, Carlos.- "En esto creo".- Editorial Seix Barral.- Primera edición, 2002.
- Fuentes, Carlos.- "Inquieta compañía".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2004.
- Fuentes, Carlos.- "La muerte de Artemio Cruz".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Tercera edición, 1967.
- Gordime, Nadine.- "El último mundo burgués".- Editorial Conaculta, 1990, Primera edición.
- Hattstein, Markus.- "Religiones del mundo".- Editorial Könnemann.- Edición de 1997.
- Hesse, Hermann.- "Demian, El último verano de Klingsor, Siddhartha, El lobo estepario y Relatos".- Grupo Editorial Tomo.- Primera edición, 2003.
- Ibarguengoitia, Jorge.- "Instrucciones para vivir en México".- Editorial Joaquín Mortiz.- Primera edición, cuarta reimpresión, 1992.
- Keene, Michael.- "Religiones del mundo".- Editorial Alamah Visual.- Primera edición, 2003.
- Kertész, Imre.- "Yo, el otro".- Editorial Acantilado.- Primera edición, 2002.

- Kleinburg, Gerardo.- "No honrarás a tu padre".- Editorial Sudamericana.- Primera edición, 2004.
- Kundera, Milan.- "La Inmortalidad".- Tusquets Editores.- Sexta edición, 2004.
- Leadbeater, W. C.- "A los que lloran la muerte de un ser querido".- JM editores.- Primera edición, 2003.
- Lomnitz, Claudio.- "La idea de la muerte en México".- Fondo de Cultura Económica.- Primera edición, 2006.
- Mailer, Norman.- "El evangelio según el hijo".- Emecé editores.- Primera edición, tercera reimpresión, 1997.
- Marías, Javier.- "Vida del fantasma".- Ediciones El País – Aguilar.- Primera edición, 1995.
- Markham, Ursula.- "Cómo afrontar la muerte de un ser querido".- Editorial Martínez Roca, Primera edición, 1997.
- Martínez Rentarúa, Carlos (compilador).- "Érase una vez en el D. F.". - Gobierno de la Ciudad de México.- Primera edición, 1999.
- Melgar, Luis. T.- "Ritos y costumbres exóticas".- Editorial Diana.- Primera edición, 2004.
- Monsiváis, Carlos.- "Luneta y galería (Atmósfera de la capital 1920 – 1959)".- Departamento del Distrito Federal.- Primera edición, 1994.
- Muñoz Redón, Josep.- "El espíritu del éxtasis. La religión de la vida".- Editorial Paidós.- Primera edición, 2001.
- Paz, Octavio.- "El laberinto de la soledad, Postdata y Vuelta a El laberinto de la soledad".- Editorial Fondo de Cultura Económica.- Tercera edición, segunda reimpresión, 2002.
- "Pequeño Larousse Ilustrado".- Edición 1982.
- Puga, Cristina; Peschard, Jacqueline; y Castro, Teresa.- "Hacia la sociología".- Pearson Educación de México.- Tercera edición, 1999.
- Rivara Kamaji, Greta.- "El ser para la muerte. Una ontología de la finitud".- Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, - Editorial Itaca.- Primera edición, 2003.
- Robinson, Francis.- "El Islam. Revelación e historia".- Ediciones Folio.- Primera edición, 2002.
- Sagan, Carl.- "Miles de millones. Pensamientos de vida y muerte en la antesala del milenio".- Ediciones Grupo Z.- Primera edición, 1998.

- Sainz, Gustavo.- "A troche y moche".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2002.
- Salinas, Adela.- "Dios y los escritores mexicanos".- Editorial Nueva Imagen.- Primera edición, 1997.
- Saramago, José.- "El evangelio según Jesucristo".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 1998.
- Saramago, José.- "Las intermitencias de la muerte".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2005.
- Savater, Fernando.- "Criaturas del aire".- Editorial Taurus.- Primera edición en México, 2004.
- Savater, Fernando.- "Las preguntas de la vida".- Editorial Ariel.- Primera edición, 1999.
- Savater, Fernando.- "Los diez mandamientos en el siglo XXI".- Editorial Sudamericana.- Primera edición, 1994.
- Savater, Fernando.- "Malos y Malditos".- Santillana Ediciones Generales.- Primera edición, 2004.
- Sefamí, Jacobo.- "Los dolientes".- Editorial Plaza y Janés.- Primera edición, 2004.
- Smith, Houston.- "Las religiones del mundo".- Editorial Kairós.- Tercera edición, 2002.
- Tavares López, Edgar.- "Colonia Hipódromo".- Gobierno de la Ciudad de México.- Primera edición, 1999.
- Tavares López, Edgar.- "Colonia Roma".- Editorial Clío.- Primera edición, 1995.
- Toynbee, Arnold (Et. Al.).- "La vida después de la muerte".- Editorial Hermes.- Primera edición, octava reimpresión, 1991.
- Traven, B.- "Macario".- Editorial Selector.- Primera edición, quincuagésima reimpresión, 2000.
- Trejo, Carlos.- "Evidencias de vida después de la muerte".- Editorial Planeta.- Primera edición, 2004.
- Trejo, Carlos.- "Historias vivas de espantos y muertes".- Editorial Planeta.- Primera edición, 2003.
- Trejo Fuentes, Ignacio.- "La fiesta y la muerte enmascarada. El Distrito Federal de noche".- Editorial Colibrí.- Primera edición, 1999.
- Vázquez Montalbán, Manuel.- "Los mares del sur".- Editorial Planeta, 1979, Tercera edición.

- Velasco, Xavier.- "Diablo guardián".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2003.
- Velasco, Xavier.- "El materialismo histórico".- Editorial Alfaguara.- Primera edición, 2004.
- Verdú, Vicente.- "El estilo del mundo. La vida en el capitalismo de ficción".- Editorial Anagrama.- Segunda edición, 2003.
- Verti, Sebastián.- "Tradiciones mexicanas".- Editorial Diana.- Primera edición, 1991.
- Villegas Dávalos, Raúl.- "Morir en la Ciudad de México. Un viaje a las entrañas de la gran urbe".- Fundación Cultural Tercer Milenio.- Primera edición, 2005.
- Weisberg, Andrés J..- "Enigmas de la muerte".- Grupo Editorial Tomo.- Primera edición, 2004.
- Zarauz López, Héctor L..- "La fiesta de la muerte".- Editorial Conaculta.- Primera edición, 2004.

Hemerografía

- Altamirano, Sergio.- "Estudian psicoterapeutas mitos, símbolos y sueños".- Periódico 'Reforma'.- 22 de mayo de 2004.
- Campbell, Federico.- "El placer de matar".- Revista 'Milenio Semanal', número 376, 29 de noviembre de 2004.
- Carrillo, Iván.- "Ánima, el misterio que nos mueve".- Revista 'Quo', número 84, octubre de 2004.
- Cereijido, Marcelino.- "¿Qué sigue después de la muerte?", en la revista 'Ciencia y Desarrollo', número 213, noviembre de 2007.
- Cuoto, Mía.- "El Fogón".- 'Milenio Cultural' número 9, año 1, 16 de agosto de 2003.
- Díaz Rodríguez, Verónica.- "La muerte mexicana, esa gran impostura".- Revista 'Encuesta', número 13, noviembre de 2003.
- González, Lázaro.- "El pánico a la muerte. Las peores formas de morir".- 'Sinergia' suplemento del periódico 'Rumbo de México', 28 de octubre de 2006.
- González, María de la Luz.- "Los extranjeros en México. Residentes sin raíces".- Periódico 'El Independiente'.- 14 de enero de 2004.
- Kraus, Arnoldo.- "Morir en México".- Periódico 'La Jornada'.- 9 de noviembre de 2005.
- Mejía Zárate, Giovanna.- "Aumentan muertes por sedentarismo en el DF".- Periódico 'El Independiente'.- 12 de enero de 2004.
- Montemayor, Carlos.- "Tradición y globalización".- Periódico 'La Jornada', 19 de mayo de 2004.
- Muñoz Ledo, Porfirio.- "Exaltación de ineptitudes".- Periódico 'El Universal', 4 de enero de 2008.

- Nydahl, Ole.- "No hay dioses, sino guías en la experiencia".- Periódico 'Milenio', miércoles 23 de enero de 2008.
- O'Farril, Roberto.- "Los muertos".- Periódico 'Rumbo de México', 30 de octubre de 2008.
- Ortiz Habib, Rafael.- "Héctor Suárez Gomís: 'En este momento lo más sano es que no exista ninguna relación con mi padre, porque esto va más allá de un simple perdón'", en la revista 'TVnotas', número 417, 2 de noviembre de 2004.
- Padilla, Jesús.- "Negocian con la muerte".- Periódico 'Reforma', Sección B, 17 de septiembre de 2004.
- Padilla, Jesús.- "Tarda el MP; funeraria no".- Periódico 'Reforma', Sección B, 17 de septiembre de 2004.
- Pagés, Beatriz, "La ultraderecha ayudó al triunfo de Fox", en la revista 'Siempre!', número 2678, 10 de octubre de 2004.
- Pérez Tamayo, Ruy.- "El final de la vida", en la revista 'Letras Libres', número 109, enero de 2008.
- Pineda Sánchez, Maricruz.- "¿Qué tienen en común estas mujeres? Trabajan codo a codo con la muerte".- Revista 'marie claire', noviembre de 2004.
- Quintero Morales, Josefina.- "El oficio de arreglar *muertitos*".- Periódico 'La Jornada', 1 de noviembre de 2003.
- Redacción.- "Entierros verdes".- Periódico 'El Independiente', Sección Sociedad, 18 de febrero de 2004.
- "Reglamento de Cementerios del Distrito Federal".- Gaceta Oficial del Departamento del Distrito Federal.- 1984.
- Reinoso, José.- "Entierros en el cielo".- Periódico 'El País', 12 de septiembre de 2004.
- Rodríguez Tovar, Juan. C.- "Cementerios virtuales: descansar en la web".- Periódico 'El Independiente', 1 de noviembre de 2003.
- Ruvalcaba, Alonso.- "Efímeros y permanentes".- 'La Jornada de En medio', 4 de agosto de 2004.
- Sánchez, Julián.- "Las religiones en México".- Periódico 'El Universal'.- 25 de diciembre de 2006.
- Solana Olivares, Fernando.- "Lirios y flores de loto".- Periódico 'Milenio Diario', 8 de octubre de 2004.

- Taibo, Paco Ignacio.- "Nuestro gasto culto".- Periódico 'El Universal', 5 de noviembre de 2006.
- Trujillo, Víctor.- "Me enseñó a vivir la vida".- Periódico 'Reforma', Sección E, 4 de mayo de 2004.

Sitios

- "A dormir de espaldas".- mipediatra.com.mx/muerte-subita
- Abdullah, Muhammed.- "El Islam en México".- webislam.com
- Auxilio en Líne@.- "Crematorios D. F.". - auxilio.net
- Auxilio en Líne@.- "Panteones en el D. F.". - auxilio.net
- Birnbaum, Eliahu.- "Guía para dolinetes".- masuah.org
- Campillo, Rafael.- "Vida después de la vida".- patjame.com/vida.asp
- Carlock, Sylvia.- "El Día de muertos en México".- ocvive.com
- Consejería Jurídica y de Servicios Legales.- "Acciones relevantes en materia de cementerios".- consejeria.df.gob.mx
- "Creo en la resurrección de los muertos".- catholic.net
- "El Navegante".- revnav@elnavegante.com.mx
- Galeano, Eduardo.- "Apuntes del más allá".- ar.geocities.com
- Gobierno del Distrito Federal.- "Ley de Salud para el Distrito Federal".- df.gob.mx
- González Luna, Paulina y Sosa Altamirano, Elizabeth.- "La eutanasia y su panorama".- iteso.mx
- Hughes, Benedict.- "¿La cremación? No es para católicos".- cari.org/span
- "Judíos en México, una investigación para nuestras generaciones".- gacetaanusim.com
- "Las honras fúnebres en el Islam".- nurelislam.galeon.com/Funerales.htm
- "Luto Judío Servicio".- popempresas.com
- Mendoza Luján, José Erik.- "Coloquio internacional de estudios sobre la muerte. Las mil y una muertes".- elcapitalinoaldia.com
- Papa Juan Pablo II.- "Sacrosanctum Concilium".- catholic.net
- Papa Pablo VI.- "Meditación ante la muerte".- catholic.net

- Rojas Arias, María Mercedes.- "Tercer tiempo".- marioverrier.com/mercedes.htm
- Rubio, Alfredo.- "La muerte no es 'la' sino 'nos'".- ua-ambit.org/muerte
- Secretaría de Salud.- "Ley General de Salud".- salud.gob.mx
- Simmons, Shraga.- tora.org.ar/destacados
- Tinajero, Teresa.- "Escasa la cultura de la tanatología".- hechostvazteca.com



LXI LEGISLATURA
CÁMARA DE DIPUTADOS



Juntos pero no revueltos versa sobre los ritos que las comunidades judía, musulmana, católica y budista, tienen ante el cuerpo inerte de uno de los suyos, ante el cadáver de uno de sus iguales.

Trata sobre las prácticas funerarias que estos grupos culturales llevan a cabo en la Ciudad de México, en esta "antigua ciudad hispano-azteca", como la llama Carlos Fuentes, y Javier Cadena Cárdenas, su autor, hace énfasis en esta referencia porque la considera más acorde con el tema del libro que otras que existen sobre la misma capital del país: ombligo de la luna, ciudad de los palacios, cloaca general del universo, región más transparente del aire, capirucho, de efe, defectuoso o chilangolandia, entre otras.

Javier Cadena Cárdenas, integrante de la primera generación de estudiantes de sociología de la antigua ENEP Acatlán de la UNAM, fundamenta en este libro que "los habitantes de la Ciudad de México están cercanos en el juego dialéctico de los sentimientos de amor y odio hacia ella, pero están separados, distantes, en cuanto a sus manifestaciones culturales de carácter general y en lo que se refiere a los ritos sobre la muerte que en lo particular practican al interior de sus propias comunidades religiosas. Por eso mismo, y por otros muchos aspectos, los mexicanos, todos, dicen con sabiduría: "Juntos pero no revueltos".

Javier Cadena Cárdenas, es autor del libro *Historias amañadas*, y colaborador en los libros *Rockdrigo González y Artist's Books: A Critical Anthology and Source Book*, y en el catálogo *De la misma, la misma habitación*, de la pintora Magali Lara. Además, de colaborador en infinidad de medios de comunicación escrita y electrónica.

Con este libro de Javier Cadena Cárdenas, el Consejo Editorial de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, hace un aporte fundamental para el conocimiento del comportamiento humano, cultural y plural, sobre un tema vital: la muerte y las prácticas funerarias que se llevan a cabo en la Ciudad de México; por lo que su lectura, en este inicio del siglo XXI, se vuelve vital.

Agustín Sánchez González
Noviembre, 2010

